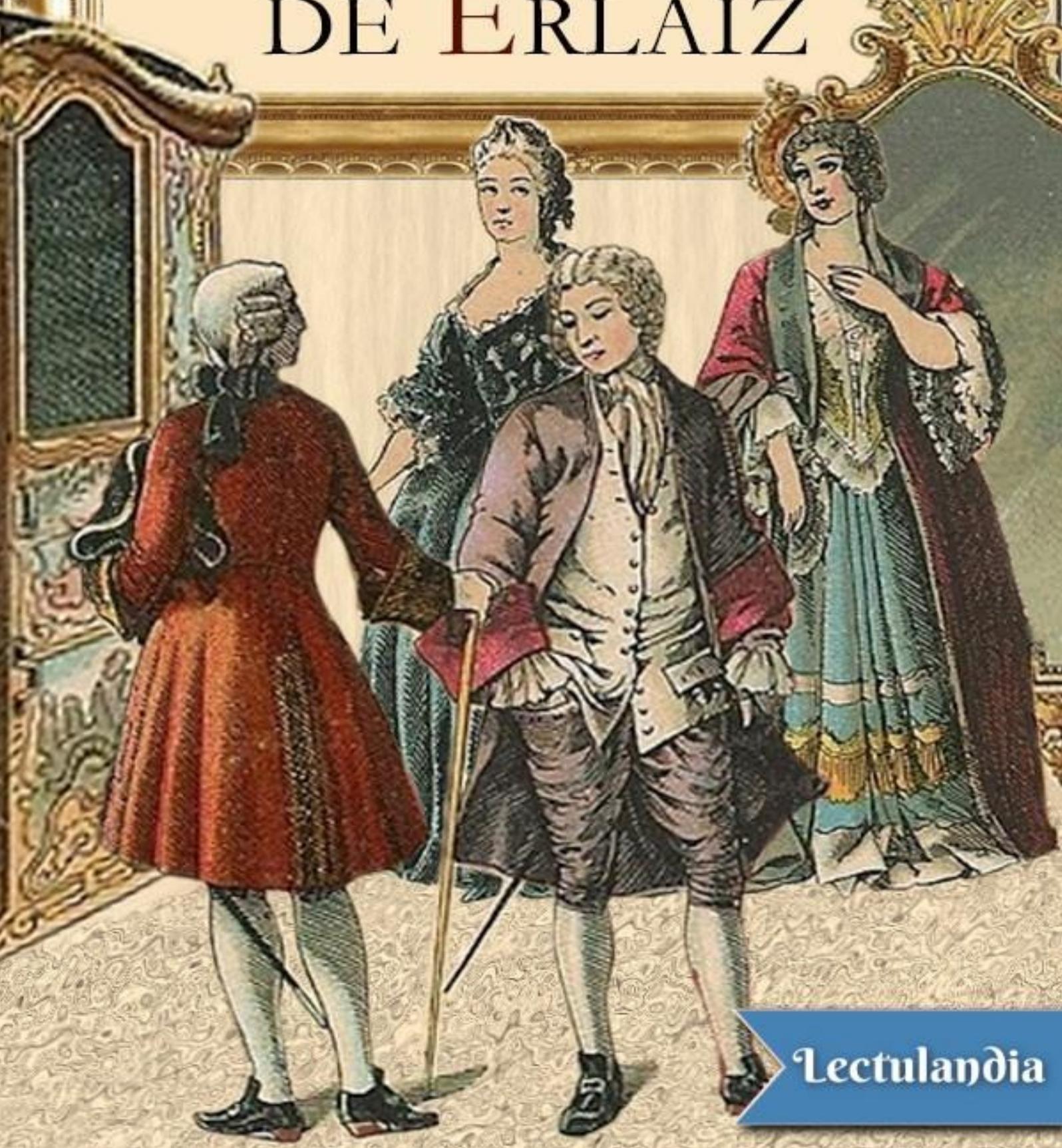


Pío Baroja

EL CABALLERO DE ERLÁIZ



Lectulandia

A finales del siglo XVIII las ideas ilustradas llegan a España. En Guipúzcoa, el Real Seminario de Vergara y la Real Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País fueron sus mayores impulsores. Fue una época en la que el conocimiento científico, el arte y las filosofías humanistas provenientes del resto de Europa cobraron un efímero protagonismo. Sin embargo, la reacción que siguió a la Revolución Francesa acabó brutalmente con todo esto, y el país volvió a sumirse en el más abyecto oscurantismo.

La trama de *El caballero de Erláiz* se desarrolla en este breve período. Se trata de una *bildungsroman*, una novela en la que se narra la formación de un joven, que en este caso es Adrián de Erláiz.

Con el fin de mejorar su educación, Adrián, el hijo de un rico indiano, nacido y criado en México, es enviado a Guipuzcoa a casa de su tío. Se trata del clérigo don Fermín Esteban de Uranga, ex-militar, botánico aficionado y lector de Rousseau. El ambiente en el que, con enorme dificultad, se va integrando incluye al organista Aristizábal, que admiraba a Boccherini, Glück y Cimarosa o al volteriano párroco Arvizu. Adrián asiste a las fiestas de la familia Emparán, donde se tocan piezas al clavecín, pero también se baila el *aurreku*, igual que se representan las obras de Marivaux y los sainetes castizos de Ramón de la Cruz. Realiza sus estudios en un colegio de Pau y, posteriormente en el Seminario de Vergara, y acaba enamorado de Dolores de Emparán.

Una serie de circunstancias lo empujan a Francia. El viaje de regreso a España, huyendo de las tropas revolucionarias, lo hace en compañía de gitanos, agotes y contrabandistas. Adrián se da cuenta de la enorme diferencia entre su forma racionalista de ver el mundo y la de estos tipos populares, sumidos en la superstición.

El caballero de Erláiz es la primera novela que Baroja escribió a la vuelta de su exilio tras la guerra civil. Llama la atención que eligiera situarla en una época de luz, como si pretendiera mitigar algo la oscuridad que había vuelto a adueñarse de España.

Lectulandia

Pío Baroja

El caballero de Erláiz

ePub r1.0

Artifex 11.03.14

Título original: *El caballero de Erláiz*

Pío Baroja, 1943

Diseño de portada: Artifex

Editor digital: Artifex

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

UNA tarde, después de comer, me encontré en la Puerta del Sol con un diplomático conocido que, por lo que me contó, acababa de llegar de una República sudamericana.

—¿Qué hace usted? ¿A dónde va? —me preguntó.

—Voy a pasar un rato a una librería de lance —le dije—, donde tengo una pequeña tertulia, a la que llamamos mis amigos y yo, en broma, el Club del Papel.

—Deje usted un momento la tertulia y acompañeme usted.

—¿Adónde?

—Yo quisiera ir al Rastro.

—Eso no es difícil. Ahora, le advierto a usted que por la tarde habrá mucho puesto cerrado.

—¿Se encuentra todavía algo por aquellos rincones?

—No sé. Yo no voy nunca por allí. ¿Qué es lo que quiere usted buscar?

—Me gustaría encontrar unos marcos para grabados y un cuadro mediano, un retrato o un paisaje.

—Y esto, ¿para qué?

—Es que tengo un hueco en una de las paredes de un saloncito de mi nueva casa que no sé con qué llenar.

—¿Y para eso quiere usted ir al Rastro?

—Sí. He tomado un piso en el barrio de Salamanca y lo estoy arreglando para cuando lleguen mi mujer y mis hijas, que desembarcarán uno de estos días en Barcelona. ¿Cree usted que habrá cuadros en el Rastro?

—Cuadros, habrá en cantidad, pero, naturalmente, malos...; los buenos valdrán mucho. Ya sabe usted que ahora no son siempre los traperos del Rastro los que llevan cuadros y antigüedades y objetos raros y de valor a las tiendas de antigüedades, sino, al contrario, los de las tiendas de antigüedades los que los llevan al Rastro, para dar al comprador la impresión de que encuentra gangas.

—No lo sabía.

—Pues eso ocurre en todas partes. En París hacen lo mismo en la feria de Clignancourt, que llaman *le Marché aux Puces*.

—¿Así que lo mismo da ir a una tienda de antigüedades que al Rastro?

—Igual.

—¿No quiere usted venir conmigo?

—Bueno. Vamos.

Tomamos un automóvil y bajamos en lo alto de la Ribera de Curtidores.

En aquellas horas había poca gente y la mayoría de los puestos estaban cerrados. Bajamos hasta las Américas, y mi amigo entró en un barracón de tablas y de lona que

había a un lado de la cuesta.

Apareció el dueño, que era un viejo que dormitaba a la puerta de su barraca debajo de una parra muy verde. El diplomático le preguntó si tenía algunos cuadros y marcos de caoba antiguos.

—Pase usted a ver si encuentra algo que le guste —dijo el vendedor con indiferencia.

Pasamos el diplomático y yo y vimos lo que siempre abunda en estas tiendas: relojes, espejos, retratos bastante malos, bustos, todo de pacotilla.

—Estos son los marcos que tengo por ahora —dijo el vendedor señalando unos —; pero la mayoría los vendo con la estampa dentro.

—Yo tengo algunos grabados —repuso el diplomático—, y me gustaría encontrarles marcos de la época.

—Hoy he comprado un retrato con un hermoso marco —indicó el vendedor—; pero es un poco grande. Véanlo ustedes.

El viejo nos llevó a un rincón del almacén atestado de muebles, consolas, candelabros, figuras de porcelana y de trastos de todas clases, encendió una luz eléctrica y vimos en el suelo, arrimado a un poste, un cuadro como de metro y medio de alto por uno de ancho.

Nos agachamos el amigo y yo para verlo de cerca. El retrato era de un señor viejo vestido con gruesa cadena de oro que le cruzaba el chaleco. La cara era de hombre de cierta energía, las cejas rojizas y pobladas, los ojos vivos, el pelo blanco y los labios apretados el uno contra el otro. Aparecía sentado en un sillón frailerero negro con clavos dorados. En la mano derecha, que descansaba sobre uno de los brazos del sillón, tenía un papel en el que podía leerse: «Don Adrián de Erláiz y Uranga. Méjico, 1851»

En un ángulo de debajo del cuadro, en la izquierda, había una cartela y un letrero escrito en ella que no se distinguía bien.

Indudablemente, el cuadro no era de un pintor importante ni mucho menos, pero a mí me interesaba.

El viejo retratado, don Adrián de Erláiz, a juzgar por el nombre escrito en el cuadro, consumido por los años, se encontraba en un despacho de marino o de armador de buques. En la pared se veían pintados con mucho detalle un reloj de arena, un barómetro, un termómetro, una brújula grande, un grabado iluminado con barcos de vela y un mapa en colores.

Había también una estampa en inglés que decía: «Cuadro completo de las banderas, gallardetes y flámulas de las distintas naciones del mundo.»

Debajo se hallaban pintadas con una paciencia de chino todas las banderas de los distintos países con sus colores. Más abajo aún, en el centro del cuadro, aparecía la rosa de los vientos.

En el fondo del despacho de don Adrián había un retrato pequeño, casi en miniatura, del mismo señor, pintado, sin duda, cuando era muy joven, en Pau, con la fecha al lado: 1789.

Todavía había más detalles en el cuadro. Por una ventana se veía el mar, muy azul, y algunas velas blancas de barcos que pasaban.

—¿Y qué, le gusta a usted el cuadro? —me preguntó el diplomático.

—Me parece curioso.

—Lo mira usted tanto. ¿Es que le encuentra usted algo de particular?

—Hombre..., como pintura, no creo que sea gran cosa, pero es muy interesante como literatura...; el cuadro es duro, de un pintor detallista y minucioso; pero, a pesar de su sequedad, a mí me da una gran impresión de tristeza. Parece como si planeara por encima el ángel de la Melancolía del gran Durero con sus alas.

Mi amigo preguntó al viejo vendedor lo que valía el retrato, y éste le contestó que lo daría en dos mil pesetas.

—El marco lo vale —añadió el vendedor—. Es de una madera que aquí no la hay y está tallado a mano. Ahora tiene poca vista porque le han dado una capa de pintura amarilla para disimular las rozaduras; pero en cuanto se limpie y se le dé un poco de aguarrás y cera, quedará hermoso.

—¿Usted cree que vale la pena? —me preguntó el diplomático.

—Hombre, yo no sé. Un cuadro así se puede comprar para convertir al retratado en un pariente, si se tiene esa fantasía de nuevo rico; pero, en general, un pariente comerciante no viste gran cosa.

Y menos entre diplomáticos y gente un poco presuntuosa y trepadora, hubiera yo añadido entre paréntesis.

El amigo debió de pensar lo mismo, y dijo al vendedor:

—Ya veré si otro día lo compro. ¡Si fuera de un pintor notable!

—Si fuera de un pintor notable no lo vendería por dos mil pesetas —contestó el viejo de la barraca con muy buen sentido y con aire desdeñoso.

El diplomático se acercó a examinar unos marcos para ver si los compraba. Yo seguía contemplando el retrato y examinándolo detenidamente. Cogí una bombilla de luz eléctrica que colgaba del techo y la acerqué a la cartela que estaba al pie del cuadro, y pude ver que tenía escrita esta frase en latín: *Vita Somnium Breve*.

Era la misma sentencia que puso el pintor Böecklin a uno de sus hermosos cuadros que representa las edades de la vida.

Yo, como hombre curioso y amigo de investigaciones poco prácticas, me hubiera dedicada con gusto a averiguar quién era aquel hombre, aquel armador de apellido vasco y quién había sido el artista que le retrató en Méjico.

El diplomático había comprado varios marcos de caoba e hizo que se los llevaran al automóvil, en el que subimos.

Al pasar por la Puerta del Sol yo me despedí y me fui a mi tertulia del Club del Papel.

LIBRO PRIMERO
DON FERMÍN ESTEBAN «EL BOTÁNICO»

DON Fermín Esteban de Uranga, cura párroco de Itzar, a fines del siglo XVIII, era un señor ya viejo, de sesenta y cinco a setenta años, alto, fuerte, robusto, de ojos grises y de expresión benévola.

Un observador sagaz hubiera notado al verle que el vicario don Fermín no tenía los gestos, ni los ademanes, ni la expresión de un cura de pueblo. Había en él algo de insólito en un eclesiástico.

Era don Fermín Esteban hombre en otro tiempo de pelo rubio y entonces blanco; tenía el color tostado por el sol, los ojos grises brillantes, las manos nerviosas y finas, los pies largos y estrechos, calzados con botas grandes. Cuando se paseaba por el balcón de su casa, si hacía mal tiempo, o por la carretera, si lo hacía bueno, dando zancadas y leyendo el breviario, se notaba que los ademanes suyos no podían ser los habituales de una persona tranquila y sedentaria; cuando marchaba por el campo en busca de plantas no andaba con paso uniforme y tardo, sino que a veces caminaba de prisa y movía los brazos con aire marcial.

El párroco Uranga había sido militar en su juventud, y sin duda le quedaron resabios de sus primitivas ocupaciones. Tras de su época de militar se hizo cura, y luego llegó a tener tal afición a la Botánica, que podía considerársele como un especialista en esta materia.

Sus distintas actividades profesionales se habían unido en él sin fundirse por completo, y a veces se destacaba uno de sus elementos y se sobreponía a los demás.

Uno de los vicios del vicario, así lo llamaba él probablemente en broma, además de la Botánica, era jugar al ajedrez. Él mismo había construido un tablero y las fichas y después había comunicado la afición al secretario del Ayuntamiento de la aldea, don Venancio, y este pobre hombre se dejó arrastrar por el juego de tal manera que ya no podía apartar de su imaginación el tablero con las torres, los caballos y los alfiles.

Hiciera bueno o hiciera malo, don Venancio, antes de cenar, estaba en casa del vicario a jugar su partida. Si su compañero tardaba, se mostraba impaciente y abominaba de las rosáceas y de las escrofulariáceas y hasta de la sombra del gran Linneo, que impedían a don Fermín Esteban volver pronto a casa.

Un día de verano, el vicario llegó a la rectoral del pueblo al anochecer con las botas llenas de barro. Había llovido por la mañana y traía la caja cilíndrica de cinc rebosando plantas y flores. Le esperaba don Venancio, el mal ajedrecista, impaciente.

El ama de nuestro párroco, ya cincuentona, vino con una carta en la mano y le

dijo:

—Tiene usted carta, señor vicario. Debe ser de Méjico.

—¡Ah! Bueno, venga.

Don Fermín Esteban tomó la carta, mientras el ama, Mari Joshepa, miraba con horror las manchas de barro que los zapatones de don Fermín dejaban en las relucientes maderas del suelo.

Don Venancio, el secretario, contempló con pánico la carta y pensó que la partida de aquella tarde se iba a frustrar.

La carta era, efectivamente, de Méjico, de una hermana del vicario llamada doña Cristina, y decía así:

Querido hermano:

Hace ya bastante tiempo que no tenemos noticias tuyas. Supongo que estarás bien y que el principio de gota que padeciste no habrá sido cosa mayor. Mi marido y yo nos encontramos en este momento preocupados e indecisos por causa de nuestro hijo Adrián. Va a tener pronto quince años, está desarrollado, pero aquí ni estudia ni hace nada de provecho. El pueblo y la vida nuestra no son muy propicios para su educación. Aquí no hay más que comerciantes y propietarios de tierras y gentes por el estilo, y sólo un colegio para párvulos. Mi marido quisiera que Adrián estudiara, porque es un chico inteligente y dispuesto, pero con la educación muy descuidada y acostumbrado a hacer su capricho. Yo no tengo autoridad para reprenderle y su padre piensa sobre todo en sus negocios. Adrián es ahora nuestra preocupación. Mandarle solo a Europa sería, creo yo, una imprudencia y constituiría un peligro para él. Ignacio, mi marido, a pesar de que le duele mucho quedarse solo aquí, dice que lo mejor será que yo vaya con Adrián a España. A mí me da también pena separarme de Ignacio, pero, si es necesario, estoy dispuesta a tomar esta determinación. Si me decido a ir con el chico, creo que lo mejor será marchar a pasar una temporada contigo a Itzar. Tu presencia, tus conocimientos y tu vida creo que servirán de ejemplo a mi hijo y le pondrán en el camino de ir dominando sus sentimientos demasiado independientes y montaraces.

No te seremos pesados ni gravosos. Costearemos nuestros gastos. Para nosotros no es nada. Ya sabes tú que aquí el dinero se gana con facilidad. En cambio, para ti, con tu sueldo pequeño, sería un esfuerzo que no es natural ni legítimo que lo hagas ni tiene tampoco razón de ser. Únicamente si no tuvieras sitio, por haber alquilado el piso de arriba de tu casa, como me decías en una de tus cartas, adviértemelo, porque de no vivir contigo preferiríamos llevar a Adrián a un colegio.

Te abraza tu hermana,

Cristina.

Don Fermín Esteban, después de leer la carta, se quedó pensativo; luego se sentó en su cuarto, se quitó los zapatos, volvió al comedor y jugó su partida de ajedrez con el secretario y le ganó dos juegos.

Cuando se marchó don Venancio dio unos cuantos paseos por la habitación y llamó a su ama, Mari Joshepa.

Mari Joshepa era una mujer alta, de nariz larga, ojos claros y sonrisa amable y simpática. Su marido era zapatero y sacristán. Mari Joshepa no había tenido hijos, y desde que llegó don Fermín Esteban a Itzar estaba a su servicio. El único defecto que tenía era el ser un poco aficionada al vino y a los licores. Mari Joshepa iba siempre

muy derecha, y quizá por eso algunos le llamaban en el pueblo *Mari-Cancalla*, que quiere decir en vascuence María ‘la Tiesa’.

Mari Joshepa era mujer de genio fuerte y consideraba que a don Fermín Esteban le explotaban con demasiada frecuencia y que ella no debía permitir tal exceso.

—¡Mari Joshepa!

—¿Qué hay, señor cura?

—Hay grandes novedades. Mi hermana y su hijo, sobrino mío, van a venir a pasar una temporada aquí.

—¿Aquí, a Itzar?

—Sí.

—¡Jesús, María y José! ¿Los va usted a tener en casa?

—Sí.

—Le van a usted a enredar todo esto.

—¡Qué le vamos a hacer! No va uno a pensar sólo en sí mismo...; hay que hacer algo por los demás, y sobre todo por la familia.

—¡Jesús, María y José...! Usted manda, señor cura; pero esto va a ser un trastorno, un trastorno tremendo para todos...

—Sí, puede ser; pero no hay otro remedio... Así que vamos a cenar y ya veremos.

Poco tiempo después, el cuñado de don Fermín Esteban, don Ignacio Erláiz, marido de doña Cristina, volvía a escribir al cura. Le decía en su carta que su hijo Adrián estaba educándose muy mal en América. Él no tenía tiempo de vigilarle, y su mujer era demasiado benévola y blanda con el chico. Por ello le daba a don Fermín Esteban todas las atribuciones para que, a su hijo, que ya iba a tener pronto quince años, le tratara con severidad siempre que lo mereciese, hasta hacerle entrar en vereda. Su mujer, doña Cristina, le entregaría cincuenta onzas para los gastos de educación del muchacho.

El vicario, según su costumbre, comenzó a pasear a grandes zancadas por el despacho, y al poco tiempo llamó a su ama, Mari Joshepa, para decirle que debía empezar a preparar las dos habitaciones de arriba del primer piso, aunque el ama las tenía muy limpias. Debía poner las camas con ropas, las cortinas en las ventanas y arreglar todo lo más cómodamente para cuando llegaran.

—Ya veremos qué se puede hacer con ese chico —le dijo el cura.

—Y ¿cuándo vienen? —preguntó el ama—. ¿Ya pronto?

—Sí, yo creo que dentro de dos o tres semanas.

—Bueno, bueno. ¡Qué le vamos a hacer!

DON Fermín Esteban de Uranga había tenido una vida azarosa. Era hijo de un empleado de Intendencia. Siendo joven y militar fue a América, a Méjico, se casó allí y tuvo una hija. Se sentía por entonces hombre feliz, optimista y lleno de planes, cuando en un par de semanas se murieron del vómito negro la mujer y la hija. En plena desesperación, abandonó todos sus proyectos y decidió volver a España.

Se instaló algún tiempo en Elguea, su pueblo, y al año de estancia allí decidió hacerse cura. Estudió en el Seminario de Calahorra, y después de ordenarse le destinaron a Itzar. Aquí estuvo varios años de coadjutor y luego le nombraron párroco de la iglesia.

Don Fermín Esteban era hombre activo. Visitaba a todos sus feligreses. Solía andar por el campo, en verano al sol, y en invierno, por los caminos del monte llenos de barro y de charcos y se paraba a coger alguna planta rara en los ribazos.

Don Fermín había conocido en Méjico a don José Antonio de Alzate, cura de origen vasco, procedente de Vera de Bidasoa y de una antigua familia del país. Este Alzate llegó a ser un botánico ilustre, que estudió la flora de Méjico y descubrió y clasificó varias plantas hasta entonces poco conocidas.

Don Fermín Esteban no tenía en esta época una inclinación especial por la Botánica. Cuando volvió a España comenzó a sentirla, y entonces escribió al cura Alzate con bastante frecuencia.

La afición a las plantas se convirtió pronto en él en verdadera manía. Su despacho se transformó en gabinete de botánico, con sus libros, sus herbarios, sus papeles, cajas e instrumentos.

Al principio de llegar al pueblo el buen cura ex militar pensó que no podía acostumbrarse a vivir en una aldea tan pequeña como aquella; luego se acomodó, y sus aficiones le sirvieron de gran entretenimiento. Tenía una biblioteca de trescientos volúmenes en español, en latín y en francés, adquirió las obras de Linneo y empezó a estudiarlas en serio.

Don Fermín Esteban llegó a sentir gran admiración por el naturalista sueco. Leía con atención sus obras principales, *Fundamenta Botanica*, *Bibliotheca Botanica*, *Classes Plantarum*. Vio que si quería estudiar de una manera sistemática la flora del país le era indispensable hacer un herbario, porque, como dice el célebre naturalista de Upsala: *Herbarium necessarium est omni botanico*.

Don Fermín seguía al pie de la letra los preceptos de la *Philosophia* del maestro.

Estos eran los principales: coger la planta no húmeda; no quitarle ninguna parte de ella; desarrollarla sin forzarla; no doblarla; hacer que se viera, a poder ser, la fructificación; desecarla entre papeles rápidamente; emplear la plancha y la prensa con discreción; sujetar la planta en una hoja entera de papel con cola de pescado; apoyarla sólo por una cara y con cuidado de que todas las hojas estuvieran separadas; escribir el nombre del género a que perteneciese sobre el folio recto del pliego; el nombre de la especie y las notas históricas en el reverso del mismo, y reunir los congéneres, es decir, los de idéntico género, en cartones iguales.

El neófito botánico seguía todos estos preceptos y métodos del maestro con el mayor rigor. Herborizaba con buenos y malos tiempos, pero prefería los días claros y secos. Llevaba en sus paseos una caja de hoja de lata cilíndrica ligeramente aplastada, abierta en la parte plana y con tapa, que había mandado hacer a un linternero de San Sebastián. Llevaba esta caja sujeta en bandolera con una correa; en la mano, un bastón, que en vez de contera tenía una paleta oval para extraer las raíces de las plantas, y en el bolsillo una lente y un rollo de papel.

Don Fermín Esteban había llegado a operar con gran habilidad y su herbario era admirado por aficionados y por técnicos, españoles y extranjeros, que habían pasado por Itzar, y que muchos pertenecían a la Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País.

Al vicario le gustaba casi tanto como la Botánica la Geografía y la Medicina. Dispersaba la atención en muchas cosas y sentía desde joven una curiosidad frecuente en naturalistas y botánicos. Le tentaba subir a los montes que le salían al paso, bajar a los precipicios, reconocer las cuevas y los saltos de agua. En Méjico y en la América central había tenido ocasión de ejecutar sus proyectos atrevidos.

En su curiosidad no llegó a la del botánico francés La Condamine. Este, que era insaciable, se encontraba una vez en una aldea italiana a orillas del mar y le mostraron en el atrio de la iglesia un cirio siempre encendido. La gente del pueblo creía que si esta luz se apagaba la aldea desaparecería inmediatamente envuelta en las olas.

La Condamine preguntó al cura que le acompañaba con gran interés:

—¿Y usted cree firmemente en eso, señor cura?

—Yo, sí; estoy convencido de ello.

—Pues vamos a verlo. Será una experiencia muy interesante —y el curioso botánico sopló y apagó el cirio y tuvo que salir por una puerta secreta de la iglesia, porque si no la gente del pueblo lo hubiera hecho pedazos.

Don Fermín Esteban era aficionado a la Medicina y a dar remedios, pero no recomendaba más que los simples: la manzanilla, la tila, el malvavisco, la pulsatila, y al exterior, la belladona y algunas otras plantas emolientes. Leía el *Dioscórides* en latín. Algunas de las recomendaciones del fantástico griego, como las siete chinches

metidas en la vaina de una haba y tragadas para curar la fiebre intermitente, el hígado de toro asado como remedio para la epilepsia y las cigarras asadas para curar las enfermedades de la vejiga, le hacían mucha gracia.

Leía también con gusto la *Historia Natural* de Plinio, que le parecía divertidísima, aunque comprendía que no tenía exactitud. A veces pensaba que era lástima que el mundo no fuera así, como lo pintaban los autores antiguos; pero también pensaba que el mundo científico que se iba a presentar con el tiempo iba a ser maravilloso, como un cuento de *Las mil y una noches*.

Cuando el vicario, después de terminar su servicio en la parroquia, salía por las mañanas del pueblo tras de almorzar, se sentía inundado de un entusiasmo optimista.

Todo el campo era suyo; él no disputaba a nadie sus beneficios ni nadie se los disputaba a él. Lo que a él le interesaba no les interesaba a los demás. Exploraba los montes, las arboledas, los barrancos, el mar y los arroyos.

Además de las plantas más conocidas, de las familias de las labiadas, de las crucíferas, de las rosáceas, recogía algas, hongos, líquenes y criptógamas. De casi todas sabía el nombre castellano, el latino y el vasco, cuando lo tenían en este idioma. Algunas no se conocían en vascuence, y otras en el mismo calificativo de *sugue belarra* ('hierba de serpiente') o de *ira belarra* ('hierba de veneno') se comprendían, no sólo distintas variedades, sino distintas especies... Para esta cuestión de los nombres de las plantas en vascuence estuvo en correspondencia con el cura erudito especialista en cuestiones vascas, don Pedro Pablo de Astarloa.

Don Fermín Esteban señalaba la estación de la planta, y si era marítima, fluvial, uliginosa, fontanal, arenaria o pratense.

El vicario sabía también algo de la mitología de las plantas y de su simbolismo, que encontraba en viejos infolios y en la Enciclopedia francesa. Si él llegaba alguna vez a publicar completo su catálogo de *Flora Vascónica*, ¡qué satisfacción sería la suya! ¡Qué triunfo!

Don Fermín tenía la manía de recoger cuanto encontraba en el campo: piedras, trozos de cacharros, raíces... El ama, la Mari Joshepa, cogía todo lo que no fueran plantas y lo tiraba a la basura.

Como don Fermín Esteban tenía la atención empleada en muchas cosas, tomaba nota de ellas en unos cuadernos. Para las notas de Botánica empleaba varios de éstos, otros le servían para observaciones científicas meteorológicas y también para coleccionar refranes en vascuence.

Mari Joshepa aseguraba que el párroco se arruinaba con sus cuadernos, y decía de él que era terco y *casquetoso*, es decir, algo caprichoso y venático. No era la única, porque había alguna solterona del pueblo que aseguraba que el vicario era buena persona, pero que estaba un poco loco.

Desde que don Fermín Esteban pensó que pasaría toda su vida en el pueblo,

decidió hacer un contrato con el dueño de la casa donde vivía, y el amo lo aceptó. El cura tenía sesenta y tres años por entonces. Podría vivir veinte más, a lo sumo. Él le daría el importe del alquiler de los veinte años inmediatamente y consideraría la casa como suya hasta que se muriese. El propietario aceptó la proposición, e hicieron un contrato fijando las condiciones. Don Fermín realizó reformas a su gusto.

Desde su despacho, con dos balcones, se dominaba el mar. En verano le gustaba sentarse al vicario y leer en el balcón. El cuarto se veía lleno de estantes de madera sin pintar con plantas y minerales. Los libros y los cuadernos los guardaba en un armario; tenía un barómetro de mercurio, un termómetro, un globo terráqueo de madera construido por él y un anteojo astronómico.

Había ideado también un higrómetro de Saussure de los que se hacen con un pelo. El aparato figuraba una casa con jardín y dos puertas. De una de éstas salía un viejo vestido de negro con paraguas y de la otra una mujer joven ataviada con traje de colores chillones, como una maja con su peineta y un abanico en la mano.

Los amigos del vicario de Itzar, cuando veían que los días muy húmedos salía de la puerta de la casa de juguete el viejo con el paraguas, y los muy secos la mujer del abanico, se quedaban maravillados y consideraban el aparato casi milagroso.

Había además en las paredes del despacho, puestas en marcos, estampas en color de plantas y de flores, algunas muy bonitas, y sobre todo cuatro láminas de lepidópteros diurnos, crepusculares y nocturnos, que eran preciosas.

La gente consideraba a don Fermín Esteban un poco absurdo.

«Tenía la manía de leer libros, decían algunos.»

Esta manía, para aldeanos vascos, que apenas sabían el castellano, debía parecerles una insensatez, algo muy absurdo y próximo a la locura. ¡Cuánto más natural era jugar a las cartas o chismorrear en un rincón! Como algunos veían de noche luz que brillaba en el cuarto del vicario, movían la cabeza como diciendo: «Ese hombre no anda bien del meollo».

Sus ocupaciones en la iglesia, la investigación botánica, la clasificación y luego la lectura, llenaban la vida del párroco.

Con su entusiasmo de naturalista, don Fermín se olvidaba muchas veces de las horas de comer y de todos sus asuntos; así que la Mari Joshepa tenía que decirle a veces:

—Oiga usted, señor vicario, que mañana es fiesta.

—¡Ah, sí! Es verdad, es verdad.

Don Fermín Esteban era un poco caprichoso y versátil en sus gustos, pero no le gustaba que se lo dijeran.

En lo que, al parecer, había tenido más fijeza era en la afición a las plantas. En lo demás, muy poco.

De mozo había sido estudiante de cura, después militar; luego, en Méjico,

aficionado a la Geografía y a la Minería; más tarde se había hecho cura, y su máximo entusiasmo era la Botánica; pero empezaba a tener veleidades de astrónomo, de músico y de meteorologista.

Lo que más le molestaba era que le atribuyeran volubilidad en sus gustos y le tuvieran por hombre un poco veleta y chiflado. Sin embargo, era la fama que tenía. Se decía que creía en la varita de virtudes y en otras fantasías.

Era el párroco de Itzar hombre decidido en sus investigaciones; no retrocedía aunque se le pusiera delante un libro abstruso y difícil; no se volvía atrás, lo atacaba con tesón hasta que lo entendía.

Don Fermín había escrito varias comunicaciones a la Sociedad Económica Vascongada con toda clase de detalles; Botánica, Geografía, Mecánica, Meteorología, todo lo tocaba. A lo que no se dedicaba nunca era a cuestiones artísticas. No le interesaban.

El vicario tenía dos acompañantes: uno sólo para dentro de casa, el gato *Cholín*, y otro para fuera de casa y para la calle, el perro *Capitán*. *Cholín* era el gato más independiente del país. Era inteligente y astuto, tenía cariño a su amo y le pasaba la cabeza por las piernas. Cuando cazaba algún pájaro el cura le decía:

—¡Eres un pirata! ¡Eres un bandido!

Capitán era un perro alborotador, a veces le molestaba el gato y se echaba sobre él, pero *Cholín* le daba dos o tres zarpazos rápidos y después de un brinco se subía a un armario a contemplar a su enemigo.

«¡Paz, paz!», decía don Fermín.

El cura, a pesar de sus sesenta y tantos años, estaba fuerte. Podía andar tres o cuatro leguas sin cansarse. Tenía la cara y la nuca rojas, de color carmesí, y las cejas de oro. No tomaba precauciones, a pesar de las advertencias de la Mari Joshepa. Muchas veces, después de andar por el campo y venir sofocado, se sentaba en el balcón y cogía un gran catarro. A veces también los cogía saliendo a mirar con su pequeño antejo astronómico de noche las estrellas. Entonces, si no podía salir de casa, se dedicaba a la clasificación de los ejemplares y a la ordenación de los pliegos. No tomaba nunca más medicamentos que los vegetales.

El vicario de Itzar pensaba que había que someter al análisis todo y ver lo que encerraba de verdadero o de falso.

Así había hecho pruebas con la varita de avellano para ver si con ella se descubrían filones de mineral. No le había dado resultado, a pesar de que había seguido todas las pragmáticas para el uso de esta vara mágica. Don Fermín pensaba que la varita de virtudes primitivamente, el tirso de Baco y el caduceo de Mercurio, podrían tener alguna eficacia especial, por su constitución física, pero no encontró ninguna.

Don Fermín Esteban leyó en una gaceta francesa la historia de un tal Aymar, que

llamó mucho la atención en el mundo, y del que se dijo que después de hacer grandes maravillas con su varita mágica descubrió a los autores de un crimen cometido en Lyon.

También oyó hablar de las locuras de Mesmer y de un vizconde de Puysegur que, según decían, magnetizaba no sólo a las personas, sino a los árboles.

Como por el tiempo corrían muchas fantasías, don Fermín había oído asegurar en Méjico a personas que pasaban por serias, que en una copa llena de agua o en una esfera de cristal o en un espejo se podían ver, mirando con atención, formas extrañas, quizá debidas a los cambios de temperatura. Hizo la prueba y no vio nada.

Después de varios ensayos, se convenció de que la varita mágica, la cristalomancia de las esferas y copas de agua y el magnetismo de árboles y de plantas eran ilusiones tontas que no valía la pena de tenerlas en cuenta.

Había que limitarse a la Botánica, que era lo único serio y lo científico de lo próximo a él, o a lo más hacer algún escarceo en el mundo de la Física y la Historia natural. Así, cuando iba a la orilla del mar, además de recoger algas y líquenes, si veía algún molusco raro lo llevaba a su casa.

DON Fermín Esteban de Uranga se había casado en Méjico con la hija de un vasco que tenía una gran posesión hacia la Sierra Madre, cerca de Chilpancingo.

Don Fermín y su mujer iban a la finca con frecuencia, y allí conocieron al botánico don José Antonio de Alzate, que visitó el país con la idea de herborizar.

Don Fermín Esteban, que era joven, y tenía mujer e hija, no sentía ninguna veleidad científica por entonces; pensaba ascender en su carrera y abrigaba proyectos ambiciosos.

En esa época supo el oficial que su madre había muerto en Elguea, dejando a su hermana Cristina sola. Él, que la quería, la mandó llamar, y en compañía de una familia amiga fue la hermana a Méjico y vivió con don Fermín dos años.

Una vez que estuvo en la finca del padre de su cuñada, Cristina conoció a un joven de Irún empleado en las oficinas de las Naos de Acapulco y se casó con él.

Las Naos de Acapulco eran buques que efectuaban la travesía desde ese puerto del Pacífico a Filipinas, antes de que comenzara la navegación remontando el cabo de Buena Esperanza.

Cristina de Uranga y su marido, Ignacio Erláiz, se instalaron en Acapulco.

Acapulco tuvo una época de esplendor, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando adquirió el derecho exclusivo del comercio de España con las Indias Orientales.

La cuestión de las Naos de Acapulco fue muy discutida en España desde el comienzo del siglo XVIII. Los comerciantes de Sevilla y de Cádiz aseguraban que el comercio entre Méjico y Filipinas les perjudicaba y que las fábricas de seda de la Península no enviaban géneros a América porque a Méjico llegaban telas de China. Aducían que de Acapulco marchaban más mercancías que las que se declaraban y que lo mismo ocurría en Filipinas. Por otra parte, la burocracia consideraba que el número de empleados en Acapulco era muy exiguo.

Con estas reticencias burocrático comerciales, la institución de las Naos de Acapulco fue decayendo, y con la guerra de Napoleón desapareció.

Don Ignacio de Erláiz era de una casa de Irún venida a menos. Sus ascendientes se habían dedicado a comprar y a vender ganado. El padre de don Ignacio había tenido varios tropiezos en la vida, los negocios le salieron mal y se había arruinado. Ignacio, de chico, fue a trabajar de dependiente a un comercio de San Sebastián, y un hermano suyo mayor se casó con la hija de un ganadero de Lastur, aldea de la

jurisdicción de Cestona, y compró y vendió vacas.

Estuvo Ignacio después en Francia y de aquí marchó a Méjico. Luego intentó varios negocios y consiguió tener un buen destino en las oficinas de las Naos de Acapulco. Poco tiempo después de casarse era uno de los empleados principales de esta Compañía, y cuatro o cinco años más tarde había comprado al suegro de don Fermín Esteban una gran finca en Tixtla, pueblo de la Sierra Madre, de clima suave y fresco. Don Ignacio Erláiz, cuando tuvo un hijo, pensó que éste se criaría mejor en la finca suya que no en la ciudad del Pacífico. Acapulco es un pueblo rodeado de montes sombríos, con un puerto volcánico enorme, rodeado de lavas estériles, un cielo implacable y vientos huracanados. El clima es extremado y se padecían entonces fiebres palúdicas muy intensas.

En Tixtla vivieron durante mucho tiempo doña Cristina y su hijo Adrián. Don Ignacio pasaba algunas temporadas con ellos y doña Cristina iba también con Adrián a Acapulco por las fiestas y se alojaban en las habitaciones de la casa de la Compañía naviera.

Adrián, de chico, jugó en los almacenes donde se guardaban los géneros que se enviaban a Filipinas y los que se recibían de estas islas. Fuera verdad o fuera imaginación, Adrián recordaba haber visto jarrones de porcelana enormes y lacas chinas con dibujos complicados, monstruos de ébano negros y otros de colores con ojos brillantes, esculturas metidas en fanales de cristal que movían la cabeza y hacían un sinfín de monadas, elefantes de madera con torres y pagodas de marfil y tablas de nácar en donde había esculpidos dragones y pájaros de cobre. También veía allí sacos con barras de oro y de plata que se embarcaban para Manila y otros de especias que tenía un olor fuerte y mareante.

A visitar a don Ignacio Erláiz solían ir muchos vascos, casi todos pilotos, entre ellos uno de Irún llamado Ibarгойen, que había dado la vuelta al mundo varias veces. Este Ibarгойen contaba grandes aventuras de naufragios y de piraterías.

Don Ignacio, a pesar de que le iba bien en América, suspiraba por volver a España. No quería que su hijo Adrián se americanizara por completo, y como tampoco le convenía dejar su cargo hasta redondear su fortuna, pensó que su mujer y su hijo fueran a España para que Adrián completase su educación, como se decía tomando la frase del francés.

Veía que la vida en América para un muchacho atrevido y levantisco podría ser demasiado libre y terminar haciendo de su hijo un calavera. Él quería a toda costa que Adrián sentara la cabeza y fuera un joven tranquilo y sensato.

Por otro lado, veía que su mujer, doña Cristina, a pesar de que tenía mucho entusiasmo por su hijo, era la única persona que influía en él, capaz de llevarle por el buen camino.

Largas conversaciones tuvieron doña Cristina y don Ignacio sobre esta cuestión.

Los dos estaban de acuerdo en que el ambiente de la finca de Tixtla en la Sierra Madre no era muy a propósito para la educación de un joven. Veían que entre indios, mulatos y negros, a quienes Adrián trataba como un déspota, no había posibilidad de que el muchacho tuviera idea de la vida social, de los deberes de una persona civilizada.

Tampoco doña Cristina pensaba que sería prudente dejarle marchar a Europa solo a Adrián, y decidieron que fueran madre e hijo a casa de don Fermín Esteban a Itzar y que don Ignacio se quedara en Acapulco con sus negocios de navegación.

Ya una vez decidido el viaje, se prepararon y embarcaron en un buque español. La travesía de doña Cristina y de Adrián fue mala, sufrieron tempestades y borrascas que les espantaron y les trajeron a mal traer, pero llegaron al fin sin detrimento de su salud.

IV · DIGRESIÓN SOBRE LA VILLA DE ITZAR Y LAS IDEAS DE LOS ERUDITOS

LA villa de Itzar era una aldea pequeña que estaba en una altura mirando al Cantábrico. Se componía de unas treinta casas, que formaban el casco del pueblo, rodeando a la iglesia, y de varios caseríos diseminados que formaban un núcleo de unos mil habitantes. La iglesia se consideraba antigua. Era de una sola nave y tenía el camarín de la Virgen. Esta era muy venerada en el país como protectora de los navegantes y marineros. La «Stella Maris» de los antiguos. En el coro había escrita una canción en loor de la Virgen, que tenía como refrán: *Ave María Stella*.

Sobre esta iglesia escribió una relación en castellano y en vascuence un vicario de un pueblo próximo, relación llena de exageraciones y de fantasías.

Para todos los eruditos de los siglos xvii y xviii no había gloria mayor que la antigüedad y demostrar en muchas páginas que la aldea tal aparecía en el siglo primero o segundo de la Era Cristiana, que había pertenecido al convento jurídico de Pompeyópolis o de Clunia y que la citaban en el *Itinerario* de Antonino y en las obras de Estrabón y Pomponio Mela; todo esto era algo exquisito y un timbre de gloria.

Siempre o casi siempre sucedía que enfrente del erudito local que defendía la tesis de la antigüedad de su aldea o de su ciudad, aparecía otro de un pueblo próximo demostrando que no tenía exactitud ninguna aquella afirmación, y que Antonino, Estrabón y Pomponio Mela no se referían al pueblo aquél sino a otro más lejano.

La divergencia se resolvía en una serie de ironías y de sarcasmos y a veces terciaba algún tercer erudito en discordia que demostraba que ni Estrabón, ni Antonino, ni Pomponio Mela tenían exactitud en sus asertos y que habían hecho sus afirmaciones desde muy lejos, sin conocer el terreno y al buen tuntún.

Esto no era obstáculo para que la cuestión se renovara al cabo de algunos años y se volvieran a emplear los mismos argumentos.

Los eruditos vascos, al afán de sobresalir por la abundancia de citas latinas y griegas para los investigadores severos de segunda o de tercera mano, añadieron una pasión ferviente por las etimologías hechas a base del viejo idioma, que hacían más fantásticas y a veces también más plúmbeas sus obras.

Algunos combinaban esta manía con la de citar a todo pasto las Escrituras, en lo cual seguían a nuestro fantástico paisano don Esteban de Garibay y Zamalloa. Don Esteban, no contento con tener tras de su muerte su alma en la indiferencia, ni arriba ni abajo, y no ser ni de Dios ni del diablo, como dice Tirso de Molina en su comedia

la *Joya de las Montañas*, hablando del extravagante cronista guipuzcoano, demostró ce por be en su *Compendio historial* que el patriarcal Tubal Caín hablaba vascuence y que había sido vecino en Mondragón y uno de los antepasados del historiador vasco. Probablemente el patriarca Tubal viviría entre *Erdico-calle* ('la calle de en medio') y *Olarte-calle* ('la calle de Olarte') y tomaría un chiquito de vino en la taberna de la *Bashili* o en la de Perico el *Araguiarrapatzallia*, o sea, 'Perico el Decomisador de carne'.

Contra estas pretensiones bíblico-patriarcales salía algún erudito castellano enranciado y agriado en algún archivo o en alguna covachuela de los Pósitos, y con mal humor y una saña un tanto ridícula, que quería ser trascendental, negaba todas las suposiciones y argumentaciones y provocaba una serie de apologías, defensas, réplicas y contrarréplicas que no demostraban más sino que los hígados funcionaban de manera deficiente y que el cálculo en esta época se mostraba con mayor frecuencia que en el cerebro en la vesícula biliar.

A la rivalidad localista se agregaba a veces la hostilidad de una orden contra otra, de un obispado que se creía más antiguo y con mayores derechos contra otro floreciente y moderno.

Frailes piadosos, curas malhumorados, empleados de covachuelas, de Pósitos y de chancillerías más o menos eruditos tenían así motivos constantes de exponer sus ideas en obras pesadas, que muchas veces quedaban manuscritas y otras se publicaban en alguna oscura capital de provincia y se vendían en la calle del Horno Antiguo o de la Zapatería, en la librería de Pedro Martín o en la de la Viuda de Sánchez, en un volumen tasado a cuatro maravedíes el pliego.

Dejando estas cuestiones trascendentales y críticas para los eruditos, se decía que la iglesia de Itzar, aunque no de tanta antigüedad como quisiera su panegirista, era de una época muy lejana.

Luego, al parecer, la parroquia se trasladó a Elguea, pueblo de la misma costa, e Itzar quedó entonces casi desierto, con unas pocas casas y una ermita; pero al aumentar el número de habitantes se volvió a considerar como villa y a erigir la ermita en parroquia.

Por aquel tiempo, además de la iglesia, había en los contornos de la aldea dos capillas.

Casi toda aquella costa entre Itzar y Elguea era un acantilado de peñas oscuras. Próximamente a Elguea acababan las rocas negras y pizarrosas que se alzaban en el mar como hojas de un libro y empezaban las peñas calizas, más redondas y más susceptibles de vegetación.

Itzar no tenía puerto, a pesar de estar cerca y encima del mar; era una aldea terrestre. Tenía varios caseríos rodeados de maizales.

Cerca de las casas se levantaban almiarres de heno y de helechos, que en el país se

llaman *metas*. En las partes elevadas reinaban los robles y los castaños y en las bajas, con sus taludes y derrumbaderos, las carrascas.

Estos derrumbaderos que se inclinaban sobre el mar, casi todos de piedras negruzcas, terminaban en arenales de arena finísima, y en sus huecos nacían zarzales, cardos y gladiolos con flores de color vivo y a veces manchas de algas rojizas. Había, según don Fermín Esteban, tres clases de algas en las proximidades: una morada, de hoja gruesa; otra verde oscura, de hojas como hilos, y otra verde clara.

Don Fermín recogía unas y otras y coleccionaba también las actinias que llaman algunos ortigas o anémonas de mar. Aquellos cuerpecillos oscuros adheridos a las rocas y con una porción de tentáculos, solían tener colores distintos y a veces espléndidos.

El vicario habló varias veces a sus amigos de la amistad estrecha que existe entre el ermitaño paguro, crustáceo que para protegerse se aloja en la concha de un molusco, y la actinia; pero estas simbiosis no interesaban a sus amigos de Itzar.

LA casa de don Fermín Esteban era espaciosa y cómoda. Tenía en el piso bajo un despacho en el cual se recibía a la gente para las cuestiones relacionadas con la parroquia, como misas, bodas y bautizos; un comedor, la cocina y dos cuartos para la Mari Joshepa y su marido; en el piso alto, su gabinete de botánico con sus libros y sus papeles, la alcoba y dos cuartos grandes cerrados, que por entonces no se usaban, y que se habilitaron para doña Cristina y su hijo Adrián.

En cuanto llegaron sus parientes, don Fermín Esteban, que ya tenía preparado el plan para la educación de su sobrino, pensó en ponerlo en práctica. El chico iría a la escuela. El maestro era al mismo tiempo el organista de la iglesia. No era hombre de mucha cultura ni de carácter, pero tenía paciencia, y con paciencia se puede hacer mucho. Después, el cura pensaba dar a Adrián dos horas de lección todos los días.

Este plan del vicario se estrelló ante el salvajismo del chico. Era imposible meterle en cintura. No quería estudiar, se consideraba con toda clase de derechos y sin ninguna obligación. No hacía caso de nadie, ni le importaba que le dijeran esto o lo otro.

Al principio le hizo don Fermín algunas recomendaciones: «No andes con los zapatos llenos de barro en el suelo encerado, porque la Mari Joshepa tiene mucho que trabajar.» «No revuelvas los pliegos donde tengo las plantas.» «No persigas al gato, déjale.»

Adrián no hizo caso de ninguna de estas recomendaciones. Quiso coger al gato varias veces, pero *Cholín* se le escapaba y se subía a un árbol y desde allí se le quedaba mirando.

—¿Qué se creará este estúpido? —debía de pensar el gato—. ¿Que conmigo va a tomarse familiaridades?

El perro *Capitán* se hizo amigo del joven Erláiz.

Don Fermín Esteban, al mes de tener en su casa a su hermana y a Adrián, dijo a doña Cristina.

—Este chico va a ser un bárbaro. No tiene ninguna afición a la lectura. No sé lo que vas a poder hacer con él. Yo no soy de los que creen en el viejo refrán de que la letra con sangre entra; pero con éste, si sigue así, no vas a tener más remedio que llevarle a un sitio donde le domen, porque si no va a ser un salvaje. No quiere estar en casa un momento y no le interesa nada. Ya verás tú lo que haces.

—Ten en cuenta que está muy mal acostumbrado.

—Sí, ya lo tengo... Si no le gustara el latín, pero le gustara algo, las Matemáticas o la Historia natural..., estaría bien; pero es que no le gusta nada.

Adrián reconocía en su fuero interno que esto era cierto, nada de lo que le enseñaban le producía curiosidad o interés, fuera la Gramática, la Historia Sagrada, la Aritmética, etc. Todo le parecía de un aburrimiento letal.

Como decía la Mari Joshepa, Adrián no tenía idea buena en la cabeza. Había leído la primera parte del *Robinson* y las hazañas de bucaneros y filibusteros y hubiese querido imitarles.

Le gustaba reunirse con dos o tres chicos los más zarrapastrosos del pueblo. Uno era un chiquillo desmedrado que se llamaba Sabino. De Sabino había pasado a llamarse *Shabino* y de *Shabino* se transformó en *Shabiron* o *Shabiroya*, que es un pez minúsculo que suele haber en las playas, y cuyas espinas se clavan en los pies descalzos y producen inflamaciones dolorosas.

Este chico, Shabiron, que entendía mal el castellano, se forjaba fantasías y confusiones extrañas. Había oído sin duda a los marinos del puerto de Elguea hablar del mar de los Sargazos, y decía que había sitios en el mar con caminos y jardines por donde andaban los camellos y las jirafas. Creía también que había bosques con castaños. Esta idea procedía de que en vascuence se llama *itsas gastaiño* ('castaños de mar') a los castaños de Indias. Otra extravagancia marina eran los vientos chocolateros, que se llamaban así, según él, porque arrastraban chocolate.

Shabiron tenía la obsesión del mar. Las mismas cosas que contaba Adrián de su viaje de Méjico a España, las volvía a contar Shabiron, arregladas y transformadas a su gusto.

El otro compañero de Adrián era el hijo de un campesino, a quien llamaban *Satorra*, 'el Topo'. Este había heredado el apodo paterno y era decidido y valiente. Los tres chicos tenían la ilusión de hacer una casa en la costa vasca y luego recorrer los mares del mundo y recalar en su rincón, que sería como un museo de sus aventuras.

El mar les llenaba de asombro, y la idea de que estaba lleno de ballenas, de tiburones, de pulpos, de serpientes enormes, de fábricas de chocolate para los vientos chocolateros les admiraba. Les habían dicho que las serpientes de mar se levantaban más alto que las mayores olas y tenían unas melenas y unos ojos furibundos. Ello, unido a los piratas, a los tesoros escondidos, a las perlas, a los corales y a las fábricas de chocolate, les hacía palpar el corazón.

Shabiron decía que había rebaños en el mar y dibujaba toscamente un barco en la arena y decía que en aquel barco viajaría él.

—¿Cuántos barriles de oro y de plata habrá en el fondo de estos mares? —exclamaba—. Y ¿de quién será todo esto?

—Probablemente, del diablo —contestaba Satorra.

Contaba también Shabiron que un día había encontrado en el campo a un hombre tendido en el suelo con un anillo en la oreja. Al verle, echó a correr, porque supuso en seguida que aquel hombre era un pirata. Esto de los piratas les llenaba de admiración. Adrián hablaba también de los bucaneros. Muchas veces había batallas de piratas y bucaneros entre la chiquillería al pie de las rocas, y se distinguían los unos de los otros porque unos llevaban un banderín rojo o un banderín blanco con una calavera y dos tibias. Estos terribles enemigos tiraban petardos que levantaban un poco de arena en el aire.

El padre de Shabiron era el sacristán, el campanero y el enterrador de la aldea. Tenía una casita y hacía redes para los pescadores de los pueblos próximos.

Otro amigo de Adrián, Ishquiña, no era marítimo, sino terrestre, de un caserío próximo al monte Anduz; era también supersticioso, pero de otra clase de supersticiones. Temblaba pensando en las brujas del monte Murumendi, en el Basojaun y en el cura cazador Eiztari Beltz, que pasaba de noche por el campo persiguiendo a las liebres.

El párroco don Fermín Esteban notó pronto que sus explicaciones científicas eran contrarrestadas por las de Shabiron, Ishquiña y Satorra.

No había manera de dominar a Adrián. No respetaba nada, entraba en la huerta, arrancaba las plantas pequeñas o las pisaba, tiraba piedras a las frutas verdes de los árboles o tronchaba las ramas, perseguía al gato y hacía agujeros con la azada en los cuadros recién labrados y sembrados.

Había leído en Méjico las aventuras de Miguel *el Vasco*, famoso bucanero de la isla de la Tortuga, y creía que él sería capaz de realizarlas.

Estuvo también en la Sierra Madre del Sur, donde hay grutas de enormes dimensiones, clima en algunos sitios tropical y en otros casi fresco. Había visto mestizos, indios y negros de origen africano y filipino. No quería nada con los libros de la escuela, que despreciaba, y únicamente le gustaba huronear por aquí y por allá, pero no leer ni estudiar ni estarse quieto ni tranquilo.

«Sobre todo, lo que desprecia profundamente es la biblioteca», decía don Fermín Esteban con ironía.

El chico cantaba canciones que le enseñaban en la escuela. Don Fermín Esteban no se había parado en ellas. Una vez, al oír la letra de una, se fijó y le chocaron los disparates que decía. Una de estas canciones terminaba exclamando: «Al cielo eleva “serpiente oración”».

—Pero, oye, oye —le dijo un día a su sobrino—: ¿Qué es eso de «serpiente oración»?

—No sé; así nos lo enseñan a nosotros en la escuela.

Cuando el vicario comprendió que se trataba de *ferviente* oración se echó a reír. Otros muchos disparates decía Adrián de cosas que no comprendía o más bien en las

que no se fijaba ni le importaban.

En vista de que su hijo no se entendía con su tío ni avanzaba con el maestro, doña Cristina decidió que fuera Adrián a Elguea, pueblo próximo de la costa, donde había un maestro castellano, don Hipólito Sánchez, muy severo y pedante, que enseñaba a los chicos el Latín, la Gramática y la Geografía por el procedimiento pedagógico de los palmetazos. El maestro era un hombre severo, achaparrado, de cabeza grande y pelo rizado, cara bronceada, brazos cortos y manos fuertes y peludas. Era de los más clásicos practicantes de la máxima de la letra con sangre entra, y él mismo estaba convencido de que si sabía latín era porque le habían zurrado la badana en la juventud con frecuencia.

Adrián, entonces, comenzó a bajar a Elguea por la mañana, comía allí y volvía a Itzar al caer de la tarde.

La actitud y las ideas de Adrián dejaban al maestro don Hipólito estupefacto. No había tenido bajo su férula a ningún muchacho tan díscolo y tan rebelde; así que la palmeta andaba con él que era una bendición.

Un día, a los seis meses de tenerle de discípulo, y después de calentarle con el instrumento pedagógico *ex abundantia cordis*, dijo don Hipólito severamente al rebelde colegial:

—Espera aquí.

Adrián esperó con cierta tranquilidad, porque la terrible palmeta no estaba en la mano del maestro.

Don Hipólito tenía la costumbre de dejarla cuando terminaba la clase.

—He sabido —dijo después a su discípulo— que tu conducta deja mucho de desear.

—¿Yo qué he hecho?

—Tú eres un libertino, un disoluto, *dissolutus*, y te advierto que si yo fuera tu padre otro gallo te cantara —y le dio un pescozón con los nudillos—. A ver, primera declinación: Singular: *Rosa*. ¿Nominativo?

—*Rosa*.

—¿Genitivo?

—*Rosae*.

—¿Dativo?

—*Rosae*.

—¿Acusativo?

—*Rosam*.

—¿Ablativo?

—*Rosa*.

—Bueno. Está bien. Segunda declinación. *Templum*. Regla de los terminados en *um*.

—Los en *um*, sin excepción, del género neutro son —dijo Adrián.

—Bueno. A ver. Singular. ¿Nominativo?

—*Templum*.

—¿Genitivo?

—*Templi*.

—¿Dativo?

—*Templo*.

—¿Acusativo?

—*Templum*.

—¿Ablativo?

—*Templo*.

—Ahora el plural. ¿Nominativo?

—*Templum... no. Templo... templa*.

—Calla, calla salvaje... Eres un perfecto borrico, *asinus perfectus*... Eres la deshonra de mi colegio.

—Mejor.

—Porque cuidado que he tenido yo malos discípulos; pero uno tan necio y tan bruto como tú, tan *stultus completus*, jamás. ¿Es que no sabes las declinaciones aún? Vamos a ver las conjugaciones. A ver. Presente de indicativo del verbo ser: *esse: Sum, Es, Est, Sumus; Estis; Sunt*. Ahora di tú los otros tiempos.

—No los sé —dijo Adrián.

—¿Que no los sabes?

—No.

—¡Qué cinismo, pero qué cinismo! He perdido mi vida —exclamó don Hipólito con cierto sentimentalismo y mirando al techo—. He perdido mi vida en desasnar zoquetes, *Stultorum infinitus est numerus* ya lo sabía, pero no tanto. *O tempora o mores* —y dio un paseo por la clase—. ¿Qué quiere decir *O tempora o mores*, insensato? —le preguntó a Adrián.

—Quiere decir ‘O tēporas o moros’.

—Eres un salvaje, un bruto —y el maestro levantó los brazos en alto—. Puedo decir, como Tito, *Diem perdedi*. Está uno soportando tanta estupidez años y años, *equo animo*. Estos animales tienen orejas y no oyen, *Aures habent et non audient*. He tenido como máxima consagrar la vida a la verdad, *Vitam im pendere vero*, y he sido la voz que clama en la soledad, *vox clamantis in deserto*, y ¿qué premio he tenido? Ninguno. Bien, joven Erláiz, bien; di a tu tío don Fermín Esteban, a quien venero y respeto como se merece, que tú no sirves para el estudio, que eres un mastuerzo, un animal de bellota, y que te ponga a cultivar cebollinos o a guardar ovejas. Y ahora, márchate cuanto antes. *Aeternum vale* —y levantó la palmeta en el aire.

Adrián se decidió y salió de la clase de estampía, como un cohete; don Hipólito le

ganó por la mano y le dio un puntapié en el trasero que le quitó la respiración.

Adrián, exasperado, al salir a la calle cogió una piedra del suelo y la tiró a una ventana de la escuela, pero no le dio. Como una vecina salió a gritarle, se marchó a Itzar.

La verdad era que la educación del chico iba tomando un carácter deplorable. Ya no fue a la escuela.

La amistad entre el tío y el sobrino no llevaba camino de realizarse.

Un domingo que Adrián había estropeado en la huerta todo el trabajo que Bernardo y la Mari Joshepa habían hecho en varios cuadros, don Fermín Esteban le llamó incomodado y le dijo que no creyera que porque su huerta fuese pequeña y pobre podía estropearla impunemente. Añadió que él había visto en América posesiones particulares más grandes que todas las provincias vascongadas juntas, pero que para él, que no tenía otra cosa, su huerta pequeña valía tanto como la posesión inmensa, y que el que no respeta lo pequeño porque es pequeño es un necio que está cerca de ser un miserable. Además, quería demostrarle que, aunque viejo, tenía energía para pararle los pies y para no dejarse atropellar por nadie, y menos por un estúpido como él.

Adrián escuchaba la reprimenda con aire de mal humor, y por la noche dijo a su madre que él no quería vivir en aquella casa.

«Espérate —le dijo su madre—; cuando venga una buena ocasión nos iremos.»

Don Fermín Esteban notó la hostilidad del muchacho y desde entonces le trató todavía más secamente.

Todos los días llegaba Adrián tarde a las horas de comer y de cenar, y entonces comía solo en la cocina. Hubo días en que Adrián no se presentó. El vicario mandó cerrar la puerta de la casa y el muchacho fue a dormir a la posada, que estaba detrás de la iglesia.

Un día dijo Adrián que se iba a bañar a la playa con unos amigos: vino la noche y el chico no aparecía. Doña Cristina estaba en una incertidumbre enorme y con un cuidado que no podía parar en ninguna parte. Cuando, ya por la noche, Adrián se presentó muy tranquilamente, don Fermín Esteban se enfureció, le agarró del brazo y le dijo: «Tú eres muy bruto y muy egoísta. Crees que lo tuyo es de mucha importancia y que lo de los demás no tiene ninguna; así has tenido a tu madre apurada todo el día; pero yo te voy a enseñar a respetar a las demás personas que valen más que tú. ¡Majadero! Y si no te convences con las razones te convenceré a palos. Así que ya lo sabes. Y ahora te puedes marchar, porque a mí no me haces ninguna falta.»

Adrián, rabioso, dijo a su madre que si no se marchaban él se escaparía de aquella casa.

Era muy difícil que un joven bárbaro llegado de América, que había vivido entre

indios, pudiera manejárselas entre personas cultas. Tenía la idea de que nadie debía intervenir en su vida.

Su tío quería ocuparse de las plantas. Que lo hiciera, pero que no le molestara a él. Su madre pagaba la estancia allí. ¿A qué se metía con él? Que le dejaran. Si quería ser bruto nadie tenía derecho a impedirselo. Adrián ya comprendía muchas veces que se estaba portando mal, hecho un bestia, pero no quería cambiar ni avenirse a razones.

Doña Cristina, muy apenada, le iba calmando, y luego fue a hablar con su hermano. Él le dijo que veía que no se entendía con Adrián, que él creía haber hecho todo lo posible para encauzarle, pero que no lo había podido conseguir, y creía efectivamente que lo mejor que podían hacer era marcharse del pueblo.

Sacó el cura el dinero que le había dado su hermana y quiso devolvérselo, pero doña Cristina comenzó a llorar y le pidió que dejara pasar otro plazo a ver si el chico cambiaba.

Aquel disgusto de la familia impresionó algo a Adrián, y comenzó poco a poco a acomodarse a las costumbres de la casa y a no hacer barbaridades.

El cura le iba observando y el muchacho parecía que se iba dando cuenta de lo que eran las personas de su alrededor.

Llegó la época en que madre e hijo tenían que decidirse. Había que llevar a Adrián a un colegio de España o de Francia a que estudiara, por lo menos, francés e inglés.

Doña Cristina veía siempre la estancia en Francia como una serie de peligros, y tal consideración ofendía el orgullo de Adrián. Este hubiera preferido volver a Méjico, pero la misma tendencia de su madre le hacía ponerse en contra.

«¿Qué nos va a pasar en Francia? —decía—. Yo no tengo miedo a ir.»

Por fin, decidieron marcharse; don Fermín Esteban no tomó parte en esta cuestión. Seguía con sus trabajos de botánico y no quería intervenir en el asunto.

Al despedirse de su tío, Adrián parecía un poco confuso y vacilante. Don Fermín le dijo:

—Eres violento y orgulloso. No son condiciones malas, si con el tiempo puedes mitigarlas con la reflexión. Debes pensar más en lo que haces y no dejarte llevar por el capricho en cuestiones en que vaya tu interés, y sobre todo el de otras personas, porque una maldad o una brutalidad hechas por egoísmo pesan en la conciencia. También debes pensar en tu madre, porque todavía no notas que ella vive para ti y se sacrifica por ti en todos los momentos; pero con el tiempo lo notarás. No digo que esto lo estés pensando constantemente, pero de cuando en cuando piénsalo y tenlo en cuenta. Ahora, adiós —y le dio la mano.

PAU es una ciudad agradable y simpática. Se yergue sobre una planicie que domina el valle ancho y riente en cuyo fondo corre el río en caprichosos meandros, dejando varias isletas. Hacia el Norte tiene un escalonamiento de cerros y hacia el Sur el panorama espléndido de los Pirineos, con las cumbres blancas por la nieve. El clima es suave y templado.

Esta ciudad del Mediodía de Francia, en pleno otoño y a personas como doña Cristina y Adrián, que venían del sur de Méjico, les pareció muy pálida y muy gris.

Llevaban una recomendación de don Fermín Esteban para un teniente coronel francés, Velaz, que residía en Pau y era amigo de los profesores del Seminario de Vergara. Este militar estuvo muy amable con Adrián y su madre y les recomendó el colegio al que debían dirigirse y el hotel donde doña Cristina podía hospedarse.

Adrián entró en el colegio a seguir los estudios, según los deseos de su padre de que aprendiera a hablar correctamente el francés y el inglés.

Los primeros meses debieron ser para Adrián un verdadero suplicio. Aquella sujeción le trastornaba, le volvía loco, pero se contenía como podía.

Durante las vacaciones, doña Cristina, que no quería de ninguna manera romper las relaciones con su hermano, volvió a Itzar, aunque Adrián se mostraba bastante reacio a ello.

«¡Para qué habremos venido a Europa! —decía Adrián algunas veces con desesperación—. ¡Esto es un presidio!».

El vicario les recibió muy bien, y Adrián, que iba perdiendo su tosquedad y salvajismo primitivos, se encontró poco después en la casa a gusto.

Don Fermín Esteban leía por entonces el *Emilio*, de Juan Jacobo Rousseau, a quien en aquella época no se le consideraba todavía como un réprobo. En muchas cosas estaba de acuerdo con el autor ginebrino.

Conforme con las ideas pedagógicas del autor, el vicario pensó que quizá a Adrián le conviniera aprender un oficio para serenarse. No le pareció prudente consultárselo a él. Se lo dijo a su hermana, y ésta, de acuerdo, mandó traer un banco de carpintero y herramientas.

Don Fermín Esteban quiso hacer unos nuevos estantes para su despacho. Como Adrián vio de lo que se trataba, empezó a trabajar con entusiasmo.

—¿Qué le parece a usted esto, tío? —le decía.

—Muy bien, muy bien.

—Pues lo he hecho yo.

—Muchas gracias, chico, te lo agradezco mucho.

Adrián iba perdiendo su desconfianza y su rudeza y llegó poco a poco a acompañar a su tío en sus paseos botánicos y a llevarle la caja de cinc y a ayudarle a arrancar las plantas con todo el cuidado posible. También aprendió a jugar al ajedrez, y adelantó tanto en el juego, que su tío tuvo que poner mucha atención en la marcha de las fichas para que no le ganara. Después, Adrián jugaba con el secretario, don Venancio, a quien ganaba implacablemente. Ya no tenía la hostilidad de antes por la casa y por todo lo de alrededor. Ahora atendía a la Mari Joshepa y había hecho amistades con el gato *Cholín*, antes tan enemigo suyo, que le consideraba lo bastante para ponerse en sus rodillas y estar haciendo runrún.

El vicario, por este tiempo, comenzó a hacer un estudio sobre los erizos de mar. Adrián le acompañó a las rocas de la costa y anduvo descalzo por las peñas negras buscando estos animales, que viven en sociedad. Oyó después las explicaciones de su tío, y al ver que entre las púas de su caparazón tenían conchas agujereadas, preguntó de qué provenían, y su tío le explicó cómo los equinodermos tienen un aparato en la boca, que los naturalistas llaman, no se sabe por qué, la linterna de Aristóteles, con la que rompen las valvas de los moluscos que encuentran para comerse su parte carnosa.

Adrián guardó la explicación en la memoria para cuando llegara un buen momento de lucirla.

En esto, el vicario aconsejó a su hermana que llevara a Adrián a pasar una temporada a una casa de su primo, que vivía en una aldea próxima llamada Lastur.

Adrián marchó contento, acompañó a los pastores a llevar el ganado por el monte Anduz, subió a otros montes próximos y volvió a gusto a casa. Por entonces lo que le espantaba era la perspectiva del colegio de Pau.

«No hay que formarse de antemano una idea negra de una cosa —le dijo su tío—. Antes también te parecía muy duro el estar aquí y ahora te parece agradable. Quizá te ocurra lo mismo cuando lleves tiempo en el colegio.»

Adrián no encontraba la hipótesis nada probable. Llegó el otoño, y el joven Adrián, que había mirado la época de marcharse de Itzar como una liberación, comenzó a creer que aquel rinconcito de la costa era muy simpático y que no sentía ningún placer en abandonarlo.

Tenía sus amigos y se entendía muy bien con su tío; comprendía que era un hombre recto y con un fondo de justicia y de bondad.

La vida en Pau, que se le presentaba como un camino áspero y duro, no sólo no lo fue tanto, sino que se le presentó con perspectivas muy inesperadas y halagüeñas.

El año anterior, en el hotel donde paraban, en la plaza Grammont, habían encontrado un señor de Azcoitia, pariente de la madre de Adrián. El señor, de apellido Emparan, estaba casado con una Altuna y tenía dos hijas en un colegio de

monjas. Hablaron con él un momento. Aquel año el señor Emparan se presentó con dos muchachitas preciosas y con una parienta de unos cuarenta años, tía de las dos niñas.

El señor Emparan conocía a don Fermín Esteban y había estado años antes a visitarle en Itzar y había hablado con él.

Con este motivo se entablaron relaciones muy amistosas, y como la madre de Adrián, doña Cristina, tenía que quedarse toda la temporada en Pau, se dispuso que las dos señoritas de Emparan, los días de fiesta, fueran al hotel de la plaza Grammont a comer con doña Cristina y a salir a pasear cuando hiciera buen tiempo.

Al encontrarse Adrián en el hotel con aquellas dos muchachitas los domingos se mostró un tanto bruto y huraño. Ellas se reían y le hacían poco caso. Le tenían por cazurro, por *sournois*.

Eran las dos niñas de Emparan muy bonitas y prometían ser dos mujeres guapas. María, la mayor, era coqueta, brillante y satisfecha, muy entonada y ambiciosa. Dolorcitas, la pequeña, era alegre, sonriente, burlona. Se reía de todo el mundo, aunque con mucha diplomacia.

Muchas veces doña Cristina y las chicas, acompañadas de Adrián, fueron a contemplar el panorama de los Pirineos con sus dos picos, el de Midi d'Ossau y el de Midi de Bigorre, y el circo de Vignemale.

Adrián daba explicaciones para lucirse, pero las muchachas no le hacían siempre gran caso.

Aunque Adrián tuvo muchas rabietas por causa de las dos niñas, llegó a ser amigo de Dolores, la menor. A pesar de esto, ella se burlaba de él. Le contaba sus cosas, las cuestiones que tenía con sus amigas del colegio y los jóvenes elegantes que le presentaban. Entonces Adrián se sentía celoso y tenía rabia contra ella. En general, iba perdiendo su antigua tosquedad. En esta época Adrián no estaba nada contento de sí mismo; se encontraba feo, torpe, sin gracia, con unos movimientos de piernas y de brazos inarmónicos, estúpidos y desagradables. Tenía un gran odio por todos los estudiantes elegantes que veía.

Cuando doña Cristina iba a buscar a las dos niñas al colegio para llevarlas a paseo, Dolores se las arreglaba para hacer rabiar a Adrián. Él, muchas veces, quería devolverle la pelota, pero ella tenía más correa, y aunque le incomodara algo lo que le dijera, no se le notaba. En cambio él se sulfuraba con mucha facilidad.

En esta pequeña lucha se habían hecho indispensables el uno para el otro.

«*Voilà que mademoiselle Dolores commence a taquiner monsieur Adrien*», decía la camarera de la fonda.

En el colegio, la señorita Dolores tenía fama de *finette*. Se creía que era maliciosa e inteligente. Doña Cristina le llamaba *percheta* o *perchenta*, que en vasco, o por lo menos en vasco-francés, es una palabra de un sentido similar a la francesa *finette*.

Adrián iba perdiendo su tosquedad, pero no podía acabar con ella del todo. A veces se interrumpía mentalmente en una conversación, y pensaba: «Estoy diciendo lugares comunes con un aire de hombre ingenioso. Me estoy poniendo en ridículo — (después pensaba)—. ¿Ante quién? Ante mí mismo».

Pensó varias veces en lo difícil que era accionar con gracia y con medida, y se acostumbró a accionar lo menos posible y a no mover los brazos.

El accionado de los demás le parecía casi siempre ridículo.

EL verano volvieron madre e hijo a Itzar y Adrián acompañó a su tío en Vitoria a la Sociedad Económica Vascongada, en donde don Fermín Esteban presentó una Memoria sobre la flora del país y otra sobre la fuente intermitente de Mendaro que produce el arroyo Quilimón, fuente conocida por los naturalistas del país.

Consiste ésta en una abertura de la tierra que arroja tan copioso caudal de agua, que con ella se forma un arroyo que, después de cruzar un llano, mueve las ruedas de muchos fuelles de ferrerías y varias piedras de molinos. Estos artefactos suelen parar de pronto por falta de agua y luego vuelven a moverse cuando se reanuda la corriente.

Tal intermitencia llamó desde hace mucho tiempo la atención de las personas curiosas de los contornos.

Don Fermín Esteban en Vitoria presentó a su sobrino a varios señores conocidos de la Sociedad Vascongada y Adrián se comportó bien.

A la vuelta a Itzar hablaron de los proyectos del mozo. Adrián dijo que para él, evidentemente, si tenía que ir a Méjico, no le serviría gran cosa el Latín, ni la Gramática, ni la Historia, sino algo de números, de Geografía y de comercio y el tener fuerza y buenos músculos. En la Sierra Madre y en los alrededores de Tixtla no iba a encontrar nadie con quien cambiar una frase latina, pero podría encontrar un día un indio o un blanco que le quisiera atacar o robar, y entonces la fuerza le serviría más que los conocimientos.

—¿Así que a Méjico pronto? —le preguntó el vicario.

—No, este curso todavía iré a Pau.

Don Fermín Esteban sonrió porque ya sabía que Adrián tenía amistad con una muchacha de Azcoitia y Adrián se ruborizó.

—Luego, iré al colegio de Vergara y después a Méjico —añadió el mozo.

Aquel final de verano, el párroco de Itzar y su hermana recibieron la visita de los parientes de Lastur. Con este motivo, los parientes les invitaron a pasar una temporada en su casa. Doña Cristina fue en un carro de bueyes sentada en un saco de hierba. Adrián marchó a pie con un mozo primo suyo, por encima de las hojas muertas de los caminos. Cruzaron por entre vacadas que daban mucho miedo a doña Cristina.

El pueblo no tenía más que algunas casas diseminadas por el monte. Como el padre de Adrián tenía ilusión de adquirir un caserío de esta clase, doña Cristina compró uno grande de un indiano que se volvía a América.

El pariente de Adrián, que era ganadero, tenía un hijo ya de treinta años, que seguía la tradición de la casa. El primo Anthon compraba y vendía ganado haciendo el comercio que había hecho siempre la familia Erláiz.

Andaba siempre a caballo con una blusa negra, sombrero ancho, en la mano un bastón con una correa sujeta a la muñeca. Pasaba siempre al galope por los prados y bosques llenos de carrascas.

Tenía negocios en San Sebastián y en Bilbao, a donde iba con frecuencia a vender sus vacas y sus corderos.

Anthon hablaba el castellano de una manera un poco rara. Lo había aprendido en Méjico, en donde estuvo tres o cuatro años e hizo una pequeña fortuna. Al volver, restauró el caserío de la familia, que estaba medio arruinado, pero que tenía buenas tierras, y arregló la casa a la americana. Le llamaba, más o menos en broma, California.

Anthon era partidario acérrimo de lo moderno: para él lo moderno estaba constituido por tres o cuatro conceptos de pura forma y por actividades mecánicas y comerciales. Hacía poco que se había casado con una mujer tan salvaje como él. Era ésta también americana, nacida en Méjico, hija de vascos y no hablaba más que vascuence.

Anthon de Lastur lo mismo montaba a caballo que llevaba un coche, que manejaba un quechemarín. Su principal talento radicaba en los medios de locomoción. Contaba infinidad de historias de cuando fue minero y tratante de ganado en Méjico y hablaba de este país con doña Cristina como si ella no conociera América. Le interesaba la aventura y la posibilidad de hacerse rico rápidamente, y contaba historias de bucaneros y de gambusinos que se enriquecían o quedaban muertos en la galería de una mina.

Doña Cristina se instaló en el caserío que había comprado; pero por muchos esfuerzos que hizo no se pudo acostumbrar a la vida monótona del campo. Tampoco se acostumbró Adrián; ya no le interesaban las actividades campestres. No estaba íntimamente de acuerdo con su primo y demás parentela, que le parecían torpes y ordinarios. Para ellos, en cambio, Adrián era un pedante y un fatuo, un pisaverde llegado de Francia.

«¡Y pensar que yo cuando vine aquí era como ellos! ¡Qué horror!», se decía Adrián.

El advertir esta discrepancia le hizo pensar que había cambiado, evolucionado, que había conseguido dominarse algo... ya era mucho, porque estaba ya en la buena dirección.

Don Fermín Esteban fue también algún día a Lastur; pero fuera de su casa de Itzar y de sus colecciones y de sus libros no se encontraba a gusto.

Anthon celebró la estancia de su pariente el párroco con una comilona y muchas

botellas de vino y licores. Adrián comió y bebió de lo lindo y estuvo un poco más locuaz que de ordinario.

«Hay que beber —decía Anthon—. ¿Es que es uno una señorita?»

Don Fermín Esteban, a pesar de que no probaba el vino, dijo que a él no le parecía mal que un día de fiesta se comiera y se bebiera en abundancia, y para remachar su opinión recitó unos versos en vascuence del padre Domingo Meagher, jesuita nacido en San Sebastián, expulsado en tiempo de Carlos III, con los demás de la Compañía, muerto en el destierro en Florencia y de origen irlandés. De la composición de Meagher no queda más que una estrofa, que es la que recitó don Fermín Esteban con gran entusiasmo de los dos Anthonnes de Lastur, padre e hijo. Decían así los versos:

*Gizon bat ardo gabe
Dago erdi hila
Marmar dabiltzak tripak
Ardoaren bila
Baina edanez gero
Ardoa txit ongi
Gizonik txatarrenak
Balio ditu bi.*

(‘El hombre sin vino está medio muerto, sus tripas murmuran en busca del vino, pero en bebiendo el mosto en buena cantidad, el hombre más mísero vale por dos.’)

Aquel verano, antes de volver a Pau, Adrián y su madre fueron a pasar unos días a casa de sus parientes de Azcoitia, los Altunas, y allí saludaron a los señores de Emparan.

Dolorcitas Emparan y Adrián hablaron mucho. Él le preguntó si podría escribirle desde Pau; ella le contestó que su familia abriría las cartas y que más valía que le escribiera a la doncella de la casa, y le dio el nombre de ésta y las señas del caserío.

En octubre, doña Cristina y su hijo fueron a Pau, y al año siguiente el joven Adrián Erláiz ingresaba en el Seminario de Vergara.

LIBRO SEGUNDO
LOS CABALLEROS DE AZCOITIA

EL cochecito de dos ruedas había salido de Vergara por la mañana. Subió por el alto de Elósua, pasando después por el monte Musquirichu, y se fue acercando a Azcoitia por la orilla del río Urola.

La mañana de junio estaba brillante de luz y al mismo tiempo fresca. El campo aparecía muy verde, los montes frondosos y el cielo azul, con nubes blancas y pomposas, se presentaba encima de los picos y de las alturas.

Marchaban en el cochecillo dos jóvenes con aire de estudiantes. El que lo guiaba era un aldeano del país tocado con una montera de paño pardo.

Uno de los jóvenes era Adrián Erláiz, ya convertido en un mozo alto, fuerte y esbelto. Tenía el rostro bien perfilado, la nariz acusada y prominente, los ojos claros y la tez curtida por el aire y el sol. Llevaba el pelo largo. Daba la impresión de salud y de fuerza orgánica.

El que le acompañaba era más bajo, más moreno, con los ojos oscuros y brillantes.

Los dos jóvenes llevaban gabán gris con grandes solapas, sombrero de alas anchas y corbata de varias vueltas. En Francia hubieran dicho que eran dos *muscadins*, dos *incroyables*.

En el pescante se veía un baúl pequeño y una maleta.

Iban los dos viajeros mecidos por el movimiento del cabriolé sin hablar apenas, y al acercarse al río Urola y ver de lejos las casas de Azcoitia comenzaron una conversación para ellos entretenida, en la cual se referían a los condiscípulos que habían dejado en el Seminario de Vergara, donde ambos sin duda estudiaban. El compañero que iba en el coche con Adrián se llamaba Pedro Zabaleta.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —preguntó éste.

—No tengas cuidado. Yo te aseguro que no te aburrirás —contestó Erláiz.

—¿Tienes algún programa?

—Sí; ya sabes que estamos invitados hoy a comer en casa de Emparan, en Azpeitia...; habrá chicas guapas...; después volveremos a Azcoitia y nos quedaremos ahí algunos días, si te parece.

—Bueno, bueno. Muy bien.

Adrián había cambiado desde que llegó por primera vez a Itzar. Pasó tres temporadas de curso en Pau y dos en Vergara. Tenía veintiún años. Los veranos, por las vacaciones, acompañaba a su tío el vicario; luego iba a Lastur y pasaba algunas

semanas en casa de su pariente Altuna de Azcoitia. Los profesores de Vergara aleccionaban a los discípulos para que fueran sociables, visitaran a los amigos y parientes y supieran presentarse bien en sociedad.

El verano anterior, Adrián había estado en casa de su tío en Azcoitia y visitado con frecuencia a las señoritas de Emparan y escrito cartas incendiarias a Dolorcitas, de la que estaba cada vez más entusiasmado.

Para las vacaciones de aquel año Adrián había invitado a que pasara con él parte del verano en Itzar y en Lastur a su amigo y compañero de estudios Pedro Zabaleta. También pensaba que podría estar algunos días en Azcoitia, si el señor Altuna no tenía invitados de compromiso.

Zabaleta era de Irún y quería, por reciprocidad, que su amigo Erláiz pasara una temporada en su pueblo.

A medida que avanzaban en el camino al trote del caballo, la masa oscura y sombría del monte Izarraitz, entre Azpeitia y Azcoitia, se iba destacando amenazadora.

Izarraitz, la peña de la estrella en vasco, aunque no llega a los mil metros, tiene un gran aire de montaña clásica, con un contorno muy expresivo.

—¿Habrás subido varias veces ahí? —dijo Zabaleta a su compañero.

—Sí, con frecuencia —contestó Adrián—. Conozco ese monte casi tan bien como mi casa. He ido varias veces con mi tío a buscar plantas. Hay canteras de jaspe con vetas de variados colores y árboles magníficos.

—¿Así que vale la pena de que vayamos?

—Sí, tiene unos rincones fantásticos. Hay, además, jabalíes, zorros, gatos monteses, y algunos inviernos dicen que han aparecido osos. Claro que todo esto desaparecerá pronto.

—¿Crees tú?

—Naturalmente, con la civilización.

—¿Y brujas habrá también?

—Sí; no tantas como en la Peña de Amboto y en Murumendi; pero también las hay.

—¿Y eso a ti no te parecerá una vergüenza?

—A mí, no; ¿por qué?

—Y este río, ¿cuál es?

—Este es el Urola. Nace en la sierra de Aitzgorri, que viene de la parte de Legazpia. Con este nombre de Legazpia parece que se le conocía antiguamente, al menos en los libros, y así le llama Valbuena en su poema *Bernardo del Carpio*.

—Poema pesado.

—De plomo.

—¿Es que tú tienes admiración por los demás poemas famosos que sirven para

embrutecernos en las clases?

—Yo, ninguna. Los detesto en detalle y en bloque.

—Veo que te avienes a razones.

—Siempre he sido razonable, aunque tú no lo creas.

—¿Y dónde desemboca este río?

—Aquí viene de la parte de Zumárraga y de Villarreal, cambia de dirección cuando le sale al paso el monte Izarraitz, y va por Azcoitia, Azpeitia y Cestona a salir a Zumaya.

Después de avanzar en línea recta en dirección del monte, el coche torció a la derecha siguiendo el curso del río y se acercó a buscar Azcoitia.

—Es hermosa esta vega —dijo Zabaleta.

—Sí, es fértil y soleada.

—En Guipúzcoa, sólo la de Irún es tan ancha, y quizá más.

—Tú, como eres de allí —dijo Adrián en broma.

—No, eso es verdad. Aquello es espacioso y soleado.

—Pues si fueras a América, ¿qué dirías?

—Eso ya se comprende. No vamos a presumir los vascos de tener tierras ubérrimas y feraces.

—¡Claro que no! Yo creo que cuando vaya a Méjico no me voy a poder acostumbrar a aquellas enormes llanuras.

—Lo que esto tiene —indicó Zabaleta— es como un aire más antiguo, más arcaico que lo de Irún. Por aquí debe de haber muchas ermitas, iglesias y conventos.

—Sí, muchas.

Siguieron marchando en el cochecillo.

Los campos estaban verdes, los maizales crecidos, en las laderas de los montes brillaban los prados con toda clase de matices de verde y en las huertas aparecían los manzanos llenos de fruta.

Hablando y bromeando llegaron a Azcoitia. Azcoitia tenía en esta época tres barrios: Iparcale, Laguardia y Santa Clara, cada uno con su portal que se cerraba de noche. En uno de estos portales, en la pared, se fijaban antiguamente los carteles de desafío de los banderizos y de los parientes mayores de la provincia. El pueblo tenía entonces murallas y se entraba y se salía por alguno de aquellos portales, que eran de piedra sillar.

Pasaron por una calle en cuesta, flanqueada a un lado y a otro por filas de alpargateros que trabajaban a las puertas de sus casas. Algunos, que, sin duda, conocían a Adrián, le saludaron levantando en el aire la mano armada con la lezna. El coche torció a la derecha y se detuvo ante un caserón grande. Bajó Adrián, después Zabaleta, y con ayuda del cochero llevaron el baúl pequeño y la maleta al portal.

—Yo creo que podemos seguir —dijo Adrián a su amigo—. ¿O es que tú quieres

descansar?

—Yo, no; no estoy cansado.

—Bueno, pues entonces adelante. Vamos a Azpeitia, a casa de don Antonio Emparan, que celebra hoy su santo.

Saltó Zabaleta al birlocho, después Adrián, ocupó su asiento el cochero y salieron por otro portal a la carretera.

Adrián fue señalando a su amigo y condiscípulo lo que le parecía más interesante en el trayecto. A la derecha del río Urola le mostró primero la fábrica de paños, la ermita de San Martín, el hospital y la casa de la Misericordia, la torre de Biscargui, la ermita del Espíritu Santo, la casa de Peñaflorida, el santuario de Loyola con su hospedería, la fábrica de mármoles y el hospital.

A la izquierda del río le señaló otras casas solariegas, luego el camposanto, el convento de Santa Brígida, la casa de la Cadena, Nuestra Señora de Olás, el convento de San Agustín, el de Santo Domingo, el juego de pelota, la Magdalena, la Alameda de Ercusta y, por fin, la casa de Emparan de Azpeitia, donde iban a comer.

Llegaron a la plaza, se detuvieron ante el portal y bajaron del coche.

Adrián y Zabaleta se quitaron los abrigos ligeros que llevaban y aparecieron con casaca a la moda; la de Adrián era de color castaña y la de Zabaleta verde. Se ajustaron y arreglaron los pliegues del encaje de la pechera y subieron las escaleras muy lustrosas de la casa.

Esperaron en el recibimiento y todavía pudieron echar una mirada en el espejo para ver su indumentaria.

Adrián estaba de punta en blanco. Podía presumir. Tenía los hombros anchos, la cintura estrecha y vestía como un parisiense.

Llevaba pantalones de *nankin*, medias blancas de seda y casaca de color castaña con menos faldones que las antiguas, y que empezaba por entonces a llamarse frac, chaleco de terciopelo, pechera de camisa bordada y zapatos brillantes. Zabaleta usaba casaca de color verde dragón y pantalones más oscuros, e iba menos currutaco.

Una criada, con su cofia blanca, pasó a los dos jóvenes a un salón grande, en donde había diez o doce personas.

Adrián las conocía a casi todas, las saludó y les presentó a su amigo Zabaleta.

EL salón del piso principal era grande, alargado, con tres balcones anchos a la calle y en el lado opuesto de ellos una galería con ventanas a la huerta, por donde aparecían los árboles frutales formando un túnel y un cenador con enredaderas.

En el salón había muebles antiguos, sillas y sillones Luis XIV tapizados de seda de color, retratos de algunos señores, uno con hábito y otros con peluca, y un cuadro del paisajista Ignacio Iriarte, hijo del país, que colaboró con Murillo.

El dueño de la casa, don Antonio Emparan, que presidía la reunión, vestido a la antigua, tenía aire de hombre terco y poco inteligente; su señora, doña Francisca de Balda, de alguna menos edad que él, vestía de negro, traje de seda con encajes y llevaba joyas, alhajas ricas y excesivamente vistosas.

Los señores de Emparan de la villa de Azpeitia tenían una hija casada en Madrid y un hijo que era marino de guerra que llevaba una gran carrera y prometía ser pronto almirante.

Los Emparan habían sido, hacía años, de la Sociedad Económica de Amigos del País, pero comenzaron a encontrar que esta Sociedad marchaba por caminos un tanto peligrosos y que no era prudente intervenir en sus trabajos.

Don Antonio, en su juventud, no se había entendido bien con su hermano don Ignacio el de Azcoitia; en cambio, en la vejez, le llamaba a su casa y le invitaba con frecuencia a él y a sus hijos. Naturalmente, esta invitación era obligada el día de su santo.

Los dos hermanos tenían un aire de familia muy marcado.

Don Ignacio Emparan, el de Azcoitia, que estaba en el salón, no tenía el aire tan terco e incomprensivo como su hermano. Parecía un poco más abierto. Llevaba casaca oscura, medias de seda blanca, zapatos con hebillas y coleta que le caía sobre la espalda.

Otras personas importantes del pueblo se hallaban en la casa: un marqués, don Antonio de Aguirre; un señor Corral y varias jovencitas vestidas a la moda francesa.

Entre estas muchachas había tres que llamaban la atención por su belleza, por su frescura y por su elegancia.

Las tres vivían en Azcoitia y eran sobrinas del amo de la casa. La juventud de los contornos estaba conforme en considerarlas como las tres gracias. Una de ellas era María de Emparan, arrogante, rubia, con ojos azules, ademanes seguros y distinguidos y siempre vestida con una elegancia audaz. Parecía una francesa. Su

hermana Dolores tenía el pelo más oscuro, los ojos castaños y brillantes y el aire español más castizo.

Las dos eran muy amigas de Adrián, a quien habían conocido en Pau.

La otra muchacha, que se consideraba como una de las tres gracias de Azcoitia, se llamaba Soledad Ponce de León. Era hija de un militar retirado amigo y pariente del escritor y marino Vargas Ponce y casado con una señorita de la familia de Emparan.

Esta chica era muy morena, con los ojos claros, el rostro poco animado. Silenciosa en las reuniones, no hacía más que sonreír.

Su padre, el señor Ponce, decía: «Esta chica mía tan guapa, yo no sé de dónde ha salido tan sosita».

A pesar de esta opinión paternal, los amigos y amigas decían que con ellos Soledad era muy parlanchina, graciosa y coqueta. Al parecer, la gente conocida y de alguna edad le intimidaba.

Pasaron todos los invitados al comedor y se sentaron a la mesa. La comida fue un tanto larga y complicada. Se habló de muchas cosas, la hermana de la señora de la casa se mostró muy severa con las costumbres del tiempo. Según ella, se iba al caos.

Pedro Zabaleta quedó algo extrañado del prestigio que su amigo Adrián tenía entre aquellas chicas. Sobre todo una de ellas, Dolores, no hacía más que mirar a Adrián y hablar con él. Se veía que se entendían los dos muy bien con la mirada y que tenían muchos secretos entre ellos. Durante la comida siguió este juego, hasta el punto de que ni él ni ella contestaban a veces muy acordes a lo que les preguntaban las personas serias.

Algunos filósofos que se han ocupado del amor han dicho, y no sabe uno si es cierto o no, que lo que hace que no se aburran los enamorados cuando están juntos es que hablan de sí mismos siempre o de algo muy relacionado con ellos. Es decir, que el amor para esos pensadores es el egoísmo a dúo.

Concluida la comida, pasaron de nuevo al salón. Dolores Emparan tocaba la guitarra muy bien. Había aprendido en Pau; Adrián sabía igualmente manejárselas con la vihuela, y ella y él se acompañaban y cantaban seguidillas, cachuchas, boleros y fandangos.

El señor Ponce de León dijo que debían cantar en vascuence, y, efectivamente, Dolores cantó con malicia, acompañada por Adrián, la canción de las tres señoritas donostiaras que tienen una tienda en Rentería y que saben mejor beber que coser:

Donostiako hiru damatxo

Errenterian dendari

Josten ere badakite baina

Ardoa edaten hobeki.

María, la mayor de las señoritas de Emparan, después de oír a su hermana y a Adrián tocar la guitarra y cantar, se puso en el viejo clavicordio, que estaba en la sala

entre dos balcones, y empezó a tocar una contradanza de compás muy marcado.

Las muchachas comenzaron a bailar entre risas y bromas. Adrián se dispuso también a hacerlo, porque presumía de buen bailarín. Le habían dado clase en el Seminario de Vergara. Un sobrino de la casa, hermano de María y Dolores, que era un tanto huraño, no quiso bailar, a pesar de la invitación de las chicas.

Zabaleta, muy musical, y que estaba deseando lucir sus habilidades, cuando María Emparan se levantó del clave se sentó en el banco del piano y empezó a tocar otros contrapases clásicos. Tocaba no sólo la melodía sino el acompañamiento. María se puso a bailar. Lo hacía muy bien, recogiendo las faldas con unas reverencias ceremoniosas dignas de Versalles. Adrián, que también había cultivado el baile en Pau, pasaba el brazo izquierdo por la cintura de la pareja y alargaba la mano derecha para tomar la punta de los dedos de la señorita de Emparan.

A media tarde apareció otra muchacha amiga de las tres gracias, Margarita Olano, que llegaba de Legazpia, donde vivía. Esta chica, en vista de que no había muchachos bailarines, hizo el papel de galán con Dolores, dedicándose a los saludos de cintura para arriba, como los caballeros, en vez de hacerlos echando el pie para atrás, como las damas. Margarita dominaba la técnica, que sin duda le habían enseñado en el colegio aristocrático de Angulema, donde estudió.

Era aquél un baile elegante y casi metafísico, sólo de figuras, que no tenía el aire erótico y sensual de las danzas del Mediodía ni el gimnástico y un poco infantil de las del Norte.

La que disfrutaba con estos bailes y canciones y no se cansaba de admirar a sus sobrinas era la tía Eusebia, hermana del señor Emparan de Azcoitia, que no opinaba como sus hermanos, ni como su cuñada, a quienes estas figuras y estos bailes tan alambicados traídos de Francia no les gustaban del todo.

La tía Eusebia, *Eushebi* le llamaban las personas mayores, vivía con su hermano don Ignacio Emparan en Azcoitia y era soltera.

Era una de esas mujeres que tienen una pasión del trabajo y de la actividad insaciable y a quien muchas veces la gente les atribuye defectos que no tienen, porque son excesivamente sinceras y de menos prudencia que los demás.

Hermana de la dueña de la casa, también soltera, y que pasaba temporadas con ella en Azpeitia, era Carlota de Balda. Esta era una mujer un poco triste, de unos cuarenta años. Tenía las facciones muy acusadas, como de galgo, y parecía que estaba siempre olfateando en el aire, como los perros de caza. Vivía parte del año en Urrestilla, donde tenía una casa solariega.

De inteligencia clara para las cosas prácticas, decían que era muy mística. Iba a la iglesia a la misa del alba y se aseguraba que durante la juventud llevó cilicio. Si había algún enfermo en el pueblo se quedaba a velarle, vestía a los muertos después de rezar con la familia y con el cura las oraciones rituales que se llaman las

recomendaciones del alma.

A pesar de su perfección, era bastante sensible a la vanidad y al elogio, y el que la pusieran como modelo de mujeres perfectas y virtuosas la encantaba. Vestía de negro, hablaba muy poco, según decían para no murmurar de los demás. No salía casi nunca de casa, más que a la iglesia o a visitar a los enfermos.

A media tarde llegaron a felicitar a don Antonio Emparan dos señoritas de lo más distinguido del pueblo con su madre, casi centenaria: la señora y las señoritas de Oñez.

Era ella viuda de un militar que había estado en América y se había retirado a vivir en Azpeitia.

Las hijas parecían tan viejas como la madre. Esta tenía un aire impasible, como petrificada, la tez pálida y el pelo muy blanco lleno de rizos que le sentaban muy bien. La mayor de las hijas tenía un aspecto casi igual que su madre, la más joven quería alternar con las muchachas de poca edad y fingía una alegría y una animación que daba la impresión de ser falsa. Esta dama componía versos elegiacos y lacrimosos, que enviaba a los amigos con la firma que había adoptado, de Sirena del Urola.

Las señoras formales no querían que las muchachas se dedicaran toda la tarde a bailar; les parecía sin duda pecaminoso, y las incitaron a que salieran a la huerta. A ellas les siguieron los jóvenes y jugaron a la comba y a las cuatro esquinas. Esto tampoco pareció bien a las señoras, y dijeron a las chicas que subieran.

Aparecieron en el salón con unas rosas en el pelo. Las tres gracias indicaron que ya debían volver a Azcoitia. Margarita Olano decidió marchar con ellas.

Se despidieron de todos, se buscó a la tía Eusebia, se avisó al cochero de la berlina que las había traído y éste se presentó poco después. La tía Eusebia se puso una manteleta ligera y las chicas unos gorritos con cintas, y luego de despedirse afectuosamente de parientes y de amigos, el coche salió despacio, al trote de dos caballos blancos, camino de Azpeitia.

Poco después, el birlocho donde habían llegado Adrián y Pedro Zabaleta partió disparado en dirección de Azcoitia y alcanzó pronto a la carretela en donde iban las damas. Se vio agitarse un pañuelo en la ventanilla de la berlina y el cochecito avanzó y después retrocedió hasta ponerse detrás de ella.

Al llegar a Azcoitia, el coche se detuvo delante de una casa antigua de piedra, y el birlocho se paró un poco más atrás. Adrián y Zabaleta ayudaron a las señoras a bajar de la berlina y se despidieron de ellas. El cochero fue a encerrar el coche y los caballos a una cuadra próxima y el del cabriolé tomó de prisa el camino de Vergara.

ADRIÁN de Erláiz y su amigo Pedro Zabaleta, después de despedirse de las damas, fueron a la casa de Altuna, donde los recibió la madre de Adrián. Este presentó a su amigo a la familia y doña Cristina le dijo muy amablemente que tendría mucho gusto en acogerle allí, aunque la casa no era suya, sino de su primo don Manuel de Altuna.

El señor de Altuna parecía hombre elegante, correcto y muy preocupado de las formas sociales. Era sobrino y ahijado de don Ignacio de Altuna y Portu, amigo de Rousseau.

Los elogios extraordinarios que hizo el escritor ginebrino de su amigo vasco, a quien había conocido y tratado en Venecia, y después en París, habían conmovido y extrañado a todos los que conocían a éste y principalmente a sus parientes. No pensaban lo contrario; pero esta amistad tan estrecha de don Ignacio Manuel con un hombre que iba tomando una fama universal y no completamente grata para ellos les chocaba.

Don Ignacio Manuel tuvo también la idea de ofrecer al filósofo de Ginebra una casa en la aldea de Urrestilla, para que pasara allí sus días tranquilo y sin apuros pecuniarios. Ciertamente que por entonces Rousseau no tenía en España la fama de réprobo que tuvo más tarde. Sólo años después de su muerte, y cuando se vio su influencia en los hombres de la Revolución, corrió su nombre por toda Europa.

Afortunadamente, Rousseau no aceptó el ofrecimiento de su amigo vasco, porque hubiera sido un escándalo en el país que por el conducto de una familia vascongada hubiera vivido en España un hombre con fama universal de revolucionario y demagogo.

Los Altunas de Azcoitia siguieron fieles al espíritu de la Sociedad de Amigos del País, que representaba lo que se llamaba entonces la ilustración.

Don Manuel Altuna, el pariente de la madre de Adrián, era un poco entonado, pero comprensivo y buena persona.

A veces Adrián le jugó algunas pasadas, que su tío le perdonó.

Adrián, un tanto imprudente, y para el cual no había categorías, tenía un amigo barbero llamado Perico, hijo de otro de la misma profesión, borrachín, descuidado y perezoso, y con una familia igualmente desastrada y un poco absurda.

Un día, Perico le pidió por favor a Adrián que le diera un traje viejo, porque no tenía nada que ponerse.

Adrián le quiso dar unas ropas suyas al barbero, pero le venían grandes. Los

calzones le servían y también una chupa ya vieja, pero la casaquilla no, y entonces le dio una bastante usada de su tío.

Este, que era observador, al ver a Perico el domingo en la plaza pavoneándose, le chocó el traje que llevaba y reconoció su casaca vieja. Le paró al barbero y le preguntó:

—Oye, oye, ¿de dónde tienes tú ese traje?

—Me lo ha dado su sobrino de usted, Adrián.

—Está bien, está bien.

Luego, al ver a su sobrino, don Manuel le preguntó:

—¿Por qué le diste al barbero una de mis casaquillas y no una de las tuyas?

—La mía no le venía bien.

—Bueno, bueno. Pues otra vez, si tienes que dar algo dalo de lo tuyo.

—¿Se ha incomodado usted?

—No; pero esa casaquilla me servía por las mañanas para ir y venir. Tú, sin duda, crees que vivimos en aquella edad de oro celebrada de don Quijote en su discurso a los cabreros, en la que se ignoraban las dos palabras tuyo y mío, pero no hemos llegado a ella, y si hay que ensayar, ensaya primero con lo tuyo.

El señor de Altuna era entonces alcalde de Azcoitia.

Aquel año, Adrián, durante las fiestas, intervino en el baile que llamaban baile Real, *escu dantza* ('baile de mano') y también *guizon dantza* ('baile de hombres').

El tomar parte en este baile era motivo de gran preocupación para el vecindario, porque intervenían en él las personas más distinguidas del pueblo.

Ocho o diez días antes de la fiesta patronal, el alcalde enviaba al alguacil a las aldeas vecinas para invitar a los alcaldes a comer en su casa y a bailar por la tarde. Con este motivo había cambio de cortesías entre unos y otros. Todos vestían casaca, calzón corto y sombrero de tres candiles.

Después de designar quién de ellos había de ser el delantero y el zaguero (el *aurrescu* y el *atzescu*) para luchar uno con otro en saltos gimnásticos, se elegían de antemano las parejas femeninas entre las alcaldesas, hijas de los concejales y señoras de la localidad.

Al terminar el baile, el alcalde daba un refresco en la Casa Consistorial o en su propia casa. Los señores formales quedaban allí hablando de los graves problemas de la época, mientras la gente joven volvía a bajar a la plaza a seguir bailando hasta el toque de Ángelus.

Los muchachos de buenas familias del país no tenían la cortedad que tuvieron después los de las generaciones posteriores; casi todos sabían saludar y bailar. Esto entraba dentro de la educación.

A los caballeros seminaristas de Vergara se les enseñaba la ciencia del baile, como dice un profesor de Moliere en la comedia *Le Bourgeois Gentilhomme*, y

estaban acostumbrados a practicar esta ciencia lo mismo en la plaza de los pueblos que en los salones. Además de los bailes populares, aprendían otros de espectáculo y varias peligrosas novedades, como decían los vergareses pudibundos y castizos.

En aquel tiempo, en Guipúzcoa los días de fiesta solemne constituían no sólo una diversión, sino una importante función social. Las personas más graves de la familia, ya de cierta edad, los ricos y los hacendados tomaban parte en él.

El baile estaba dirigido por las autoridades. Los bailarines debían pedir la venia, antes de empezar las fiestas, al alcalde. Los tamborileros y chistularis, pagados por el Ayuntamiento, tenían tocatas especiales para los distintos momentos de la danza. Cuando el alcalde cumplía una de estas ceremonias le precedían tocando un minué, que en vascuence se llamaba *Alcate soñua* o 'sonata del alcalde'.

En la plaza, los días de fiesta bailaba todo el mundo después de vísperas, desde los más ricos a los más pobres. Estrabón, según dicen los eruditos, describió a los montañeses del Norte de España como aficionados a bailar a la luz de la luna llena, y Voltaire dijo de los vascos, no que vivían, sino que bailaban en la cumbre de los Pirineos, como si el principio de su existencia fuera más danzar que vivir.

AQUELLOS bailes de los pueblos vascos no estaban por entonces reglamentados, ni tenían, por tanto, una técnica común. En unos pueblos, los bailarines se agarraban de la mano; en otros, el medio de unión era un pañuelo; aquí, las cabriolas y zapatetas eran simples, y allí, complicadas.

Por entonces vivía un hombre que intentaba la unificación y la reglamentación del baile vascongado, que sin duda le parecía empresa ardua e importante. Este hombre era un guipuzcoano de Zaldivia llamado Juan Ignacio de Iztueta.

Guipúzcoa es la única comarca vasca que tiene algo de genial, quizá por ser sitio de paso, por la mezcla de razas que ha habido en ella. En el siglo XVI da hombres universales: Loyola, Elcano, Urdaneta, Legazpi; en el XVII y en el XVIII, buenos marinos, como Oquendo, Lezo, Buenaachea, Churruca y algunos eruditos, y en el XIX, sus hombres más notables, además de algunos militares como Zumalacárregui, Jáuregui y Urbiztondo, son gente de caserío, gente humilde, y entre éstos los más destacados: Iztueta, Iparraguirre y Vilinch. Los tres son poetas y un poco músicos; los tres autodidactos, que lo que saben lo han aprendido ellos mismos, sin una educación previa. Después de ellos no hay en el país más que mediocridades.

¿Quién era este Iztueta? Los cronistas vascongados consideran a Juan Ignacio como persona respetable; sus padres, de Lazcano, tenían en Zaldivia una casa llamada Iztuetanea, al final del casco del pueblo, camino del monte Aralar. A juzgar por las escasas noticias que quedan de él, Juan Ignacio se casó con doña María Joaquina Linzuain, de buena familia acomodada. Todo esto se hermana mal con la tradición de vida mísera de Iztueta, que quedó en el país y con los oficios que tuvo, que fueron: colchonero, carpintero, trabajador en capisayos para pastores, cordonero de abarcas y, por último, consumero en el portazgo de San Sebastián.

Juan Ignacio Iztueta publicó dos libros en vascuence en tres partes. El primero tituló *Relación de los antiguos bailes guipuzcoanos, con su antigua música y su letra en verso e instrucciones o reglas para bailarlos bien*. A pesar de la indicación de su título, el volumen no tenía música. Esta se publicó en un volumen aparte dos años después, con la anotación musical y los versos al margen. El segundo libro es una historia de Guipúzcoa, en vascuence.

También publicó un escrito titulado *Carta de don Juan Ignacio de Iztueta a don Juan José Moguel*.

Estas distintas obras salieron a la estampa en la imprenta de don Ignacio Ramón

Baroja, en San Sebastián, y la última apareció dos años después de la muerte de Iztueta.

En las aprobaciones oficiales de la primera obra hay informes solemnes de personas sesudas: de don Santiago de Unceta, de Vergara; de don José Ramón Elorza, de Azpetia, y de don Martín Xavier de Murquiz, corregidor de la provincia de Guipúzcoa, que elogia a Iztueta de una manera pomposa, por intentar restablecer los antiguos bailes del país y luchar con el desenfreno, las indecencias y las inmoralidades de las danzas libidinosas de la época.

No se sabe si el aludido se sonreiría con malicia al oír tales elogios a sus intenciones morales y coreográficas.

Iztueta, además de las obras señaladas, hizo algunas poesías en vascuence. Naturalmente, como hombre de talento, no se preocupó del casticismo del idioma. Una de sus canciones comienza así:

*Nere maite polita
Nola zara bizi
Zortzi egun honetan
ez zaitut ikusi.*

(‘Mi amada hermosa, ¿cómo estás? En estos ocho días no te he visto.’)

Otra canción suya se llama *Conchezi-ri* (‘a Concha’).

Con relación a la vida de Iztueta, parece que hay una carta del cuáquero español Luis Usoz del Río, en la cual, contestando a un erudito vascófilo extranjero, le habla de Juan Ignacio Iztueta, y dice de él que estaba preso en la cárcel por ladrón de caballos y que había vivido con una bella guipuzcoana, ligera de cascos, lo que al parecer había sorbido el seso al poeta colchonero y bailarín de Zaldivia.

La dama, no sabemos por qué, había parado también en la cárcel.

En esta poesía de Iztueta *Conchezi-ri* se habla de una mujer adorable y el poeta señala sus iniciales, C. B., que alguno identificó en su tiempo, descubriendo su nombre y apellido: Concha Bengoechea.

La canción no es completamente traducible, porque el sentido se escapa a veces. Eso sí, da la impresión de ser muy sincera. Empieza diciendo:

Maitebat maitazen det maitagarria
(‘Quiero y más quiero a una mujer adorable’.)

Luego hay en las distintas estrofas partes que indican la dificultad de ver a la amada por la lejanía o por el encierro:

*Hogeita lau leguaz nago aparte
Bitartean badauzkat milloi bat ate
Guztiak itxirik*

(‘Veinticuatro leguas estoy separado de ella. Entre nosotros dos hay un millón de puertas, todas cerradas’.)

También parece confirmar la idea de la cárcel el que diga el poeta:

Egunaz argi gutxi

Gauean iluna

(‘De día poca luz y de noche a oscuras’)

y que añade:

Zu ikusitzera nik joan nahi

Libre banengo

Hor nintzake egun bigarrenko

(‘Quisiera verte; si estuviera libre, en dos días estaría a tu lado.’)

La última estrofa comienza diciendo:

Esperantzetan bizi maite gozo

noiz bat kunplituko da gure plazoa

(‘Vive siempre en la esperanza, dulce amada, de que alguna vez se cumplirá nuestro plazo’.)

Esto tiene también, sin duda alguna, un aire de tiempo de condena.

Por más que los que han tratado de Iztueta le hayan querido dar un aire respetable, no parece que ese fuera su carácter, ni su especialidad; más parece que el colchonero versificador era un poco arrote y un poco golfo, casi de la escuela de Villón, metido en un ambiente campesino y con un idioma pobre, anquilosado y milenario.

La miseria, cuando no mata la inteligencia de los hombres, la aguza; el ambiente hostil puede influir casi siempre, más que la comodidad, en el talento y la inspiración. De todas maneras, parece algo milagroso y genial que un aldeano oscuro, mísero, desgraciado como Iztueta, llegara en un ambiente sin cultura, sobre todo para el pobre, a escribir libros y a comentar con ingenio a los clásicos y a los autores de su tiempo.

DON Ignacio de Emparan y Recalde se tenía por hombre importante; se consideraba de la familia de San Ignacio de Loyola. Su casa solar radicaba en Azpeitia y en ella vivía su hermano don Antonio.

Esta casa, según aseguraban los de Emparan, se levantaba más que las de alrededor, por ser más distinguida y de más alcurnia. Si el hecho no era cierto y la razón de su elevación material no dependía de ningún motivo ético ni de categoría, sino de algo del ramo de la construcción, ello no era obstáculo para que la idea halagara a los habitantes de aquella casa hidalguesca.

Se decía que enfrente de la fachada principal había predicado San Ignacio y que una vez a una ventana de esta fachada se había asomado una persona de la familia, de ideas y de vida un tanto impías y libertinas, y que al oír la palabra del santo se convirtió inmediatamente.

El señor Emparan tenía el orgullo de su casta. Por entonces un primo suyo del mismo apellido se distinguía como marino de guerra de gran porvenir y estaba a punto de ser almirante y un sobrino llevaba la misma carrera con un parecido éxito. Don Ignacio era un segundón, y como la casa de Azpeitia quedó para su hermano mayor, él, al casarse con una señorita de Altuna, fue a vivir a Azcoitia, en donde su mujer tenía varios caseríos próximos al pueblo y una hermosa casa, algo apartada del centro de la villa, con huerta y un jardín próximo.

El suegro de don Ignacio, primo del Altuna famoso por su amistad con Juan Jacobo Rousseau, no se parecía nada en sus ideas a su pariente. Abominaba de Rousseau y de Voltaire, que comenzaban a ser las bestias negras de la época, aunque muy poca gente los había leído en el país y él tampoco.

La mujer de este señor, suegra de don Ignacio Emparan, había muerto en olor de santidad. Su hija, doña Petra, se creyó siempre, al menos en su juventud, que acabaría entrando en un convento; pero se presentó don Ignacio, le hizo la corte de una manera respetuosa y el noviazgo acabó en boda.

El matrimonio vivió algunos años modestamente en Azcoitia, tenía pocas rentas; pero en parte por la buena administración de las pequeñas fincas, y en parte también porque tuvieron una herencia que les permitió mejorarlas, don Ignacio y su señora pudieron salir de su mediocridad económica y llegar a la posición que correspondía a su abolengo.

El matrimonio tuvo dos hijas, María y Dolores, y un hijo, Pedro.

Doña Petra hacía una vida casi monacal, preocupada de cumplir estrictamente los preceptos de la Iglesia. Se confesaba, primero todas las semanas, y después, cada dos días. Además, las fiestas y funciones religiosas se empalmaban para ella constantemente. Unas veces eran novenas, otras triduos, el mes de las ánimas, el del Rosario o el de las flores.

Como doña Petra no tenía grandes condiciones para la vida activa, fue una hermana suya la que la sustituyó en la dirección de la casa. Esta hermana, más joven, la Eusebia, tenía grandes condiciones para mandar y mangonear y llevaba camino de quedarse soltera.

La Eusebi era ágil, morena, con los ojos negros vivos y el carácter alegre. El trabajar y el mandar formaba parte de su naturaleza. Tenía lo que las dueñas de casa llaman remango, es decir, energía, audacia y decisión.

La Eusebi había criado a sus sobrinos, los había lavado, arreglado, peinado y reñido.

El entusiasmo y la diversión de la Eusebi era el trabajar constantemente y el enterarse y el comentar las noticias que corrían por el pueblo. Para ella Azcoitia era el microcosmos. Por su curiosidad, la gente, que desconfiaba de su discreción, no le contaba nada o casi nada. Don Ignacio, su cuñado, bromeaba con ella y le decía muchas veces:

—Chica, como cuentera no vales un pepino. Andando de un lado a otro y metiendo la nariz por todos los rincones, cuando te enteras de una cosa ya todos los del pueblo estamos hartos de saber lo que ha pasado sin salir de nuestro cuarto.

—Será cierto —contestaba ella con enfado—, pero no porque los demás no sean chismosos, porque sois más chismosos que yo.

A la Eusebi le molestaba que la gente dudara de su discreción, pero sin tener malas intenciones le gustaba enterarse de todo lo que pasaba y hablar claramente, lo que hacía que en un pueblo levítico, como casi todos los vascos, no se le tuviera simpatía. La Eusebi, entre los treinta y los cuarenta años, había tenido proposiciones matrimoniales muy serias y halagüeñas, pero no quiso casarse y prefirió dedicar su vida a sus sobrinos.

Antes, según se decía, había tenido amores con un joven militar pariente suyo, pero no se arregló la boda. El militar, que era algo loco, se marchó a América, donde se improvisó comerciante, llegó a tener fortuna y poco después murió. La Eusebi, que no se había podido casar, era bastante casamentera y había terciado en matrimonios de jóvenes del pueblo.

La Eusebi tenía en la casa una dirección despótica, era activa y se creía persona de recursos casi maquiavélicos.

Sus dos sobrinas, de pequeñas, durmieron en su cuarto y ella las atendió en sus enfermedades y las cuidó y las mimó.

Cuando fueron mayores las acompañó a todas las reuniones y fiestas que había en el pueblo y en los vecinos.

El chico, Pedrito, no era de su devoción, lo consideraba como hipócrita y marrajo; tía y sobrino no se mostraban el menor afecto.

La Eushebi disfrutaba con los trabajos caseros; la limpieza en la casa de las alfombras, el frotado del suelo, la matanza de los cerdos, la poda de los frutales, la fabricación de la sidra y el abastecimiento de leña, eran para ella fiestas.

Las dos niñas, María y Dolores, habían oído muchas historias, recomendaciones y anécdotas de su tía Eusebia y la consideraban como a una hermana de más edad.

María, la mayor de las niñas de Emparan, era rubia, muy bonita, bastante coqueta. La segunda, Dolores, era más turbulenta, le gustaba correr y saltar, y su tía le motejaba de Mari chico. Durante algún tiempo, entre la niñez y la adolescencia, pareció más fea que guapa: el color pálido, los ojos brillantes, los pies largos, las rodillas abultadas y los movimientos bruscos y violentos. Pero de pronto empezó a cambiar y se convirtió en una muchacha alta, fuerte, decidida y llena de salud.

El hermano menor, Pedrito, era oscuro, reconcentrado y de mal humor; no parecía nada inteligente. A pesar de ello, era el preferido de su padre, porque, naturalmente, debía de ser con el tiempo el jefe de la casa. De las chicas, la mayor, María, tenía un aire lánguido, aristocrático y con frecuencia melancólico. Se creía destinada a una vida elegante. Sabía cantar, bailar y tocar el clave y hablaba y escribía muy bien el francés. Dolores tocaba la guitarra, bailaba, sabía escribir, cantaba con gracia y a todo lo que hacía le daba deliberadamente un aire popular.

Doña Petra quedó un poco asombrada de la educación mundana que las monjitas de Pau habían dado a sus hijas y que, por las muestras, ellas aprovecharon muy bien.

Le parecían un poco marisabidillas.

Hay esa idea plebeya de que la mujer, cuando sabe algo más de lo corriente, es pedantesca. Es natural que una persona, cuantos más conocimientos tenga, más se le puede achacar la pedantería. Es más fácil la naturalidad de la señora que habla sólo de la comida y de la huerta, del catarro del marido y de las travesuras de los chicos, que la de otra dama que quiera en sus conversaciones referirse a la música, al libro leído o a lo que haya oído contar a una persona culta.

Ahora que buscando la naturalidad como la suprema norma, se pasaría insensiblemente de la señora a la criada, de la criada a la labriega y de la labriega a la vaca.

María y Dolores Emparan, a quien algunas rivales les achacaban de marisabidillas, no tenían más que una idea escolar de la Historia y de la literatura. Para ellas, la fábula de La Fontaine, el trozo de Racine o la historia de Luis XIV, que les habían enseñado en el colegio de Pau, no eran más que trabajos del curso, *deberes*, como se decía entre las profesoras del colegio.

Muy amiga de las dos señoritas de Emparan, era Margarita de Olano, que vivía en Legazpia y pasaba en su casa solariega largas temporadas.

Margarita, durante los primeros años de su infancia fue caprichosa y rara y aficionada a la soledad. Se pasaba las horas muertas jugando con sus muñecas, todas ellas bastante feas, y contaba largas y complicadas historias de cada una. Tenía una imaginación exaltada y caprichosa. Las muñecas, unas veces eran parientes y amigas entre sí, otras enemigas irreconciliables, tenían nombres raros y las ocurrían cosas estrambóticas, las atropellaban los coches, las secuestraban los bandidos y las metían en cuevas o se caían desde una torre a la calle.

Si alguna niña del pueblo iba a jugar con Margarita, guardaba sus muñecas en sitios raros, como si temiera que las fueran a descubrir, y, un poco seria y displicente, hablaba con cómica gravedad de lo que estudiaba y de lo que decían en casa. Cuando la otra se marchaba aburrída, ella, contenta, volvía a sacar las muñecas de los rincones. Su madre la reñía con frecuencia por sus caprichos y por su carácter poco comunicativo, pero ella no hacía caso ni tomaba en cuenta las recriminaciones.

A Margarita, durante la infancia, no le gustaba salir de casa y tenía sus rincones favoritos en los cuartos y en la huerta, lugar donde les sucedían las desgracias a las muñecas, y entonces las exhortaba a tener más juicio y más prudencia y al mismo tiempo las preparaba emboscadas traidoras o las abandonaba en el hueco de un árbol o en el borde de un balcón, y luego volvía a buscarlas y a librarlas de todos los peligros y asechanzas.

Al desarrollarse y al ir al colegio de Angulema cambió de carácter, perdió su fantasía mítica y se hizo muy sociable.

«Yo soy un buen chico», solía decir en broma.

Cuando le hablaban de sus antiguas extravagancias se echaba a reír. A Pedro, el hermano de María y Dolores, se le consideraba como un presunto novio de la señorita de Legazpia; pero ella no le tenía ninguna simpatía y le encontraba aburrido y pedante.

El hermano de Margarita Olano, Gastón, era un chico guapo, rubio, de diecisiete a dieciocho años, todavía infantil, con los ojos azules claros, la tez sonrosada y los dientes blancos.

Estudiaba poco, andaba de un pueblo a otro, subía a los montes y jugaba a la pelota. Era un chico mimoso, servicial. Su falta de malicia hacía que pareciese sin carácter. Tenía unos ojos tan alegres, tan infantiles, que desarmaban a cualquiera que sintiese hostilidad para él. Además, era amable, dispuesto a servir a todo el mundo.

Su hermana Margarita, que le tenía cariño, le gustaba mortificarle. Aseguraba que a los tipos como él la gente morena del país le decían en vascuence que eran *zuri eder falsuac* ('blancos, hermosos y falsos'), falsos en el sentido más de blandos y de flojos que de pérfidos. La frase, al hermanito, le incomodaba.

—No le hagas caso —le decía Dolores al muchacho en broma—, es envidia que te tiene porque ella a tu lado es como una gitana.

—¡Qué pedazo de bárbaro es este chico! —decía Margarita en broma, agarrando a su hermano de la barbilla—; es como un ternero hermoso.

Y pronunciaba esta palabra «hermoso» con una delectación que al muchacho le molestaba. Este luego la sujetaba entre los brazos y la decía:

—Si me insultas te doy un beso.

—No te atreves —le contestaba ella—; eres falso y me tienes miedo.

Gastón no sentía ningún entusiasmo por su guapeza y a veces decía que le molestaba que le miraran tanto. Gastón estaba aprendiendo a tocar el violonchelo. No tenía afición por las cosas prácticas y no le gustaba más que jugar a la pelota, montar a caballo y andar.

La vida de las señoritas de Emparan y de sus amigos revolucionó a gran parte de la juventud y hasta a las personas mayores del pueblo. Muchas chicas de otras casas copiaron los vestidos y los adornos que ellas trajeron de Francia. Las viejas las encontraban más que un poco descocadas y atrevidas. No tenían mucho derecho a la protesta, porque ellas habían usado los tontillos exagerados, los lunares a todo pasto, y algunas se habían mostrado en su tiempo con absurdos peinados a la «fragata» y al «almirante» de dos palmos de alto con un barco encima con velas y hasta con cañones.

No eran más exagerados los trajes y tocados de esta época, a la «Baronesa» y a la «Maravillosa», con sombreritos con lazos, que los antiguos, pero la gente cree siempre que lo antiguo es mejor y más discreto.

Las señoras respetables censuraban a doña Petra, que era, según ellas, una santa, el haber permitido que fueran sus hijas a Francia y en consentir aquellos trajes y adornos impropios, sin recordar que ellas habían hecho lo mismo en su juventud y que también se lo reprochaban. Algunas personas culpaban de todo lo que pasaba en la casa de Emparan a la tía Eushebi, que cuando se trataba de sus sobrinas, a las que quería como una madre, perdía completamente la cabeza.

La opinión de los señores era unánime; todos ellos pensaban que María y Dolores Emparan, Margarita Olano y Soledad Ponce de León formaban como un ramillete de juventud y de gracia que adornaba al pueblo.

Mientras estaban María y Dolores en el colegio de Pau, murió un tío de don Ignacio de Emparan, que le dejó en herencia varios caseríos y una casa en Placencia con muebles, cuadros, alhajas, tabaqueras, miniaturas y libros.

El muerto era de los suscritores a la Enciclopedia.

Viéndose don Ignacio con medios, se dispuso a arreglar su casa en Azcoitia, que estaba un poco abandonada, con lo que le había dejado su pariente y que se trajo de Placencia. Al volver María del colegio se erigió, con el familiar asenso, en dictadora

de las obras caseras. Se quitaron varios tabiques inútiles, se abrieron ventanas y se cerraron otras, se renovaron los pisos de algunas habitaciones, carcomidos por el tiempo, y se habilitó un gran salón que hacía años que ya no se usaba.

En esta sala se compuso el artesonado del techo, se retocaron los medallones de pintura que representaban las cuatro estaciones y se restauró una puerta de cristales en arco adornada con guirnaldas de flores talladas en madera. Las señoritas de la casa se divirtieron mucho cuando registraron el desván y encontraron alguna cama pintada desvencijada y coja y algunas arcas talladas y carcomidas que guardaban espadines roñosos y pelucas apolilladas y llenas de polvo.

Se mandaron tapizar las sillerías antiguas y se les pusieron telas nuevas, se sacaron de las arcas cortinajes de seda y de terciopelo, que no se usaban desde la boda de los señores de Emparan, y se compuso un reloj esmaltado traído de París, de porcelana de Sèvres, que al dar las horas y los cuartos tocaba el principio de una gavota. Este reloj lo arregló e hizo que sonara un aficionado a la mecánica de Azcoitia. Producía la admiración del relojero del pueblo, que, según él, nunca había visto una pieza tan complicada y tan perfecta.

Luego se mandó afinar el clave que se trajo de Placencia, y en esto intervino el organista de la parroquia, don Miguel de Aristizábal, que aseguraba que aquel instrumenta musical era muy bueno. Se colocaron algunas figuritas de porcelana de Sajonia en la vitrina y sobre la chimenea. Hubo sus protestas porque, en opinión de doña Petra, no estaban ataviadas con el suficiente decoro.

Respecto a los libros del señor de Placencia, hubo también discusiones, y María zanjó la cuestión diciendo que como en casa no los iban a leer, ella pondría en los estantes todos los que tuvieran vistosas encuadernaciones.

Tales reformas se hicieron bajo la alta y omnímoda dirección de María, que había visitado casas elegantes de Pau con sus compañeras de colegio. Algunos muebles heredados del tío se pusieron en sitio de honor por su valor histórico; otros fueron relegados a la buhardilla. María era severa e insobornable en cuestiones de arte suntuario.

El salón, sobre todo, quedó muy elegante y muy pomposo. Este hacía esquina y era rectangular. En uno de los testeros tenía un mirador que daba a una plazoleta; en el otro, una ventana ancha y baja, y en la pared larga que caía a la calle tres balcones, y entre sus huecos retratos de parientes, que no eran buenas pinturas, pero sí muy decorativas.

Después de las innovaciones de María vinieron los trabajos de la Eushebi y de las muchachas. Se dio color a las maderas del suelo, que algunas eran nuevas, porque las antiguas estaban apolilladas y hubo que reemplazarlas, y a fuerza de cera y de frotar con cepillos y bayetas, con una energía digna de otra labor más trascendental, quedaron las anchas tablas: de castaño todas oscuras y relucientes. En algunos sitios

se colocaron alfombras.

María, de cuando en cuando, revisaba y examinaba las habitaciones y tenía una inspiración súbita. Así se la oía decir:

—Estos cuadros hay que quitarlos de aquí y llevarlos a otra parte.

Constantemente cambiaba de sitio muebles, adornos o porcelanas. Doña Petra y la Eushebi no se ocupaban de la decoración, no les interesaba. Para ellas, el ideal era que nada se moviera del sitio en donde estaba de antiguo.

Don Ignacio de Emparan, que se veía con rentas muy saneadas y con dinero guardado, en vista de que la casa, con los aditamentos últimos, producía la admiración de los amigos y conocidos, habló largamente con su cuñada Eusebia. Convinieron los dos que María y Dolores se encontraban en estado de merecer, y como todo había quedado bien en la casa, convendría dar algunas reuniones, donde las chicas pudieran ir conociendo a la juventud distinguida del pueblo. En Azcoitia, por entonces, corría un airecillo de elegancia y de aristocratismos.

La primera reunión se celebró el día del santo de don Ignacio y tuvo mucho éxito. Se sirvió el chocolate y algunos refrescos, se tocó el clave y se bailó.

Desde la llegada de Adrián y de Zabaleta, Adrián bailaba con Dolores y Zabaleta con María Emparan. Dolores se veía que estaba prendada de Adrián y él de ella. No así María y Zabaleta, que bromeaban y se reían, pero nada más. Adrián y Dolores bailaron también el «aurescu» en la plaza del pueblo al son del «chistu» y del tamboril, y entonces ya no eran ella una damisela elegante y él un pisaverde, sino ella una muchachita de la aldea y él un mozo capaz de dar saltos endiablados y pasarse una hora danzando.

Muchos jóvenes que no habían salido del pueblo no sabían bailar y esto producía envidias, rivalidades y desdenes entre los mozos, que miraban con celos a los que se distinguían.

Adrián se incomodaba ahora con la tosquedad y el salvajismo estúpido de aquellos jóvenes, sin pensar que él, todavía hacía pocos años, era igual a ellos. Él se creía un hombre a caballo en la situación, que tenía todo bien combinado y preparado para marchar por la vida. A veces erraba el camino y pretendía hacerse el interesante, con lo cual sorprendía a unos y molestaba a otros.

Había algunos jóvenes que pretendían tomar posturas elegantes y estudiadas, pero no sabían cambiarlas a tiempo de una manera fácil. Si alguno se preocupaba de sus ademanes y de su accionado, estaba perdido, porque ya no lograba tener sencillez ni naturalidad. La preocupación de no saber mover las manos, de no saber qué hacer con ellas en la conversación es muy frecuente en la juventud.

Las chicas siempre se comportaban con más elegancia y más mesura. Sin embargo, era indudable que había pequeñas conspiraciones de las madres para que sus hijas tuvieran mayores éxitos que las demás muchachas y que algunas de aquellas

señoras no tenían inconveniente en emplear recursos de mala ley. Estas gentes orgullosas de aldea se estudiaban unos a otros como un gato puede seguir los movimientos de un ratón. Muchos estaban sorprendidos y humillados por la elegancia de la casa, otros fingían que no la notaban, como si estuvieran acostumbrados a vivir en palacios lujosos. Entre los jóvenes, muy pocos tenían una facilidad de hablar y de moverse como Gastón de Olano, que parecía un príncipe.

Quizá era esto consecuencia de su sencillez y de que no se preocupaba del efecto que podía causar. Gastón tenía una figura elegante y una actitud aristocrática.

El intento de buena armonía fallaba algunas veces. Era imposible poner a todos de acuerdo y la incompatibilidad y las diferencias saltaban a veces por motivos muy fútiles.

Se dio el caso de que a la gente joven y no acostumbrada a la pompa el salón de la casa de Emparan le pareciera demasiado decorativo y propusiera ir a reunirse a un gabinete contiguo, en el cual, por una escalera de piedra, se podía bajar al jardín.

Había allí sillas cubiertas con fundas blancas y vivos azules y un gran sofá con la misma envoltura de lienzo amarillento.

María protestó de este gusto, que le parecía chabacano y de una plebeyez algo ridícula; pero, en vista de la predilección de la mayoría, decidió mejorar el aspecto del gabinete. Hizo tapizar el cuarto, quitó las fundas blancas de lienzo crudo, mandó barnizar el marco de un espejo que había encima de la consola y puso en la pared unos grabados iluminados de la bahía de Nápoles con el Vesubio y sus llamas y otras vistas del Lago Mayor y el Lago de Como. En la puerta y en las ventanas colocó cortinas blancas con encajes.

El gabinete se consideró como un lugar delicioso, se habló de él como de una maravilla, y los jóvenes del pueblo de uno y otro sexo estaban anhelando que hubiera otra fiesta en casa de Emparan para acudir a ella.

Don Ignacio recibía a sus amigos y a las personas respetables de Azcoitia con cierta pompa, a la que era un tanto inclinado. Vestía este señor completamente a la antigua, no quería nada con lo moderno, lo consideraba vacío y vulgar. Su mujer, a pesar de su tradicionalismo, transigía más con la indumentaria de la época.

La segunda fiesta importante en casa de Emparan se celebró el día del cumpleaños de doña Petra.

Por la mañana de este segundo día de gala fueron María, Dolores y Margarita Olano al cuarto del ama de la casa, que hacía algún tiempo, según ella, no se encontraba bien de salud.

Doña Petra, muy compungida y muy aficionada a echar discursos de moral, dijo que se hallaba acostada porque el médico le había prohibido levantarse temprano y hacer sus devociones. Las tres muchachas llevaban un regalito a la buena señora, un pañuelo bordado por ellas mismas. Doña Petra recibió el presente como si fuera un

castigo con el cual el destino le condenaba, sin duda por sus pecados, y afirmó que su vida ya no podía ser más que una marcha desolada por un desierto. No se podía comprender bien dónde podría encontrarse este desierto en estas tierras del Urola, que tendían más bien a húmedas que a secas.

Al mediodía, la señora de Emparan pudo levantarse y sentarse a la mesa, a pesar de sus grandes escrúpulos, porque aunque el confesor, el padre Larramendi, le había asegurado que no debía tener ningún reparo en comer algo más el día de su cumpleaños, ella tenía sus dudas y pensaba que quizá aquello podía perjudicar a su cuerpo y a su alma.

Doña Petra recibió por la tarde otros regalitos de su marido, de la Eushebi y de algunas amigas, con el mismo estoicismo que los anteriores, y volvió a insistir en su idea sobre el desierto de la vida, en las márgenes húmedas del Urola.

Las fiestas de la casa de Emparan siguieron durante el resto del año. En las Navidades se representó la comedia de Marivaux, *El Desenlace Imprevisto*, con sus *marivaudages* lógicos en tal obra, y luego *Las Castañeras Picadas* y las *Tertulias de Madrid*, de don Ramón de la Cruz, con sus chulerías correspondientes.

TIEMPO más tarde vino el cumpleaños de María Emparan, que contaba sus cuatro lustros. ¡Una eternidad! Las dos muchachas de la casa estrenaron para este día trajes de seda cortados por la modista de Pau a la última moda de París.

Margarita de Olano vino de Legazpia. Vestía de color de rosa, de un tono tornasolado. Las monjitas del colegio de Angulema, donde estudió, hubieran dicho que iba en *jeune filie en rose*. Le acompañaba su hermano Gastón, cada vez más arrogante y guapo, con casaca roja y calzón dorado. El organista Aristizábal, que había visto las *Bodas de Fígaro*, de Mozart, en París, comparaba a Gastón con Chuerubini.

Aquel día se preparó en la casa una gran comida. El señor de Emparan quería no solamente que se divirtieran los jóvenes, sino también obsequiar a las personas sesudas.

Los convidados eran varios. Además de un señor venido de América, antiguo amigo de la familia, se sentaron a la mesa varios señores respetables, entre ellos el cura párroco don Luis Arvizu, el coadjutor don José Joaquín de Eizaguirre, el padre Larramendi, confesor de la familia; el médico Erice, el escribano Cortázar, el organista de la iglesia de la Asunción, don Miguel Aristizábal, y dos señores viejos muy entonados, don Javier Ignacio de Eguía y don Josef Hurtado de Mendoza, ambos de la Sociedad Económica Vascongada.

El más hablador y el más inteligente de todos era sin duda alguna el párroco Arvizu. Era este hombre pequeño, flaco, con anteojos, la cara un poco asimétrica y llena de arrugas y los labios delgados. Sus ojos brillaban tras de los cristales llenos de malicia y de astucia. Tenía la costumbre de tomar rapé en una tabaquera de plata esmaltada.

El señor Arvizu era el que hablaba mejor y con más amenidad de todos los contertulios. No tenía ningún aire dogmático y contaba anécdotas y tenía frases felices, que se repetían después.

Se decía que este clérigo había conocido y tratado mucho en Vergara al abate Marchena, que le parecía un monstruo de saber y de perfidia. Don Luis Arvizu estimaba poco a la gente sin conocimientos, interrumpía la conversación del padre Larramendi, quien siempre se mostraba preocupado por las habladurías y chinchorrerías del pueblo, para divagar acerca de Horacio, de Virgilio o de Ovidio. Conocía también la poesía francesa y leía los versos de Ronsard, de Malherbe y de

Boileau.

Era muy entusiasta de Voltaire como poeta, aunque no de su filosofía ni de su pesimismo sarcástico.

Entre los curas letrados había muchos que tenían cierta debilidad por el Voltaire literato. Naturalmente, Voltaire era un producto, más o menos directo, de la literatura clásica y de la filosofía de Seminario.

Don Luis Arvizu contó a los jóvenes una anécdota que había leído o se la habían contado a su vez a él acerca del autor del *Diccionario Filosófico*.

—Un día —dijo—, por un camino pedregoso llegó a una aldea de la Lorena un coche con una de las ballestas rota. Había que arreglarla para seguir el viaje. En la fragua del pueblo había mucha obra y pocos obreros. Era necesario esperar, por lo menos, unas horas. Al señor que había llegado en el coche le dijeron que la posada era incómoda; por otra parte, el señor juez, el señor cura, el alcalde y la propietaria rica del pueblo estaban en el campo. El viajero, que era un viejecillo delgado y fino, salió de la fragua a echar un vistazo al pueblo y vio una casita modesta con un pequeño campanario.

—¿Qué es esta casa, un colegio? —preguntó a una mujer.

—No, es una residencia de capuchinos.

—¡Ah! Muy bien. Voy a llamar. Pasaré un rato con ellos.

Llama, sale un fraile, le saluda y le dice cómo ha llegado al pueblo y que está sin alojamiento.

El hermano portero va al superior y le dice que ha venido un señor viejecito, muy flaco, un poco enfermo, muy elegante y que pide hospitalidad.

El superior se presenta y le dice al recién llegado que los capuchinos no tienen gran cosa, pero que lo que tienen lo ofrecen con gusto. El forastero se encuentra bien recibido y obsequiado. Escucha lo que le dicen y habla siempre con gran discreción.

Viene la comida modesta, el forastero come poco y no bebe más que agua. Se habla de Teología y el forastero oye y no da apenas su opinión. Después alguno de los frailes se refiere a las casas de la Orden que tienen en Italia y en Alemania, y el desconocido explica con detalles la sagacidad y el talento de los hijos de San Francisco para elegir los lugares donde ponen sus residencias.

En este camino, el superior cuenta alguno de los rasgos de humildad y de gracia del santo humilde de Asís, y el forastero cuenta otros varios. Después habla de su influencia en el arte, en las pinturas del Giotto, Chirlandajo y fray Angélico. Ya esto produce una gran sorpresa, y entre bromas y veras hay una pugna entre los capuchinos y el viajero sobre cuestiones de Filosofía, de Historia y de Literatura. Todo el mundo está encantado. Los frailes le dicen al forastero que debía quedarse con ellos, que le atenderían y le cuidarían. El viejecillo les ha conquistado con su gracia y su cultura..., pero el despertar de su sueño ha sido triste. A media tarde el

coche aparece a la puerta del convento y el cochero dice al hermano portero:

—Dígale usted al señor de Voltaire, que está en esta casa, que el coche le espera.

—¿A quién dice usted? —pregunta el fraile asustado.

—Al señor de Voltaire.

Don Luis Arvizu, cuando contaba esto, sonreía con una sonrisa completamente volteriana. También cuando hablaban con desprecio y con burla de los hombres pequeños y débiles refería una anécdota del célebre escritor Pope.

Este escritor inglés era débil, jorobado y tenía las piernas torcidas, lo que le hacía andar de través. El rey de Inglaterra, que le vio un día en una calle de Londres, dijo a uno de sus cortesanos: «Yo quisiera saber para qué sirve este hombrecillo que anda siempre de mala manera».

La frase llegó a oídos de Pope, que replicó con viveza: «Este hombrecillo sirve para hacerle a él andar derecho».

Para las fiestas y veladas, Arvizu siempre extraía algunas poesías del patriarca de Femey. No decía de quién eran para no escandalizar a la concurrencia.

Una de las veces, a una de las señoras forastera y recién casada, que se llamaba Luisa y que estuvo unas semanas en el pueblo, le mandó ese madrigal:

*Les plus puissants de tous les dieux
Le plus aimable, le plus sage
Louison, c'est l'amour dans vos deux
De tous les dieux le moins volage
Le plus tendre et le moins trompeur
Louison, c'est l'amour dans mon coeur*

La señora no pudo comprender quién le había podido enviar aquellos versos, pero al parecer, los mostraba con gran satisfacción.

Agradecía don Luis Arvizu las invitaciones para comer en casa de Emparan, porque la cocina era excelente, como formada bajo los consejos y las recetas de la Eushebi. Había a veces platos suculentos que dejaban agradablemente sorprendido al comensal y sin saber si estaban hechos a base de carne o de pescado. El párroco consideraba el arte culinario cosa muy seria, y afirmaba que el comer y el beber sin exageración se podían considerar como placeres legítimos del hombre. Determinar dónde comenzaba la exageración debía de ser cosa difícil, hasta para los casuistas más alambicados.

Hablaba don Luis Arvizu con los jóvenes de uno y otro sexo, sobre todo si eran inteligentes, y le gustaba enterarse de sus aficiones, de sus estudios, de sus lecturas y darles consejos. Era muy amigo de Dolorcitas, a quien llamaba así cuando era niña y por quien tenía mucha estimación.

Para don Luis valía poco la categoría social; en cambio, tenía gran respeto por la

gente sabia y letrada; también sentía admiración por la belleza física y la prestancia, y decía de Gastón de Olano que seguramente la suerte le reservaba un gran porvenir.

Al párroco le gustaba mucho la música y fue uno de los que contribuyeron a decidir a don Ignacio Emparan a que diera en su casa conciertos alternando con las comidas.

Varias veces, por la tarde, don Miguel, el organista, y María ejecutaron sonatas de Bach, de Haydn y de Mozart. Otras veces, Zabaleta se puso en el clave y tocó con Gastón de Olano, éste en el violonchelo, trozos clásicos.

También Zabaleta improvisaba canciones mezcladas con zortzikos y fandangos.

Para fin de fiesta, Dolores y Adrián cantaron aires que en este tiempo había hecho populares el tenor Garat en Versalles en la Corte de María Antonieta. Garat era entonces el cantor a la moda, famoso en todo el mundo. Este tenor se caracterizaba por no pronunciar las erres, cosa rara en un vasco. Entre las canciones que cantaba Garat, preferidas por la reina de Francia, estaban las tituladas *Aitaric ez dut* ('No tengo padre'), *Adiós ene maitia* ('Adiós, querida') y otra que comenzaba diciendo:

Kanpoan zer ederra

Eper zango gorri

(‘¡Qué hermosa en el campo la perdiz de patas rojas!’)

También Garat cantaba, acompañándose con la guitarra, una canción que hizo furor en París, titulada *Plaisir d’amour*, letra de Florian:

Plaisir d’amour ne dure qu’un moment,

Chagrin d’amour dure toute la vie.

J’ai tout quitté pour l’ingrate Sylvie.

Elle me quitte et prend un autre amant.

El tenor vasco, como jefe de los increíbles y enemigo de las erres, pronunciaría:

Plaisir d’amour ne dure qu’un moment

Chagrin d’amour dure toute la vie.

Margarita Olano tenía poca voz, pero había cantado con don Miguel el dúo de Armida y de Ifigenia de Glück.

Le gustaba a Margarita, más que cantar, recitar en francés, y esto lo hacía muy bien; varias veces recitó con grandes aplausos los versos espirituales de Voltaire a Madame du Châtelet, que comienzan así:

Si vous voulez que j’aime encore

rendez moi l’âge des amours

Un día recitó del mismo autor una poesía dedicada a Luis XV y a su mujer:

*Aspirer au parfait bonheur
Est une parfaite chimère
Il est toujours bon qu'on l'espere
C'est bien assez pour votre coeur
A la chasse, dans les amours
Le plaisir est dans la poursuite
On cour après, il prend la fuite
Il vous échappe tous les jours.*

Soledad Ponce de León solía cantar con gracia seguidillas y boleros de Cádiz que había oído a su madre, y si no había mucha gente, no sólo los cantaba, sino que los bailaba, pero si veía muchas personas desconocidas se excusaba por timidez.

El señor Arvizu se creía el representante del buen sentido y del gusto literario. Era hombre de personalidad destacada. Muchas veces se plantaba en contra de la opinión de todo el mundo, y aunque los que lo oyeran protestasen, él seguía en sus trece defendiendo su tesis con energía y sin eufemismos. A veces parecía un ratón decidido y osado que no se intimidaba por nada ni por nadie.

Don Miguel Aristizábal, el organista, era alto, flaco, pálido, un poco encorvado. Daba la razón sin escrúpulo a dos personas de ideas contrarias al mismo tiempo, siempre que no se tratara del divino arte, porque en el terreno musical era intransigente y muy afirmativo. Usaba frases y gestos de organista de convento de monjas y parecía que había tenido interés en caricaturizarse. Hablaba de una manera lenta, con muchas pausas. Se le consideró siempre de joven como enfermo del pecho. Vivía con su madre. No tenía ambición ninguna, porque, fuera por modestia o por pereza, se había convencido de que para la música, que era lo único que le interesaba en el mundo, no tenía condiciones creadoras. Con frecuencia hacía observaciones al parecer cándidas, a veces con gracia y mucha malicia.

«Don Miguel es buena persona —decía la gente—, pero un poco *chocholo*».

Cuando tocaba en el órgano alguna cosa de empeño, preguntaba después sonriendo a las personas amigas:

—¿Qué tal, qué tal?

—Muy bien, muy bien —le contestaban los inteligentes.

—Sí: es de Haendel —observaba él—. ¡Es magnífico! ¡Qué genio!

Si alguno le decía: «Pero usted, ¿por qué no escribe música?» Él contestaba: «Hay que saber mucho para eso..., y yo no soy más que un pobre aficionado; nada más».

DON Miguel era hijo de un alpargatero del pueblo. De chico tuvo muy bonita voz y el antiguo organista que le precedió le enseñó música y a cantar en el coro. Luego, viendo que el muchacho tenía condiciones y cierta inspiración, aconsejó a la familia que le hicieran cura y que siguiera estudiando música.

El joven Aristizábal era hombre inteligente y de memoria feliz. En el Seminario fue muy considerado y atendido. Cuando se ordenó, le consiguieron una beca para que siguiera sus estudios de armonía en Madrid y en Roma; después fue a París. En Madrid visitó con frecuencia la casa de don Pedro Olavide y en ella conoció al maestro Boccherini, que, a pesar de tener una reputación universal de músico, vivía en la miseria.

Después, en París trató a otro compositor italiano llamado con un apellido parecido, a Cherubini, que era entonces joven, que dirigía un teatro de ópera en la feria de Saint-Germain y que se caracterizaba por tener un genio insoportable.

Como don Miguel era, por el contrario, un hombre cándido y sencillo, pudo ser amigo del compositor italiano, a quien admiraba fervorosamente. Don Miguel iba casi todas las noches al teatro a extasiarse con las melodías de las óperas de Paesiello, Cimarosa, Pergolese, Mozart y otras del mismo Cherubini.

Había seguido antes con gran interés la lucha musical entre Glück y Piccini, más entusiasta de la producción del primero que de la del segundo, aunque muchos le habían asegurado que, como persona, el italiano tenía un carácter más noble que su rival germánico.

Sus conocimientos y amistades, en vez de animar a don Miguel a escribir música, le intimidaron.

Nunca se atrevió a lanzarse francamente a emprender algo serio. Quizá contribuyó a su timidez su vida de cura pobre, su salud un tanto precaria y los primeros años en una casa humilde y de gente trabajadora.

Don Miguel Aristizábal volvió a Azcoitia en las proximidades de los treinta años, cuando vacó la plaza de organista, y se instaló con su madre en la casita que le correspondía por su cargo, cerca de la parroquia de la Ascensión.

Aristizábal, durante las vacaciones, cuando volvían las niñas de Emparan del colegio, les daba lecciones de música, de solfeo y de piano. Luego les enseñó arias de óperas famosas en el tiempo. María cantaba divinamente el aria de *Orfeo*, que en italiano comienza: «*Que faro senza Euridice*»

Aunque a ella le gustaba más cantarla en francés:

*J'ai perdu mon Eurydice
Rien' egale mon malheur*

También el organista le había enseñado la canción del *Matrimonio Secreto* de Cimarosa:

*Prie che spunti in ciel l'aurora
Cheti, cheti a lento passo*

Y el aire de la *Locanda* de Paesiello.

A Dolores le gustaban más las canciones populares, y una de las que cantaba con preferencia era la de la *Galantería*, de Lully:

*Soyez fidele
Le soin d'un amant
Près d'une Belle
Trouve aisément
Un heureux moment*

Don Miguel Aristizábal, que había enseñado también música a Gastón de Olano, quería que el chico estudiase con más afición, pero el muchacho era perezoso.

—Es lástima —decía.

—¿Pero usted cree que Gastón tiene muchas condiciones para la música? —le preguntaban.

—Sí, tiene, pero es muy vago..., y es lástima..., porque allí, en Italia, en los pueblos del Norte, hay unas tablas pintadas... en las iglesias... con la gloria... y hay serafines que tocan la viola, la *viola da gamba*, como Gastón.

Don Luis Arvizu tenía discusiones con don Ignacio Emparan y con el organista sobre el arte clásico y el popular. El párroco era partidario de lo clásico y de lo culto. Le gustaban las tragedias de Voltaire, cuyo nombre sólo hacía que se estremecieran de espanto el dueño de la casa y el padre Larramendi, que, naturalmente, ninguno de los dos las habían leído. También Arvizu era partidario de las comedias de Moratín, de las que hablaba muy a menudo y con gran entusiasmo.

Le gustaban igualmente los versos dulzones de Metastasio. Adrián, que a veces discutía con el señor vicario, aseguraba que los versos de Metastasio eran demasiado acaramelados. Afirmaba que la poesía de este autor era sosa y que sólo podía aceptarse alguna *canzonetta* del autor italiano, como aquella famosa en el tiempo que la escribió para su amigo el célebre tenor Farinelli: *Ecco quell fiero instante*.

Adrián, que tenía buena memoria, recordaba que un crítico francés había dicho, refiriéndose a los héroes y a las heroínas del poeta italiano, de una manera muy

quintaesenciada, que llegaban à *pousser la delicatesses jusqu'à la mignardise*.

Otro de los comensales que solía ir a las reuniones de la casa de Emparan era un primo de doña Petra. El tío José Javier, como le llamaban María y Dolores, creía que cantaba bien y que recitaba con igual perfección los versos de Moratín y de Jovellanos, y era verdad.

José Javier de Zabala, hombre ya viejo, soltero, amable y servicial, había aprendido solo y sin maestro el latín, el francés y la música. Escuchaba a las gentes inteligentes, como al párroco Arvizu, con gran interés.

Era muy estudioso, capaz de estarse quince días seguidos sin salir de su cuarto, desentrañando una cuestión difícil que le atraía por el momento, aunque luego no le interesara, la dejase y no se volviera más a acordar de ella. Tenía una buena biblioteca y buscaba la manera de ampliarla.

José Javier era un epicúreo y consideraba que se debía huir sistemáticamente de todo lo que fuera bajo, rencoroso y sombrío. Este constituía el punto principal y el más noble de su carácter.

Amigo de José Javier y pegado a él como una sombra, aparecía un hombre pálido, fofo, tímido y sonriente, que podía tener cincuenta años, pero que no llegaba más que a treinta y cinco. Este hombre, don Valentín Alegría, era rico. Su padre, en América, había ganado mucho dinero, y el hijo era un pobre diablo que se confundía y se turbaba ante dos o tres personas.

Este buen señor tenía afición por la Genealogía, la Heráldica y la Mecánica. Sabía cuál era el escudo auténtico de esta familia o de la otra y si podía usar en él un castillo, una caldera, un lobo o una porra, y al mismo tiempo arreglaba un reloj o la máquina de un asador.

El señor Alegría pasaba el tiempo en su casa trabajando en su archivo y en su taller.

El párroco Arvizu y Zabala eran sus mejores amigos.

El párroco decía de Alegría que era un Vaucauson, el mecánico por entonces más célebre del mundo.

Alegría construía muñecos que tocaban la guitarra y la flauta, patos que andaban, gimnastas que daban saltos, etc.

Él fue el que arregló el reloj de porcelana de Sèvres de casa de Emparan que tocaba una gavota y que admiraba al relojero del pueblo.

LIBRO TERCERO
LOS ESTUDIANTES DE VERGARA

ADRIÁN Erláiz no se parecía ya al muchacho llegado de Méjico como un potro salvaje a casa del vicario de Itzar, don Fermín Esteban de Uranga.

Adrián era ahora un joven de formas correctas y de aspecto distinguido. Acostumbrado a hablar de una manera chispeante, con más experiencia y más aplomo que la mayoría de los mozos de su edad, se mostraba un tanto engreído y satisfecho. Ya su despreocupación y tosquedad de chico habían pasado, y ahora, por el contrario, estaba muy pendiente de la opinión ajena. En un pueblo pequeño y en una sociedad elegante y distinguida había que vivir en un continuo alerta. Para él, esta preocupación era como las clásicas sandalias de suela de plomo de los romanos, que cuando se acostumbraba el soldado a ellas y después las abandonaba hacían que los movimientos fueran más ligeros. Adrián se esforzaba para acomodarse y adaptarse. Seguía siendo un joven atrevido y un tanto fatuo. A pesar de su fatuidad, se hallaba dotado de un cierto sentido crítico y de un instinto de superación que le hacían pensar que podía mejorar. La estancia en Pau y los amores con Dolores Emparan le habían hecho creerse una gran cosa. Su fondo violento subsistía. Experimentaba simpatías y antipatías enconadas, torrenciales, no siempre con razón o motivo.

Adrián era osado y turbulento; muchas veces se creía capaz de todo; otras desconfiaba de sí mismo. Por entonces no sentía más ambición que casarse con Dolores.

Pretendía tener contenta a su madre y ganar la estimación de su tío, don Fermín Esteban. Le había escrito a éste varias veces dándole a entender que empezaba a sentir curiosidad por las cuestiones históricas y científicas, que le parecían importantísimas, sentimiento que era más fingido que auténtico.

Don Fermín Esteban le contestó: «No hay que preocuparse excesivamente de la importancia y magnitud de los asuntos. En la vida y en la naturaleza todo es digno de estudio, lo pequeño como lo grande. Si se deja arrastrar por ese criterio corriente de ir a lo que brilla, la mayoría de las veces no se encuentra más que la compañía de gente mediocre y ambiciosa.»

Adrián contestó a su tío de una manera un tanto hipócrita.

«Tiene usted razón —le decía—, todo es digno de estudio. Hay mil cosas que parece que no tienen jugo, se figura uno que son secas como la yesca, y, sin embargo, se acerca uno a ellas y son como ubres llenas de jugo vital.»

En el Seminario de Vergara, Adrián Erláiz fue un buen alumno. Luego continuó

perfeccionándose en el francés y en el inglés, en literatura, y siguiendo las aficiones de su tío don Fermín, en Botánica y en Historia natural.

Tenía entonces veintidós años, era activo, fuerte e imprevisor, aunque mostraba rasgos de prudencia.

Algo fundamental se aprende en la vida, aunque poco. Él había aprendido a ver que el mundo no era naturalmente un paraíso, que el egoísmo del uno chocaba con el de los otros y que no había que tener la cantidad exagerada de ilusión para pensar que los amigos se iban a sacrificar por él, cuando él no era capaz de sacrificarse por ellos.

En el Seminario de Vergara era uno de los favoritos de algunos profesores que defendían ideas modernas. Adrián tenía bastante facilidad para salir del paso y esto no gustaba siempre a sus condiscípulos. Entre los estudiantes se sabe quién vale o no de los compañeros con gran exactitud, quién finge y quién se las maneja con descaro.

Adrián tenía cierta brillantez y desparpajo, como si el sol del trópico le hubiera madurado más pronto que a los demás. Comprendía rápidamente, no siempre bien, y hacía objeciones a los profesores, que a veces los dejaba parados y sin saber qué responder.

En la calle no se reportaba: comía y bebía demasiado, bailaba en la plaza y en los salones de las casas y era con frecuencia impertinente o por lo menos imprudente.

Su madre, que le quería mucho, le pedía que tuviera cuidado con las inconveniencias; pero él no sabía hacerlo. Oía también muchas veces que le reprochaban que no tenía respeto; él pensaba con impertinencia que tenía demasiado. También suponía con cierto cinismo que es muy difícil en la vida saber lo que es verdaderamente respetable y lo que no lo es, porque no quería como joven audaz aceptar las pragmáticas generales.

Adrián se inspiró en las ideas de su tío el cura para lucirse; unas las adoptó como normas de su pensamiento y otras como puro adorno. Lo que había oído a don Fermín sobre la varita mágica, la esfera de cristal y el espejo para la adivinación, lo daba como suyo, como si fueran intuiciones de su espíritu atrevido y observador.

Era naturalmente amigo de lucirse, y en el Seminario de Vergara, entre los alumnos, y en las casas que frecuentaba, tuvo grandes éxitos manejando la varita de virtudes, mirando la esfera de cristal, mostrando la linterna mágica o poniéndose a hablar con atrevimiento y con audacia.

Algunas señoras le alababan y le ensalzaban y decían que descubría los más hondos secretos.

Era bastante buen alumno, con facilidad para el estudio y de buena memoria. Le gustaba, sobre todo, lo que tuviera un carácter individual.

Por este tiempo, Adrián tuvo la veleidad de pensar que la mejor carrera que podía seguir era la de marino; pero cuando recordaba el miedo que había tenido en su viaje desde Méjico al oír tronar la tempestad y reflexionaba que de ser marino no podría

vivir siempre con Dolores, se le quitaba el entusiasmo por el oficio.

Durante una época de vacaciones, y aconsejado por su tío don Fermín Esteban, Adrián hizo un ligero estudio de la flora del monte Izarraitz y del Anduz. Izarraitz, la peña de la estrella, con su silueta típica, domina Azpetia. El nombre de este pueblo quiere decir ‘debajo de la peña’, y el de Azcoitia, ‘encima de la peña’.

Había entonces en el Izarraitz bosques de hayas, de robles y canteras de mármoles de colores, que se comenzaban a explotar.

El tío materno de Adrián, don Manuel Altuna, tenía un caballito que él no usaba y le decía a su sobrino que lo sacara a pasear.

Adrián subía a lo alto de Izarraitz y pasaba el tiempo en contemplación. Muy cerca aparecía el monte Hernio, con una roca blanca que da sobre Régil y que tiene el nombre de Celatum.

Estos nombres latinos, según versión de un profesor, quizá se latinizaron por el deseo de los cronistas vascos de que su país apareciera en la Historia clásica. Los cronistas a estilo de Garibay pensaban que era un gran honor figurar en la Historia unidos a los romanos, y se empeñaron en identificar a los vascos con los cántabros, pensando que en ello había alguna gran ventaja.

Probablemente en tiempos antiguos el área de los cántabros era bastante insegura, y todo hace pensar que éstos eran de origen meridional, quizá africano, como muchas tribus ibéricas, y que en su límite no entraban los vascos. Esa sierra de Cantabria, que hay en Álava, quizá fuera el límite de los cántabros hacia el Norte y el Este y de los vascos hacia el Sur.

Estos nombres, como Régil, Celatum, Araxes, que aparecen en Guipúzcoa, y que tienen sabor latino, son muy poco populares en el país y pueden ser relativamente modernos y depender su aspecto clásico de confusiones de sonido, cosa que se da en todas las lenguas.

El carácter individual y de cierta independencia de los trabajos de Adrián, a algunos profesores del Seminario les parecía bien, pero otros los encontraban audaces y extravagantes. Él tenía pretensiones de mostrarse original, enemigo de todo lo que fuera rutina, quería cambiar y renovar para destacarse.

Adrián era imprudente y soñaba con un mundo hecho a la medida de un joven americano y audaz. Para él no había categorías, más que las suyas. Es lo que pasa a todos los jóvenes. Así, en un pueblo como Vergara, protocolar y aferrado a viejas costumbres, la aparición de este estudiante lo menos protocolar posible, sobre todo en apariencia y en formas, y para quien los viejos hábitos y usos no tenían valor, hacía que los señores respetables que le encontraban alguna vez en alguna casa le miraran con cierto desagrado.

Él, por su parte, exageraba su actitud levantisca todo lo que podía.

UNA vez, un profesor de Historia del Seminario le propuso a Adrián para las vacaciones de Navidad un estudio histórico de la batalla de Beotívar, encuentro un poco fortuito y afortunado para los guipuzcoanos, en el que vencieron a los navarros y a los franceses en los montes de Belaúnza de la cordillera de Uzturre. Adrián dibujó un croquis del terreno en que se desarrolló esta batalla, que fue algo como un Roncesvalles regional, y de la zona en que se verificó, desde la parte de Lecumberri y de Gorriti hasta Tolosa. Describió el curso del arroyo de Berástegui, formado por las fuentes del monte Uzturre, y los de Leaburu y de Gaztelu y el carácter de los pueblos de Elduayen, Eldúa, Berrobi, Ibarra, etc.

El campo de la batalla de Beotívar es una calzada bastante estrecha dominada por las alturas que la limitan.

La longitud del camino, desde la entrada, por Berrobi, hasta la salida, por Belaúnza, será de tres cuartos de legua y la anchura de unos mil pies. Por el fondo corre el arroyo y el sendero. El sitio, evidentemente, es muy a propósito para una emboscada, porque tiene la entrada y la salida excesivamente angostas.

No le ocurre a este paso, hundido y estrecho, como al de Roncesvalles, que es alto y ancho, donde no se comprende la sorpresa ni la emboscada.

El bachiller Zaldivia es el que habla con más extensión de este encuentro entre guipuzcoanos con franceses y navarros. Asegura que Beotívar quiere decir valle de yeguas, que en la lucha ocurrida allí mataron a un jefe navarro llamado Martín de Oibar, seguramente Aybar, y que quedaron como recuerdo de esta muerte dos dichos en vascuence: *Beotivar, Beotivar, hic daucat Martin de Oibar* (Beotívar, Beotívar, ahí tienes a Martín de Oibar), y el otro refrán que decía:

*Arreosi bai arreosi
Martin de Oibar
Erre eta egosi*

La traducción de estas palabras rimadas no parece fácil, pero Adrián supuso que podría ser una frase mixta de francés y vasco: *Arrét ici, arrét ici* (detente aquí, detente aquí) Martín de Oibar asado y cocido.

También quedó otro cantar que decía:

*Milla urte igaro ta
Ura bere bidean*

*Guipuzkoarrok sartu dira
Gazteluko etxean
Nafarrokin hartu dira
Beotibarren pelean*

Lope de Isasti traduce el cantar diciendo: ‘Al cabo de los años mil, vuelve el agua a su cubil. Así los guipuzcoanos han vuelto a ser castellanos y se han topado en Beotivar con los navarros’.

Después, en las vacaciones de verano, e inspirado por su tío, Adrián estuvo en los montes próximos y luego en otros más lejanos, como el Aralar y el pico de Anie, que es el último de los vascos hacia el Este, en la cadena de los Pirineos.

Desde Lescun, en el valle de Aspe, escribió una carta a don Fermín Esteban:

El pico de Anie —le decía—, Ahuñemendi o monte del Cabrito, es como el centinela al Este del país vasco. Está colocado dentro de Francia en el límite del Bearn. Es monte de aire ruinoso, un conglomerado de rocas blanquecinas que forma contraste con el sombrío verdor del bosque próximo de Isseaux. Este se halla formado por abetos negros que, como gigantes, parecen defenderle de las tempestades del océano.

El pico de Anie domina la aldea de Lescun.

He podido comprobar —añadía— que hay dos tradiciones sobre ese monte. Una, probablemente la más antigua, supone que en la cumbre hay una divinidad maléfica y siniestra. Esta divinidad es muy celosa, y cuando la irritan envía tempestades violentas que suelen asolar el país. La otra leyenda, probablemente más moderna, afirma que hay en la cima de la montaña un hada benéfica llamada Maithagarri, que posee en la cumbre un palacio y un jardín encantados. Este hada tiene amores con el bello pastor Lusaide.

Según el médico de la aldea de Lescun, con quien he hablado, esta segunda leyenda debe ser moderna, es *fade* y está inventada quizá con el objeto de quitar el aire sombrío y siniestro del antiguo genio maléfico de la montaña. Para el médico, el espíritu auténtico que domina la cumbre del Anie es Jaun Gorri, o el ‘señor rojo’; es decir, el diablo, con su servidor el macho cabrío.

Ningún habitante del valle de Aspe se atreve a subir a ese pico, y si algún extranjero lo pretende se expone a que la gente del pueblo lo apedree.

Hay por toda esta comarca muchas supersticiones, tantas como entre nosotros; algunas deben ser antiquísimas, otras más modernas. La mayoría están como agazapadas y tapadas por la malicia de los aldeanos.

Estos dicen con fingida candidez: ‘Aquí no creemos locuras’. Y unos días después algún pastor nos dice que no hace mucho ha visto en un rincón del bosque, por la noche, a la luz, de las antorchas, hombres bailando al son de un silbo y de un tambor delante de un hombre vestido de rojo y sentado en un trono.

Anda ahora por aquí un naturalista francés llamado Palassou, que ha publicado un estudio mineralógico de los Pirineos. Hay también otros curiosos que parece que quieren descubrir la geografía y la historia de estas regiones. Yo creí que estos montes, conocidos desde tan antiguo, estarían muy bien explorados, pero no hay tal. Sobre los nombres de las montañas, hay divergencias: unos, los vasquistas, tienen la tendencia de buscar sus etimologías en el vascuence; otros, de gustos clásicos, en el latín y en el griego.

Respecto al valle de Aspe, en donde estoy ahora, los latinistas dicen que este valle se llamaba Aspaluca en tiempo de los romanos, pero Aspaluca no quiere decir nada. En cambio, los vasquistas creen que el nombre es vasco, Aspe, o sea, debajo de la montaña, y aquí hay una peña grande encima, como hay otra en el Aspe que está cerca de Urquiola. La cabeza del valle se llama lluro, hoy Olorón, y este nombre me dicen que no sólo es vasco, sino que designa una antigua divinidad del país. Hay próximamente otro valle, el de Barousse, que debe ser vasco,

Barotz ('el fondo') o Ibar-otz ('río frío'), y que, por lo que he visto, en latín se llamaba Barossa.

No sé lo que opinará de todo esto el amigo de usted, don Pedro Pablo de Astarloa.

Después de esta excursión, Adrián estuvo en la Peña de Amboto, que le atraía por las consejas que se contaban de ella y de su dama misteriosa, Mari, que se convertía en meteoro de fuego. Subió también al monte Aitzgorri, desde cuya cima se extiende la vista por Castilla y las provincias vascas, y desde donde, según algunos fantásticos, se divisa al mismo tiempo el Mediterráneo y el Atlántico.

También Adrián estuvo en Murumendi. Aquí le hablaron de la dama de este monte, hermana de la Amboto, que vivía en una cueva y a quien llamaban Zuria 'la blanca'.

Al recorrer aquellos barrancos con curiosidad, se encontró una vez en un descampado con una partida de gitanos que se le acercaron a pedirle limosna. En vez de darla, lo que hubiera sido lo más juicioso, les contestó de una manera desdeñosa y estuvo a punto de que le pegaran un palo o una puñalada. Afortunadamente para él, y cuando estaba asustado y temiendo las consecuencias de su desdén, apareció un grupo de pastores que andaban buscando sus ganados y se unió a ellos y salió bien del tropiezo.

En una de esas excursiones, y habiéndole cogido un gran chubasco, se refugió en la choza de unos leñadores, donde oyó contar una leyenda sobre el puente de una aldea construido por los gentiles en veinticuatro horas, y al cual le faltaba una piedra.

Adrián escribió esta leyenda y se la envió a Dolores.

El señor de Jaureguizar, dueño de una antigua torre y de una aldea agrupada a su alrededor, vivía en sus dominios. Un riachuelo rodeaba el poblado y en invierno este riachuelo crecía de tal modo que, convertido en un torrente, invadía el valle y dejaba la torre y la aldea transformadas en una isla.

Varias veces aquel señor, con sus criados y deudos, ayudados de canteros de otros pueblos, en tiempo de sequía intentaba construir un puente y canalizar el arroyo; pero fuera que el terreno de las orillas estuviese poco firme o que los trabajadores no supiesen tallar las piedras bien o hacer el cemento que las uniera, el caso era que el puente, en la primera riada impetuosa del arroyo, se desmoronaba y se venía abajo.

El señor tenía varios hijos varones y la última era una muchacha muy guapa y florida.

Un día, en las proximidades de la noche, se presentó en la torre una familia de gentiles formada por el padre, la madre y varios hijos, altos, robustos, de pelo largo y rubio. Aquellos gentiles eran tan grandes y tan fuertes que tiraban piedras como hogazas a grandes distancias.

—¿Quiénes sois? —les preguntó el señor de la torre al verlos.

—Somos gentiles —contestó el más viejo de todos, que sin duda era el padre.

—¿Paganos?

—Sí.

—¿Y qué queréis?

—Venimos de paso y queremos trabajar.

—¿Y qué trabajo hacéis?

—Construimos puentes; es nuestro oficio.

—¿Qué queréis por hacer un puente sobre ese río que pasa por delante de mi torre?

El hombre viejo habló con su mujer y con su hijo mayor, y luego preguntó:

—¿Quién es la mujer más hermosa de la aldea?

—Mi hija —contestó el señor.

—¿Cómo se llama?

—Izarra, es decir, 'Estrella'.

—Muy bien. Si nos das tu hija Izarra para que se case con nuestro hijo, te haremos un puente en veinticuatro horas.

El señor quedó indeciso y apurado.

—¿De verdad lo podríais hacer en un día?

—De verdad. Empezaremos a trabajar a la medianoche, y para mañana, antes de esa hora, estará concluido.

—¿Cómo sabréis mañana con exactitud cuándo será la medianoche? —preguntó el señor de la torre.

—Los gallos lo avisarán. Cuando canten los gallos el puente estará ya hecho. Si cantan antes y no hemos terminado la obra no tienes que cumplir tu compromiso.

—Bueno. Está bien, acepto.

El señor pensó que no podrían hacer todo el puente en un día tan solo, y que si dejaban la obra a medias él la aprovecharía y la terminaría.

A media noche se colocaron los gentiles en fila desde una cantera próxima al río y comenzaron a trabajar. Hacía una hermosa luna. Se veía a los obreros gigantescos ir pasándose las piedras de mano en mano y al padre y al hijo mayor que después las tallaban a martillazos. A mediodía estaban puestos los pilares y se comenzaba el arco del puente.

El señor de la torre, que era un ventajista, se asustó, llamó al novio de su hija Izarra y le contó el compromiso que había contraído con los gentiles. El novio pensó que lo mejor era escaparse con su prometida, pero pudo notar al explorar el terreno que todos los caminos estaban vigilados por personas, sin duda de la familia de los misteriosos trabajadores.

Los gentiles iban a terminar el puente. Se acercaban las doce de la noche. El novio, decidido, entró en el gallinero con una luz y la puso delante de los gallos, hasta que éstos se despertaron; luego hizo con los brazos un ruido como de ave que aletea y comenzó a cacarear como las gallinas. De pronto, uno de los gallos lanzó al aire un

cacareo estridente y después le siguieron los demás.

Al momento, los gentiles, cumplidores de su palabra, tiraron los martillos y dejaron la obra sin terminar y desaparecieron. Faltaba una piedra en el puente.

—¿Y la hija del señor de Jaureguizar se casó con su novio?

—No —contestó el leñador que contaba la historia y era un tanto humorista—, porque dicen que Izarra había visto desde la ventana al cantero rubio y gentil, y al verle tan alto, tan fuerte y tan gallardo, quedó prendada de él y no quiso casarse con su antiguo novio, que le parecía raquíptico y sólo con talento para cacarear como las gallinas.

EN el Seminario de Vergara, fundado bajo los auspicios del conde de Peñaflorida, existía, aunque mitigadísimo, el espíritu de la Enciclopedia. Quizá no había muchos que hubiesen hojeado el diccionario célebre en el tiempo, pero los fundadores del Seminario lo conocían y lo comentaban. Este espíritu habría producido las Sociedades de Amigos del País, que se corrieron por toda España. En Madrid, no sólo la influencia fue entre los hombres, sino que llegó a las mujeres; se intentó fundar una sección de Amigas del País, que no llegó a tener mucho éxito, aunque fue patrocinada por el Gobierno y por las damas de la aristocracia. Era evidente que no es una cosa fácil fundar una empresa así en una sociedad como la madrileña de la época.

A los inspiradores del colegio de Vergara, de una ligera tendencia modernista del tiempo, les gustaban las costumbres o por lo menos la indumentaria tradicional. Había constantemente en el Seminario cien alumnos, veintisiete maestros y veintisiete empleados. La mayoría de los profesores eran conocidos y reputados en su especialidad. Había también maestro de canto, de clave, de violín, de esgrima y de baile.

Los alumnos vestían uniforme, llevaban espadín y se les llamaba Caballeros. La gente del pueblo les decía caballeritos.

El edificio, antes de ser escuela de la Sociedad Económica, había sido colegio de jesuitas.

Vergara, por esa época, era pueblo de ambiente severo, parecía que allí se debía vivir de una manera conventual. Una de aquellas tardes de llovizna, el pasear por las calles y por las plazas con sus edificios grandes y oscuros, no producía ideas de jovialidad. Sin embargo, por aquel tiempo, dentro de aquellas casas grises, con sus balcones espaciados y sus aleros salientes, se reunía la gente de tertulia y se conversaba y se discutía.

Los profesores se repartían por el pueblo y la mayoría celebraban sus reuniones en las casas de las familias conocidas. Algunos, los más sociables y amenos, tenían muchos oyentes. Uno de ellos era don Martín de Erro, maestro de Humanidades en el Seminario, que hablaba de Meléndez Valdés, de Moratín, de Jovellanos y de Samaniego, que eran amigos suyos. Contaba de ellos anécdotas e infundía el deseo de leer sus obras.

En el Seminario se hablaba con frecuencia del abate Marchena, que quizá no había residido en Vergara de un modo permanente, pero que había estado allí y

hablado con los profesores. La influencia de Marchena se consideraba nefasta y algunos tenían al abate andaluz como un monstruo de cinismo y de impiedad.

También se hablaba de un Vicente Santibáñez, que era individuo de la Sociedad Económica Vascongada y de ideas radicales. Santibáñez debía de tener correspondencia con Marchena, y años después de conocerle fue a Bayona a reunirse con él y a formar parte de un club de gente partidaria de la Constitución francesa y de la República. Como muchos de éstos eran unos ilusos, ideólogos, como decía después Napoleón, y se creían más prácticos de lo que en realidad eran, cuando se vieron juntos en Francia no se pudieron soportar. Santibáñez terminó de mala manera en la cárcel.

En el Real Seminario de Vergara había profesores españoles y franceses, la mayoría del montón, que no dejaron rastro. Algunos, como los franceses Proust, Chabaneau y Tumbor, fueron muy celebrados. El químico José Luis Proust, el más célebre de ellos, que explicó en el Seminario de Vergara, fue después nombrado profesor de la Escuela de Artillería de Segovia y de Salamanca, muy protegido por Carlos IV; cuando volvió a Francia tuvo una célebre discusión con el célebre químico Berthollet, de la que salió triunfante. Chabaneau fue hombre que parecía destinado a sobresalir por sus condiciones; pero él, como el otro profesor joven llamado Tumbor, al parecer murieron prematuramente.

El director, don Josef de Iturriaga, hablaba con delectación a los alumnos de los socios ilustres de la Sociedad Económica de Amigos del País, entre los que se destacaban sabios tan célebres en el mundo entero como los astrónomos Laplace, Lalande, Bailly, los químicos Proust y Fourcroy, el naturalista Daubenton y otros muchos.

Era aquélla una época para la gente de talento casi mejor que fue luego el siglo XIX, aunque quizá sin tanto brillo.

Comenzaba en Francia y en Inglaterra la consideración y el endiosamiento de los escritores y de los artistas.

Todavía no se había echado a volar la palabra genio, que en años posteriores llegó a deslumbrar a todo el mundo y produjo el culto, no sólo de los grandes hombres y de los héroes a estilo de Carlyle, sino también de los figurones hueros y fachendosos.

HACÍA más de una semana que Pedro Zabaleta vivía en Azcoitia, en casa de Altuna, con Adrián y su madre.

Un día, después de comer, salieron los dos amigos de paseo, y al cruzar por la esquina donde se detenían las sillas de posta, vieron bajar a dos de sus condiscípulos del Seminario de Vergara. Uno era Antonio Zurbano y Gamboa, alavés, de Laguardia; el otro, Fermín García Castejón, de un pueblo de la ribera del Ebro.

Les saludaron, aunque con gran frialdad por parte de Adrián y con más simpatía y efusión por Zabaleta. Este estuvo hablando mucho con ellos y haciéndoles varias preguntas acerca de amigos y de condiscípulos. Cuando se despidieron, Zabaleta le dijo a Adrián:

—Vienen a pasar una temporada. Zurbano tiene parientes aquí. Me han dicho que suponen que no tendrás inconveniente en presentarles a algunas familias del pueblo.

—Pues se equivocan, porque lo tendré.

—¡Hombre, no seas bárbaro!

—A mí no me gusta la mentira. Con Zurbano no me he tratado en Vergara; he visto que allí se daba mucha importancia, no sé por qué. Debe de ser un poco tonto.

—No, Zurbano es un buen chico. Tiene un aire serio y parado, y nada más.

—Puede ser. Respecto a Castejón, tengo indicios para creer que es un envidioso y un atrabiliario. Sé que ha hablado mal de mí y que ha dicho que en Méjico todos son descreídos y francmasones y que yo tengo parentesco con los Altunas de aquí, amigos y lectores de Voltaire y de Rousseau.

—No hagas caso. Son charlatanerías sin importancia.

—No, si a mí no me preocupan, pero aquí se toma todo muy en cuenta, y ése sería capaz de jugarme una mala partida, o de fraguar algún enredo ante la familia de Emparan, que es lo que yo cuido con mayor interés, no hay que decir por qué.

—Lo sabemos todos: por Dolores.

—Naturalmente. Y como tengo algo que temer, por eso no quiero nada con acusones y delatores.

—Bien, pero como ya tienes la partida ganada, no hay que ser intransigente. ¿Qué te van a hacer esos dos condiscípulos?

—Nada bueno. Desconfío de la gente atravesada. Son capaces de todo.

—No veo que haya razón para desconfiar. A Zurbano le he tratado, es un buen chico, algo presumido y de ideas rancias, pero te aseguro que no es mala persona.

Respecto a Castejón, es más violento; pero con estar en guardia ya basta.

—Pues no me fío nada de esa clase de tipos.

—Yo no te digo que los lleves a reuniones de gran intimidad, pero a fiestas a donde acuda bastante gente, a las que se vaya a oír cantar o a tocar el piano, no creo que te deba importar nada llevarlos.

—Aquí no se hacen diferencias de esa clase de reuniones; en cualquiera se puede empezar por cantar o tocar el piano y acabar charlando y murmurando.

—En fin, no me parece legitimada tu desconfianza.

—Bien, si me pasa algo tú tendrás la culpa, y te advierto que a la primera cosa que note que murmuran o que intrigan contra mí se lo diré al que sea cara a cara y veremos lo que ocurre.

—¿Por qué vas a pensar que va a salir una tragedia de una cosa tan sencilla como llevar a unos condiscípulos a las casas de unos señores del pueblo? Me parece demasiada desconfianza y darle al asunto excesiva importancia.

Adrián quedó enfurruñado.

Zurbano era un tipo elegante y fino, moreno, con los ojos claros, muy atento y cortés. García Castejón era pequeño, juanetudo, con la piel cetrina y los ojos brillantes.

García Castejón era un tipo atravesado; en el Seminario detestaba a todos los compañeros, sobre todo a los que se mostraban simpáticos y elegantes. Odiaba también a los profesores y lo que le querían enseñar, y las costumbres del colegio le parecían insoportables.

Los días siguientes, Zabaleta anduvo y paseó con sus condiscípulos. Adrián no tuvo más remedio que reunirse con ellos.

Zurbano le llegó a parecer simpático, pero no Castejón. Hicieron algunas pequeñas excursiones juntos, en coche y a caballo. Estuvieron en un palacio de Zarauz, que se hallaba cerca del mar y tenía una hermosa biblioteca; en una antigua casa gótica de Cestona y en el monte Izarraitz. Fueron también una vez a la casa del tío de Adrián, don Manuel Altuna, y Adrián, confiado, cambiando de opinión, se decidió a presentar a sus condiscípulos en casa de Emparan. Fueron recibidos en ésta y en otras con amabilidad y los invitaron a algunas reuniones.

A las tres gracias, María, Dolores y Soledad Ponce de León, que se convertían en cuatro cuando llegaba de Legazpia Margarita Olano, les fueron presentados los condiscípulos.

Adrián era imprescindible en todas las tertulias; organizaba veladas, o traía fantoches y les hacía doblar en representaciones de guignol. También algunas veces exponía vistas y escenas con la linterna mágica que había traído de América, dando explicaciones pintorescas que producían el regocijo de los espectadores.

Pedro Zabaleta, con don Miguel el organista y María Emparan, preparaban los

conciertos, y a todas horas el estudiante filarmónico tenía que ir y venir de una casa a otra a copiar papeles de música, dar consejos, ensayar a los solistas o a los que formaban parte de un pequeño coro.

Zurbano, el alavés, se mostró como un joven serio, muy atento, muy fino y se ganó en seguida la simpatía de las señoras mayores, que lo encontraban servicial y respetuoso, cosa que, según ellas, ya no era corriente entre los muchachos de la época. Zurbano empezó a cortejar a María Emparan, que al principio se le mostró indiferente y burlona, pero después ya no.

García Castejón, reconcentrado y violento, no parecía tener gran éxito, y al poco tiempo de estar en Azcoitia, más que a los salones se dedicaba a jugar a la pelota en la plaza, al mus en las tabernas y a beber. Se veía que era envidioso, agrio y malhumorado; no tenía simpatía por la gente del país y su estancia en el pueblo le debía parecer odiosa.

Un día de fiesta, don Ignacio de Emparan, como lo hacía con frecuencia, invitó a comer a sus amigos y a Adrián y a Zabaleta. A Zurbano y a García Castejón, con quienes no tenía intimidad, les dijo que fueran a los postres, a tomar café en su compañía.

Después de la comida, la señora de la casa, doña Petra, fue a descansar, la Eushebi a dar algunas órdenes al hortelano, los amigos viejos y respetables del señor Emparan a la sala y los jóvenes al gabinete, que tenía comunicación con el jardín y que era tan de su agrado.

Después de charlar de mil cosas fútiles, se refirieron de pasada a la ciencia del baile, según frase de un personaje de Moliere, y se discutió seriamente si una figura de minué era de una manera o de otra. Margarita Olano, la más decidida de las muchachas, dijo a los señores respetables si no tendrían reparo en ir a hablar al gabinete mientras ellos pasaban al salón.

—No tenemos ningún reparo —respondió el párroco don Luis Arvizu—, y tampoco creo que tengan ustedes inconveniente en que algunos aficionados nos quedemos aquí a ver las figuras del baile.

—Entonces estamos de acuerdo, señor vicario.

Se hizo el cambio. Pedro Zabaleta se puso en el clave y tocó unas veces solo y otras a cuatro manos con el organista don Miguel Aristizábal, de quien se había hecho un gran amigo.

Como el tiempo estaba lluvioso y fresco, se pensó que se estaría mejor allí que en la plaza, donde había tamboril. Al anochecer se encendieron las velas de la araña del techo y las de los candelabros dorados de la chimenea.

Se bailaron varios minués y uno de ellos de Haydn que pareció admirable y del que dijo con entusiasmo don Luis Arvizu que era fresco como una rosa y cristalino como el agua más pura. El minué, que lo tocó el organista Aristizábal y que lo

bailaron las parejas muy bien, produjo en todos gran entusiasmo.

Se suspendió el baile y la música y se tomó un refresco. Las señoritas sirvieron chocolate con bizcochos a los invitados, dulce y agua con azucarillo, y después los jóvenes, entre ellos Adrián, Zabaleta y Gastón de Olano, ofrecieron a las muchachas pasteles de crema y de fresa que habían comprado en la confitería.

La mayoría creyó que todavía debía seguir la fiesta. Se cenó ligeramente. Adrián apareció con la guitarra y Soledad Ponce cantó los boleros y seguidillas de moda y después Dolores Emparan alguna canción popular en vascuence, que entusiasmó a todo el mundo.

El señor Ponce de León tomó la mano de Dolores y la de su hija y las obligó a salir al medio del salón a recibir los aplausos del respetable público.

Se prolongó la velada un poco más de lo acostumbrado y la mayoría de los asistentes salió complacida, excepto algunos envidiosos, que creyeron tener motivo de queja y de protesta.

AQUELLA noche, después de cenar, se reunieron, en un gabinete-tocador que había entre dos alcobas las muchachas de la familia de Emparan y sus amigas y allí se pusieron a charlar.

Margarita Olano, cuando iba a Azcoitia, paraba en casa de Emparan, y Soledad Ponce de León, que vivía lejos y a quien no le gustaba ir de noche, aunque fuera acompañada por algún criado con un farol por las calles sombrías, se quedó también con sus amigas.

La conversación de las cuatro damiselas giró alrededor de la fiesta y de la opinión que les merecían los jóvenes que habían estado en ella, sobre todo de los amigos de Adrián. Las cuatro estaban bastante de acuerdo en sus inclinaciones y simpatías.

De Pedro Zabaleta pensaban que era un poco ligero, mientras no se tratase de cuestiones de música, porque, tratándose de ellas, entonces sí se mostraba intransigente.

—Es bueno como amigo —dijo María Emparan—, pero como pretendiente es de una sosería perfecta.

Alguna de las muchachas le encontraba gracioso, con sus ojos claros de perro fiel, el pelo castaño, la cara atezada por el sol y el aire y la expresión alegre. Sabían que era sobrino de un viejo farmacéutico de Irún y que pensaba seguir la misma profesión. Esto de la botica no entusiasmaba mucho a las muchachas. Se reían pensando en sus aficiones a buscar hongos por los montes y a creerse uno de los mejores conocedores de estas criptógamas del país.

María Emparan alababa su oído. Era cierto que tocaba todos los instrumentos que le venían a mano, lo mismo los de cuerda que los de viento, y había dicho Adrián que en Vergara muchas veces sustituía al organista en el coro de la iglesia y al director de la banda de música en la plaza. También le había contado Adrián que no podía vivir sin novia; pero como tenía cierta debilidad de carácter, era víctima de los caprichos de las elegidas, que unas veces le trataban como a un criado y otras coqueteaban con cualquiera delante de él, sin tomarle en cuenta para nada. En aquel momento, según Adrián, estaba prendado de las cuatro gracias de la casa de Emparan. No podía decir cuál de ellas le gustaba más.

Esto produjo grandes risas y bromas entre las muchachas.

—Al parecer —siguió diciendo María en serio—, yo le gusto por mis aficiones musicales; Soledad, por sus ojos verdes y su aire oriental; Margarita, por su tipo de

damisela francesa, y Dolores, por su gracia y desparpajo.

Indudablemente, Zabaleta era amable, menos cuando se trataba de cuestiones musicales, porque entonces se mostraba severísimo. María contó que a un señor del pueblo que se consideraba como *dilettante* le había dicho:

—Perdone usted, señor mío, tengo que advertirle que esto ha salido muy mal, pero que muy mal. Se ve que no tiene usted ni oído ni buen gusto.

Entonces ella, María, le dijo:

—Mire usted, Zabaleta, no se puede ser tan severo con la gente. ¿No ha notado usted el mal efecto que le ha hecho lo que le acaba usted de decir?

—¿Y él qué contestó? —preguntaron las muchachas.

—Él dijo muy serio: «En cuestiones de música hay que ser severo. Si no, no puede haber concierto ni armonía posible».

Según Margarita Olano, Pedro Zabaleta estaba dominado por su amigo Adrián, que tenía más carácter y era más violento. Ella les había oído reñir y llegar a insultarse, pero se reconciliaban pronto.

—Tú siempre has de tener razón —decía Zabaleta.

—Cuando riño contigo, siempre —contestaba Adrián.

—¡Ah!, claro, tú te crees infalible, pero eres muy bruto.

—Yo seré bruto, pero tú eres cambiante como una mariposa.

—Te contestaré como tú. Yo seré una mariposa, pero tú eres un cabezota terco y testarudo.

Dolores se reía de las condiciones que atribuían a su galanteador.

El que más crédito tenía entre las muchachas era, sin duda, Antonio Zurbano. Todas menos la interesada aseguraban que estaba perdidamente enamorado de María. Ella decía que no, que no quería que se dijese eso, pero en el fondo le halagaba la suposición. Zurbano era esbelto, de aire distinguido. A Margarita le habían dicho que en Vergara tenía amistades con la gente más encopetada y más correcta. Estudiaba idiomas y cuestiones de Derecho y pensaba trasladarse pronto a Madrid, donde tenía un tío y padrino, hombre influyente en la corte.

Sentía preocupaciones aristocráticas y probablemente terminaría entrando en el Cuerpo diplomático. La familia, antes, había gozado de buena posición y venido a menos. Ahora el joven aspiraba a levantar su antiguo esplendor.

Zurbano, en Azcoitia, había abandonado a su compañero García Castejón y se reunía con más frecuencia con Adrián y Zabaleta. Se veía que no tenía ojos más que para María Emparan, en el fondo también ambiciosa y amiga del fausto.

Respecto a García Castejón, las muchachas estaban de acuerdo en considerarle como el más antipático de los cuatro. Se habían dado cuenta de que andaba rondando a Margarita Olano, pero ésta no quería oír hablar de ello ni mirarle, y le trataba con gran desdén. A García Castejón se le veía a veces a punto de decir alguna

impertinencia rencorosa, pero Zabaleta le atajaba siempre, saliéndole al paso y deshaciendo sus artimañas de mal humor.

También se habían dado cuenta las muchachas de que García Castejón era más negado que los demás. Adrián, que no le tenía simpatía, contaba que en Vergara se mostraba violento, maquinador, un tanto acusón. Era también hipócrita, desconfiado y egoísta, se quería aprovechar de la amistad de los camaradas, pero tampoco sabía hacerlo con gracia. Era hijo de unos labradores ricos de un pueblo de la ribera y siempre estaba hablando mal del idioma y de las costumbres del país.

«Zaino, como diría mi padre», dijo Soledad.

En casa de Soledad Ponce de León, y por influencia de su padre, se pasaba de las palabras más castizas a las francesas, y los vocablos corrían después a los amigos y amigas. Así se empleaba con frecuencia para calificar a una persona capaz de desembarazarse de las dificultades la palabra *débrouillard* y la palabra *soleta*.

Después de larga conversación, las muchachas quedaron de acuerdo en su idea acerca de los cuatro estudiantes. Adrián era el tipo audaz, petulante, confiado en sí mismo, un poco aventurero con muchos proyectos. Zabaleta, el chico simpático, servicial, arlotte y de buena pasta. Zurbano, el hombre ambicioso, correcto, tranquilo, que daba impresión de seguridad y de que haría camino en la vida, y García Castejón, el envidioso, el agrio, desconfiado, que quería someter a los demás a las pragmáticas del lugarón donde había nacido.

Y agotado el tema y llenas de sueño, las muchachas se fueron cada una a su cama a soñar con recuerdos agradables.

Los cuatro estudiantes que habían sido motivo de conversación de las señoritas de la casa de Emparan pensaron, a su vez, en las muchachas al volver cada uno a su hospedaje.

Adrián, que las conocía de antiguo y tenía mucha confianza con ellas, y sobre todo con Dolores, pensaban que sus asuntos amorosos marchaban bien. Las damiselas estaban de su parte. Durante todo el día de fiesta, Adrián había hablado pensando en Dolores y en sus amigas. No pretendía acaparar la atención general, porque esto produciría la envidia y la cólera de los rivales; sin embargo, a veces, se extralimitaba, pero la simpatía que tenía entre las chicas hacía que no quedara mal.

Pedro Zabaleta disfrutaba de una acogida siempre cordial. Desde el principio había hecho buena impresión con su candidez e infantilidad. Aquella tarde de fiesta en casa de los Emparan se metió a hablar de música con el párroco don Luis Arvizu, a quien consideraba muy inteligente en todo; con el organista Aristizábal, que también lo era, y con Margarita Olano. Para Arvizu no había más música que la clásica, la sabia: Bach, Haendel, Glück; lo demás no era nada. Don Miguel, el organista, aseguraba que en lo popular había cosas muy buenas; a Margarita Olano le gustaba sobre todo el canto. Zabaleta creía que gran parte de la música sabia estaba

hecha a base de cantos populares; en cambio, el párroco Arvizu suponía que los cantos populares no eran más que música sabia caída en el arroyo y desnaturalizada allí. ¿Quién tenía razón? Difícil era saberlo.

Estas conversaciones recordaba Zabaleta al retirarse con Adrián a casa del señor de Altuna.

Zurbano volvía aquella noche satisfecho. Le parecía que había quedado bien, cortés, amable, discreto. Había dicho alguno cumplidos embozados a María Emparan y ella los aceptó con gracia. Él creía que había producido muy buen efecto. La muchacha era preciosa y la familia de las más distinguidas del país. Ella sería para él una buena compañera y una buena colaboradora.

García Castejón no salió nada contento de la reunión de la casa de Emparan. En la calle dijo a Zurbano que las tales damiselas eran unas marisabidillas ridículas y que las mujeres no debían hablar más que de las labores de la casa y de la cocina.

Al oírle Zurbano le dio de lado y cambió de conversación, poniéndose a divagar sobre sus proyectos lejanos.

LIBRO CUARTO BORRASCAS

EN los días sucesivos, Adrián y sus compañeros fueron varias veces a casa de Empanan. Casi todas las tardes, al anochecer, se reunían allí.

La simpatía entre María y Zurbano se hizo ya manifiesta y todo el mundo la notó. García Castejón se ponía a mirar a Margarita Olano con una insistencia descarada y grosera.

Castejón dijo con cierto entusiasmo que Margarita Olano era una moza muy alta y muy fuerte y que en todas partes llamaría la atención.

—Ya ves, parece que le gustas mucho y te requiebra —le dijeron a Margarita sus amigas.

—Sí, con requiebros de gañán —replicó ella con desdén.

—Cada cual dice las galanterías a su modo.

—Estas son galanterías como la de aquel tratante del pueblo que fue al caserío de un campesino rico y le encontró a la puerta con su hija, que era muy guapa y muy lucida, y entonces, volviéndose a él, le dijo: Si los cerdos suyos se parecen a su hija, deben ser muy hermosos y deben de valer mucho.

Un día se improvisó en casa de Empanan un baile de máscaras que tuvo un gran éxito. Las muchachas sacaron de las arcas trajes antiguos de sus madres, y los jóvenes, chupas, casacas y pantalones antiguos.

Este día, Margarita Olano estaba hablando con Adrián, cuando se acercó a ella García Castejón con aire agresivo y preguntó:

—¿Se puede saber de qué hablan ustedes?

—Eso a usted no le importa nada —contestó ella de una manera seca.

Y después, volviéndole la espalda, siguió hablando con Adrián y riéndose.

Aquella noche, García Castejón marchó a su posada preso de una cólera sombría, meditando alguna venganza contra sus compañeros más brillantes y más amables que él, sobre todo contra Adrián de Erláiz. A Zurbano también le odiaba y había conseguido que éste le huyera.

Adrián y Zurbano, durante la fiesta en casa de Empanan, notaron con claridad que Castejón tenía gana de decir algo que fuera desagradable, y los dos, sin ponerse de acuerdo, hicieron lo posible para evitarlo. Lo consiguieron con marcada habilidad y lo celebraron después entre los dos.

Zabaleta no se dio cuenta de estas pequeñas maniobras, embebido en las cuestiones musicales. Castejón lo notó y se dispuso a decir algo mortificante e

impertinente a la primera ocasión que se presentara.

Hubiera tenido una gran satisfacción en mostrarse agresivo, y si hubiera podido ser agresivo y gracioso, mejor; pero sólo con ofender se tenía por contento.

En aquellos días con el único que se veía Castejón era con Pedro Emparan, el hermano de María y de Dolores, que tendía a ser un fanático y un pedante, quizá a causa de su poca inteligencia.

Tanto García Castejón como Pedro tenían mucha antipatía por Adrián, que les parecía un hombre osado y sin preocupaciones. También les unía el que Margarita Olano les hubiera despreciado a los dos.

La noche de este día, Castejón, al ir a la cama, no podía dormir. El desprecio de Margarita hizo que la rabia que tenía reconcentrada tomara distintas formas, y en la soledad de su cuarto forjó varios proyectos contra sus compañeros para satisfacer su sed de venganza.

Después de muchas vacilaciones se levantó, se sentó a la mesa, cogió la pluma y el tintero y en una hoja de papel escribió varias líneas. Después tomó un sobre y puso en él: «Señor don Pedro de Emparan y Altuna».

Hecho esto se tendió en la cama. Durmió unas horas, y al amanecer se levantó, cogió su maletín, lo llenó con su ropa y preguntó a la patrona si salía algún coche o carro camino de Tolosa.

La patrona, después de preguntar en la calle, le dijo que salía un carricoche con un recadero que iba hacia allá. Castejón mandó preguntar si podría ir con él; le contestaron que sí. El estudiante quedó un tanto ofendido al notar que la patrona no tenía el menor sentimiento de que él se marchase.

Castejón desayunó, pagó a la patrona y le encargó que llevara la carta a casa de Emparan.

Quizá tenía vergüenza de lo que había hecho; pero la misma impresión de su vileza le hacía sonreír como si su acción tuviera cierto mérito.

Estas gentes con alma susceptible de jorobado se legitiman por razonamientos y tienen a veces la satisfacción de sentirse miserables y viles. La maldad, aunque no vaya acompañada de la inteligencia, tiene siempre algo sutil, y el tonto malo se crea una semiinteligencia que no puede crearse el tonto bueno, que por eso parece más íntegramente tonto, aunque no lo sea.

AQUEL día, que era domingo, al volver de misa, Pedro Emparan se encontró con la carta de Castejón. La leyó y fue hacia la iglesia y a la salida encontró a su padre en compañía de don Luis Arvizu, de don Miguel el organista y el médico.

Don Ignacio Emparan notó por la actitud de su hijo que sucedía algo y se acercó a él despidiéndose de sus amigos.

«Acaban de darme esta carta —dijo Pedro a su padre—; léala usted.»

Don Ignacio la leyó y quedó sin saber qué pensar. En la carta decía Castejón que Adrián de Erláiz había sido amante de una mujer casada en Vergara. Daba el nombre de ella y detalles de quién era. De Zurbano decía que era un muerto de hambre y que pretendía casarse con María por su dinero.

Don Ignacio, que era hombre de inclinaciones nobles, sentía un gran desprecio por la delación y dijo que el que era capaz de hacerla era bajo y miserable. Pedro, intransigente y de moral rígida, estaba al parecer indignado.

Quizá en el fondo se sentía satisfecho al legitimar su antipatía por Adrián. Don Ignacio pensó que debían hablar sin que nadie se enterase y se encerraron los dos en un cuarto del piso bajo que era el despacho en donde se hacían las cuentas de los renteros.

Pedro dijo a su padre de una manera más o menos clara que él tenía la culpa de todo aquello por dar tanta fiesta y tanta reunión en casa y recibir a personas que no eran de fiar.

Don Ignacio contestó con altivez que no era su hijo quien podía darle lecciones a él de buenas costumbres y que nada de lo que había pasado en su casa tenía carácter de escandaloso o de inmoral.

Pedro se amansó y dijo que él creía que había que llamar a María y a Dolores y decirles lo que se sabía de Zurbano y de Adrián.

Se las llamó, las dos muchachas entraron en el despacho un poco extrañadas, sin figurarse de lo que se trataba, y encontraron a su padre y a su hermano muy serios y graves.

Les leyeron la carta de Castejón. A María no le hicieron el menor efecto; Dolores sí quedó impresionada.

María dijo: «Yo sé muy bien con lo que cuenta Zurbano. Efectivamente, por el momento es pobre y no lo niega, pero tiene que heredar muchísimo y tiene un porvenir brillante. Así que sé lo que he de hacer y no me importan nada las denuncias

de ese estúpido envidioso».

Lo de Dolores era otra cosa. A ella le hizo la noticia muy mal efecto y se quedó callada y melancólica. Su hermano Pedro se aprovechó de la tristeza de su hermana para imponerse y exigir que rompiera las relaciones con Adrián.

María salió a la defensa de su hermana; dijo que había que comprobar primero la delación y después que no convenía la ruptura completa, porque haría hablar a la gente del pueblo y le daría la impresión de que se trataba de algo más importante de lo que en realidad era.

Dolores, muy seria y muy triste, prometió todo lo que le dijeron.

—No es para tanto —le dijo su hermana después a solas—. No vayas a creer que todos los hombres antes de casarse son unos angelitos.

—Ya lo sé, pero esto me ha hecho muy mala impresión.

Aquella tarde, Adrián, Zabaleta y Zurbano fueron, como siempre, a casa de Emparan. Dolores no apareció, porque dijeron que se encontraba algo enferma. Se comentó la marcha precipitada de García Castejón del pueblo y aquella noche Adrián no pudo dormir pensando en que acaso habría tramado una intriga contra él.

Los demás días ocurrió algo parecido. Dolores siempre tenía un trabajo importante o había salido o estaba en Legazpia con Margarita Olano.

Adrián notó la maniobra. Al principio creyó que se trataba de alguna cosa sin importancia, pero luego fue comprendiendo que no, que había una acusación seria contra él, y que García Castejón debía de haber andado con algún cuento.

Como no sabía de qué se le acusaba, fue a ver a Soledad Ponce. Esta indicó que le acusaban, pero que no sabía de qué. Ella suponía que Margarita Olano debía estar en el secreto.

Adrián tomó un cochecito y una mañana se fue a Legazpia a ver a Margarita. Ella le contó que al parecer García Castejón había escrito a Pedro Emparan una carta contando que Adrián había tenido en Vergara amores con una mujer casada. Dolores estaba con este motivo muy triste y pensativa y su hermano Pedro se mostraba intransigente.

En opinión de Margarita, Zurbano Bengoa, que en aquellos días había formalizado sus relaciones con María, era el que debía estar mejor enterado de todo y el que podía darle un buen consejo.

Adrián volvió inmediatamente a Azcoitia. Llevaba una cólera furiosa contra Castejón. Si le hubiera encontrado se hubiera echado sobre él como un lobo; le insultaba, le llamaba canalla, cobarde y miserable. Este tropiezo, cuando creía que todo lo tenía previsto, le ponía iracundo y frenético. La cólera le hizo fraguar varios proyectos de venganza.

Un día, ya al anochecer, reunido con Zabaleta y fingiendo una tranquilidad que no tenía, fue a visitar a Zurbano en su casa. Este le recibió muy amable y se puso en todo

a la disposición de Adrián. Explicó cómo García Castejón había escrito una carta al hermano de María y de Dolores en contra de Adrián y de él.

Respecto a Adrián, contó que había tenido relaciones en Vergara con una mujer caprichosa y un poco aventurera, casada con un diplomático y que había vivido en América, en Inglaterra y en España. Respecto a él, Castejón había dicho que estaba arruinado; pero como él explicó a María de antemano la situación económica en que se encontraba su familia, la denuncia no hizo ningún efecto.

—¿Y a ti no te preguntaron datos sobre esa señora? —preguntó Adrián a Zurbano.

—Sí.

—¿Y qué dijiste?

—Dije la verdad. No había manera de ocultarlo.

—¿Y qué fue?

—Pues lo que te he dicho antes; que se habló entre nosotros de una señora un poco caprichosa que apareció en Vergara y que en su casa había una tertulia elegante donde se reunían algunos profesores y alumnos; que se dijo que esta señora tenía una gran fortuna y que estaba separada del marido y hacía lo que le daba la gana. Que en Vergara, como pueblo pequeño, se murmuró de esto y se dijo que si este o el otro era el favorecido por la dama hasta que ella se cansó de vivir allí y se decidió a marcharse a París.

Adrián quedó cabizbajo. Él tenía en gran parte la culpa, porque se las había echado de favorecido haciendo de personaje de novela, y contó una vez que uno de los rivales había puesto un cepo en el jardín de la casa de la dama y él había estado a punto de romperse una pierna.

También sacó a relucir él mismo un epigrama epitafio que alguien había escrito refiriéndose a una dama francesa, y que él atribuyó a aquella señora:

*Ci-git dans une paix profonde
Cette dame de volupté
Qui, pour plus de sûreté
Fit son paradis dans ce monde*

Al parecer, Dolores le preguntó a Zurbano qué clase de tipo era aquella dama. Él la dijo que no era quizá una gran belleza, pero que tenía mucha gracia y atractivo. Todos los hombres andaban a su alrededor dominados por ella de una manera despótica.

—Solamente las francesas tienen ese encanto —dijo Dolores.

—¿Eso ha dicho?

—Sí.

—Si esto te hubiera sucedido con otras personas —indicó Zurbano—, no tendría

ninguna importancia, pero estos señores son de una moral muy rígida y vas a andar con dificultades.

—Sí —contestó Adrián—, es un mal golpe. Siento ganas de buscar a Castejón para patearle; pero, ¿quién sabe adónde se habrá ido ese miserable?

—Con eso no adelantarías nada.

—¿Que no? Voy a ir al pueblo de ese canalla y le voy a arrastrar.

—Tonterías —dijo Zabaleta—. ¿Qué resuelves con eso?

—Vengarme. Le voy a desafiar.

—No digas sandeces. Si le desafías, acepta y luego le hieres o le matas, empeoras tu situación. Entonces, con la moral de esta familia, pierdes para siempre a Dolores, a quien de ninguna manera consentirán que se case contigo.

—No creo que vale la pena de tratar a García Castejón como a un caballero. Un delator, un denunciador, no lo es —dijo Zurbano.

Adrián soñaba con el placer de encontrarle y de machacarle a golpes. Se le había escapado. ¿Qué iba a hacer? Horas después pensó que era mejor que se hubiese marchado, porque una venganza violenta quizá le hubiera alejado definitivamente de Dolores.

DESPUÉS de largas consideraciones y reflexiones, quedaron los tres amigos en que lo mejor sería ver a don Luis Arvizu, persona inteligente y de ideas abiertas, y pedirle consejo acerca de lo que debía hacer Adrián.

Lo encontraron en su casa en un cuarto lleno de libros con una ventana pequeña desde la que se veía la pared de piedra de la iglesia y a donde llegaba el rumor del órgano. Allí, más que en ninguna parte, parecía un ratón sabio y audaz.

El párroco habló de una poesía fúnebre que había escrito la poetisa de Azpeitia, Sirena del Urola, y se burló de ella.

—Esto no es nuevo en nuestro país —añadió después.

—¿Ha habido poetisas aquí? —preguntó Zurbano.

El vicario sonrió y contó con sorna una gesta poética del siglo xv. Con ocasión de la muerte de una señora joven de la casa de Lastur en Mondragón, su viudo, Pedro García de Oro, pensó en casarse en segundas nupcias con doña Marina de Arrazola. Entonces doña Emilia de Lastur, hermana de la muerta, hizo una poesía en vascuence diciendo que el tal García de Oro se portaba como si fuera de cobre, y que mientras el padre de ella había sacrificado una gran cantidad de ganado vacuno en holocausto de la difunta y la madre preparaba una sepultura magnífica, García de Oro, el viudo, pensaba cínicamente en volverse a casar, lo que hacía suponer a la poetisa, en su fantasía volcánica, que algún meteoro había caído del cielo sobre las almenas de la torre de Lastur, convirtiendo el oro del García en un latón de mala calidad.

A estos conceptos atrevidos y un tanto sarcásticos, Sancha Ortiz, hermana de Pedro García, contestó también en verso diciendo que no habían caído tales meteoros sobre la torre de Lastur, y que si su hermano volvía a casarse era por orden del cielo.

Después de señalar esta intención divina en los fines matrimoniales de su hermano, tenía que añadir, con relación a ella misma, y a pesar de que nadie la aludía, que ella se había casado con un hombre chiquito y de buen aspecto, y que tenía la costumbre de vivir en una casa grande, con un zaguán amplio y de manejar un gran llavero, lo que sin duda demostraba su riqueza y su rango.

El vicario Arvizu hizo algunos comentarios cómicos sobre esta pelea literaria medieval que hicieron reír a los jóvenes.

«Ahora cuenten ustedes lo que les trae.»

El párroco escuchó a los estudiantes con curiosidad, tomó rapé con frecuencia e hizo a Adrián toda clase de preguntas. El tipo de García Castejón le había disgustado

desde el principio al vicario. Este había leído un resumen de los ensayos de Lavater sobre la fisiognomía, y sin duda sus observaciones le habían hecho tener mala opinión del estudiante.

Después de la consulta quedaron en que don Luis de Arvizu hablaría a don Ignacio de Emparan y a Dolorcitas y vería lo que se podía hacer.

Quedaron citados para verse el lunes próximo, porque el domingo sería el mejor día para hablar despacio con el señor Emparan.

Efectivamente, el lunes por la tarde, el vicario recibió a los muchachos y les contó que había hablado detenidamente con don Ignacio y con su hija.

Al parecer, el padre se manifestaba más comprensivo que el hijo. Este y doña Petra aseguraban que de ninguna manera debían consentir que Dolores se casara con un joven impío y disoluto.

Las gestiones del párroco habían fracasado; pero, no obstante, don Ignacio, que tenía gran cariño por Dolores y simpatía por Adrián, aconsejaba a éste que se fuera provisionalmente de Azcoitia y dejara pasar el tiempo.

A Dolores le había visto Arvizu un momento y habían cambiado unas palabras; sin duda, rehuía el tratar este asunto, pero se veía que la chica estaba impresionada y un poco triste.

Adrián salió más bien desalentado de la entrevista con el párroco, a pesar de que sus amigos afirmaban que debía estar contento.

Adrián, por conducto de Margarita Olano, mandó un recado a Dolores diciéndole que deseaba verla y hablarla antes de irse de Azcoitia.

Dolores, sin duda, después de vacilar mucho, accedió.

La doncella de la casa favoreció la entrevista, y por la mañana, antes de que fuera de día Adrián entraba en la huerta de la casa de Emparan.

Al llegar allí tomó una escalera de mano de un rincón, la aplicó a la pared y subió hasta la altura de la ventana del gabinete. En ella estaba Dolores. Tuvieron una larga explicación.

Al principio ella se mostró triste y resignada, y dijo que después de aquel desengaño no creía en nada. Ya no tenía confianza en él, y si acudía a la cita era porque lo consideraba como una obligación y por la amistad que habían tenido desde chicos.

Adrián se defendió con sofismas y con verdades, recurriendo unas veces a la lógica y otras al sentimentalismo. Afirmó que si había tenido alguna amistad con la señora de Vergara, no era del carácter que le atribuía la gente, y que, además, por esta época no le tenía a Dolores como su novia y su futura mujer.

—Sí, todo eso será cierto —decía ella—, pero la desilusión que he tenido tardaré mucho en olvidarla.

Adrián logró convencerla de que la seguía queriendo igual o más que antes y ella

se dejó convencer. Lo mejor, por el momento, era que se marchara por algún tiempo del pueblo.

—Pero, ¿qué voy a hacer sin saber de ti...? Deja que te escriba y tú me contestas...

—¿Cómo?

—Yo te escribiré, por lo menos todas las semanas. Escribiré a Margarita Olano para que ella te dé las cartas.

—No, a Margarita, no.

—¿A Soledad entonces?

—Tampoco.

Dolores tenía un poco de celos de Margarita Olano y de Soledad Ponce de León.

—Pues, ¿a quién?

—Escribe al caserío del padre de mi doncella, de la Martina, y ella me traerá las cartas.

Bueno, yo te diré mis señas.

Ahora vete, porque está amaneciendo y te van a ver.

—Dame la mano.

—No.

—Entonces no me voy.

Dolores le dio la mano. Él la besó varias veces y sintiéndose un poco histrión le llamó ángel mío y le dijo alguna que otra frase del repertorio de los enamorados. Luego bajó la escalera, dejó esta en el rincón y salió de la huerta de la casa de Empanan.

No sabía claramente lo que ella pensaba; pero Adrián tenía por instinto la idea de que la infidelidad no le había alejado de él. Quizá había sido al revés. Por otra parte, la fraseología de Adrián de ángel mío, etc., había hecho su efecto.

Al día siguiente, Adrián se marchaba de Azcoitia con su amigo Zabaleta. La vuelta no fue tan alegre como la llegada. Los dos marchaban en el cochecillo casi sin hablarse, y Adrián de vez en cuando suspiraba y miraba para atrás. Comieron en San Sebastián y por la noche estaban en Irún.

ADRIÁN no quiso decir nada por carta a su madre de lo sucedido en Azcoitia para no inquietarla. Doña Cristina fue a Itzar unos días con su hermano. Después marcharía probablemente a Pau a recoger los muebles y ropas que allí tenía. Se decía que en Francia iban a ocurrir grandes trastornos y que no sería prudente quedarse allí. También se aseguraba que el Seminario de Vergara iba a cerrarse.

Acaso su marido, el padre de Adrián, en vista de estas noticias, que en América se conocerían tan bien como en España, pensaría que madre e hijo debían volver a Méjico a instalarse definitivamente allí.

Como Zabaleta se empeñaba en que pasara con él una temporada, Adrián se dispuso a quedarse en Irún, pero se encontraron con que en el pueblo no permitían que se establecieran forasteros, porque había bastante tropa que esperaba el momento de entrar en Francia y estaban todas las casas llenas de alojados.

Como días después Adrián recibió noticias de su madre que le decía que marchaba a Pau, él no quiso volver a Itzar, y Zabaleta le propuso que fuera a casa de un pariente suyo que vivía en Oyarzun.

Adrián se dispuso a ir. Se hacía la ilusión de que en poco tiempo se resolverían todas las dificultades que le preocupaban y que podría marcharse a Méjico con su madre y casado con Dolores.

Zabaleta le presentó en Oyarzun en casa de un señor que se llamaba don Luis de Oyarzábal, que era de la Sociedad de Amigos del País y que le recibió muy amablemente y le hizo muchas preguntas sobre Méjico. También le presentó en la tertulia de la farmacia del pueblo.

El farmacéutico, don Rafael, era un señor de mediana estatura, de pelo blanco, con los ojos grises brillantes y anteojos. Además de impresor era hombre de proyectos.

De origen alavés, había aprendido muy bien el vascuence al instalarse en Oyarzun. Hacía poco que había estado en Bayona a comprar tipos de imprenta y útiles de encuadernar. Por el día solía encontrarse en su farmacia preparando alguna medicina o en el taller, próximo a la casa, haciendo composiciones tipográficas. Por la noche tenía tertulia. De sus dos hijos varones, Ignacio Ramón y Pío, el primero tenía mucha afición a la imprenta y el segundo a recoger canciones populares. La hija de don Rafael estaba para casarse con un joven del pueblo.

La botica de don Rafael se llamaba la botica vieja. ¿Desde cuándo era la vieja?

No se sabía.

En la tertulia se hablaba a todas horas de los avances de la Revolución en Francia. ¿Qué iba a salir de allí? Nadie lo sabía. Se hacían mil cábalas sobre el futuro y se discutía y se divagaba.

El caso era que tanto en España como en Francia se iban acumulando tropas, que había combates de avanzadas y que el mejor día comenzarían seriamente las hostilidades.

Empezaban a contarse horrores de los revolucionarios y se decía que en Gascuña y en el país vascofrancés se perseguía duramente a los aristócratas y a los curas.

Se aseguró que los convencionales Pinet, Cavaignac y Monestier suscribieron una alocución violentísima contra los vascos de Labourt, considerándolos como antipatriotas, espías y traidores, y asegurando que sólo por procedimientos terroristas se podría someter a los enemigos del Gobierno.

Se dijo que el Bilzar o cámara popular labortana, que se reunía en Ustáritz, y que era algo como un parlamento aldeano de la comarca vascofrancesa, se había mostrado contrario a la abolición de los privilegios de los habitantes del país, dictada por la Convención, y que había enviado un emisario al general Caro, jefe de las fuerzas españolas, para ponerse de acuerdo con él.

En España, la guerra no era popular. Solamente Godoy la defendía.

Al parecer, el conde de Aranda, en un Consejo de ministros y de generales celebrado en Madrid, afirmó que la guerra contra Francia era injusta, impolítica y ruinosa y superior a las fuerzas del país y que ponía en peligro la Monarquía. Aseguró que los caballos de los franceses beberían en las fuentes del Prado.

Godoy, que tenía esperanzas de medro personal puestas en la guerra contra Francia, desterró al conde de Aranda a Granada.

Un poco antes de aquella poca, el Gobierno español hizo un esfuerzo para salvar a Luis XVI, y ofreció el reconocimiento de la República en Francia y la mediación cerca de otras potencias para traer la paz, si se respetaba la vida del rey destronado. La Convención Nacional respondió con una declaración de guerra.

La gente del país vascofrancés iba teniendo gran terror al ejército revolucionario, y como en los pueblos los convencionales habían prohibido decir misa, muchos aldeanos de la frontera entraban los domingos en España para ir a la iglesia.

Se contaba que una muchacha de Sara, llamada Magdalena, había pasado un domingo por la mañana al pueblo de Echalar con el fin de oír misa y de confesarse. Después tomó el camino de su aldea pensando llegar sin dificultad al caserío por senderos y caminos poco frecuentados. Desgraciadamente para ella, las tropas revolucionarias habían hecho un movimiento de avance por tierras españolas y la muchacha cayó dentro de una compañía del ejército francés.

La llevaron ante el oficial que mandaba la columna, que la interrogó.

La muchacha dijo la verdad. Había ido a misa a Echalar. El oficial le indicó que cuando la llevaran ante el tribunal revolucionario declarara que, asustada por el movimiento de tropas, había salido de casa y entrado sin saberlo en España; pero Magdalena protestó y dijo al oficial que no quería mentir.

Llevada presa a San Juan de Luz, que en esta época, entre los revolucionarios, se llamaba Chauvin-Dragon, fue juzgada y condenada a muerte. Le prometieron la vida si abjuraba, aunque fuera aparentemente, de sus creencias religiosas, pero ella se negó y fue a la guillotina cantando una salve.

Se detuvo a todos los habitantes de Sara, Itchasu y Ascain y a los sospechosos de otros pueblos cercanos sólo por considerarlos en relación con los españoles. Con tal motivo, los Ayuntamientos de estos pueblos fueron declarados infames por decreto del 4 Ventoso del año II de la República.

Sara quedó durante cerca de veinte años desierto; la población fue trasladada a las Landas y sólo volvió la aldea a tener habitantes al finalizar la guerra de la Independencia española, en 1814, cuando Wellington pasó a Francia después de hacer retroceder a Soult. En Sara quedó la tradición de que había sido el general Mina el que había entrado en el pueblo al son de las campanas; pero, al parecer, no fue él, sino el brigadier don Juan O'Downie, el que entró al mando de los españoles, el extravagante escocés de quien un poeta andaluz dijo:

*Del que es honor de la escocesa gente
Y émulo digno de Fingal valiente*

EN Oyarzun, Adrián empezaba a languidecer. Se aburría. No tenía cartas de Dolores. La impaciencia le trastornaba y le entraba la manía del movimiento. Se ponía a escalar los montes próximos y a moverse de acá para allá con una furia juvenil.

En la tertulia de la botica vieja, un día que había venido Zabaleta, se habló de que se buscaban jóvenes fuertes de alguna cultura y de valor para pasar pronto a oficiales en el ejército español, que había mandado primero el general Urrutia y después el marqués de la Romana, don Ventura Caro.

Pedro Zabaleta y Adrián hablaron de esto. Zabaleta no sentía ninguna vocación guerrera. Adrián, que hacía mucho tiempo no tenía carta de Dolores, aseguró que quizá mejor que la inquietud y el aburrimiento era el peligro.

«Yo pienso salir poco de Irún —dijo Zabaleta— y sobre todo no acercarme a la frontera.»

Don Rafael, el farmacéutico, dijo una vez, en la conversación, que Adrián, por su apellido, debía proceder de una barriada de caseríos que se llamaba Erláiz o Erláitz, en un monte que estaba en término de Irún en dirección de Endarlaza, y que tenía minas de hierro y de cinc. En ese punto se había intentado hacer un camino militar.

—¿Y es fácil de llegar a ese sitio? —preguntó Adrián.

—Sí, se puede ir en una hora o cosa así; pero en estas circunstancias lo mejor es no aparecer por allá.

Adrián no hizo caso de la observación, y al día siguiente se dispuso a marchar a Erláiz. Subió por el camino de la ermita de San Marcial y después por un sendero a la parte más alta del monte. A unos campesinos les preguntó:

—¿Esto es Erláiz?

—Sí.

—¿Este grupo de casas?

—Sí.

El campesino, como curiosidad del lugar, le mostró una piedra que tenía este letrero: «Desde aquí la deserción tiene pena de la vida».

—¿Y esto qué quiere decir? —preguntó Adrián—. ¿Qué ejército podía haber aquí para que la deserción tuviera en este punto más gravedad que en otro?

El hombre se encogió de hombros, porque no lo sabía.

En aquel momento se acercaron a Adrián varios soldados armados con un oficial.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó éste.

—¿Es que no se puede estar en este sitio?

—No, señor. Esta es zona de guerra y queda usted detenido. Hala, venga con nosotros.

Le llevaron a una de aquellas casas y le hicieron esperar hasta que vino otro oficial, que le interrogó.

Adrián no llevaba salvoconducto. El oficial le dijo que tenía que conducirlo a Irún y presentarle al comandante del pueblo y darle explicaciones. Adrián lo tomó con indiferencia y el oficial pensó que era hombre templado.

La verdad es que no se sabe si el tener aplomo y una buena idea de sí mismo es cosa buena siempre o no. Sirve, indudablemente, en muchos casos para prosperar y en otros para dar batacazos. El ideal sería tener el ímpetu con alternativas de introspección y de crítica. Lo malo es que en la mayoría de los hombres el ímpetu crece a costa de la introspección y de la crítica y la crítica a costa del espíritu.

Adrián, con el oficial y los soldados, fue a Irún, donde le llevaron a presencia del comandante. Este pudo ver que el detenido no podía ser espía ni mucho menos, y cuando vio que era fuerte, decidido y que sabía francés y vasco, le dijo:

—Usted no tiene los papeles en regla y el viaje de usted por la zona militar puede parecer sospechoso. Yo no tengo más remedio que tenerle detenido hasta que se aclare el asunto, pero puede haber otra solución, y es que usted entre de voluntario en un batallón de vanguardia que se está formando. Entonces se queda usted libre y en poco tiempo le hacemos oficial.

Adrián reflexionó un momento y aceptó.

Salió de allí y a poco fue a ver a Zabaleta y a contarle lo que había hecho.

«¡Pero tú estás loco! —le dijo su amigo—. ¿Qué vas a decir a tu madre y a Dolores?»

Adrián no veía entonces más que su postura, que creía que en todos los conocidos produciría asombro y admiración.

Los franceses habían comenzado aquella guerra con frialdad, hasta que fueron sustituyendo los jefes viejos e indiferentes por otros jóvenes entusiastas y ambiciosos, que veían en la política una carrera y su porvenir. Los franceses jóvenes tenían entonces, la mayoría, el fanatismo de la Revolución y eran capaces de todo. El ejército español era un ejército de profesionales; los oficiales se divertían haciendo una guerra que a la mayoría no les interesaba; la campaña se llevaba con poco entusiasmo; no había en España revolucionarios y, naturalmente, tampoco había antirrevolucionarios.

La moral de las tropas francesas no era muy fuerte. Los españoles, mandados entonces por don Ventura Caro, eran unos treinta mil, extendidos en una zona de la frontera bastante extensa, desde Fuenterrabía hasta el monte de Altobiscar.

Donde había más tropas españolas era en la línea del Bidasoa, en el puerto de Ibaridin, en el monte Erenzu de Vera y en Echalar hasta Peñaplata.

Adrián, en las primeras acciones en las que intervino, demostró serenidad y valor. A pesar de luchar contra la Revolución, en su compañía había bastantes guipuzcoanos que se caracterizaban por su simpatía por las ideas francesas nuevas. El segundo de la compañía de Adrián era un guipuzcoano que le llamaban por el nombre de la casa Celay. Celay era un calavera y un aventurero, impetuoso y con ideas contradictorias. Estaban en la guerra como en su centro, no tenía proyectos de ninguna clase y sólo planes del momento.

Adrián, acostumbrado ya a andar por los montes, se encontraba bien. Estaba fuerte y atezado por el sol y el aire. Durante la primera parte de la campaña escribió varias veces a Dolores, enviando las cartas como habían quedado de acuerdo al caserío de la criada que servía en la casa de Emparan. Trataba de convencer a Dolores que la guerra era como un ejercicio gimnástico.

La campaña tenía sus alzas y sus bajas y los dos ejércitos, tanto el español como el francés, se batían con valor y con inteligencia, respetando las normas de los países civilizados. No se fusilaba a ningún prisionero. La severidad de los franceses se ejercía contra los realistas de su país, a los cuales no perdonaban y si los cogían prisioneros los internaban y los guillotinaban.

Con los militares españoles se mostraban en general benévolos.

Adrián tuvo sus éxitos. Uno de ellos fue en la meseta que se llama La Croix des Bouquets. Por el encuentro fue citado con elogio en el parte de guerra.

Lo que notó Adrián pronto es que la vida de campaña tenía muchos días y semanas de aburrimiento. Había naturalmente horas de alegría, de angustia y de expectación, pero los momentos aburridos eran los más frecuentes.

Adrián había llevado en el bolsillo un libro en inglés que le había dejado un profesor de Vergara. Eran los *Viajes de Gulliver*. Como le costaba algo leerlo, no le sacaba mucha sustancia.

Adrián y Celay hablaron y discutieron con frecuencia. Celay era un doctrinario, un fanático de la Revolución. Para Celay había que estar en una lucha constante contra las formas del antiguo régimen, no había que dejar vivir a la Monarquía ni a la aristocracia.

—Pero, ¿hasta cuándo va a seguir la lucha?

—Siempre.

—No, eso no —contestaba Adrián—. Yo supongo que hay errores, injusticias, estupideces en este régimen antiguo que los franceses quieren ahora combatir. Está bien, pero no va a ser eso constante.

—Yo creo que sí, constante —decía Celay.

—Pues, mira, yo eso no lo comprendo. Es como si me dijeran: Desde hoy, en esta

casa, no habrá bienestar ni alegría ninguna. Nada. Se comerá mal, de noche se hará ruido, se molestará a todo el mundo..., bueno, y ¿para qué?

—Tú no tienes idea de lo que es la Revolución.

—No sé si tengo idea o no, pero eso me parece una estupidez y un absurdo. También es un absurdo que tú estés aquí, porque en tal caso, debías estar allí, en el campo contrario.

Celay murmuraba y no decía nada.

BIRIATU es un pueblo pequeño, de trescientos habitantes lo más, colocado en un alto en la orilla francesa del Bidasoa. Es una aldea en miniatura con una plaza que parece de juguete y un frontón para jugar a la pelota. La iglesia, según se dice, está edificada sobre las ruinas de un castillo construido por Ricardo Corazón de León durante sus excursiones por el ducado de Aquitania, que llegaba hasta el Bidasoa.

Un día de verano, parte de la fuerza de vanguardia, entre la cual se encontraba Adrián, estaba defendiendo Biriatu. Adrián, con su compañía, se hallaba en la plaza del pueblo cuando se vieron atacados de improviso y casi cercados por las tropas republicanas.

El pueblo de Biriatu tenía poca guarnición: un destacamento de Infantería, una compañía de vanguardia y varias partidas formadas por contrabandistas de Sierra Morena, con un jefe llamado Úbeda, que había venido de su país.

Los franceses atacaron Biriatu con gran impetuosidad: llegaron dos veces a lo alto del cerro y dos veces fueron rechazados por los españoles; pero un capitán, a la cabeza de sus granaderos, un hombre ya viejo, se precipitó por tercera vez con tal energía sobre los españoles, que éstos tuvieron que refugiarse en la iglesia, que con anterioridad había sido fortificada. El capitán quiso romper la puerta con un hacha para entrar, pero no pudo conseguirlo y no tuvo más remedio que retirarse en medio de una lluvia de balas. Al día siguiente volvió a la carga, pero no consiguió nada.

Adrián se fijó mucho en el capitán francés que dirigió el combate. Era hombre de edad. Tenía el bigote cano, las mejillas curtidas por el sol y el tipo aguileño. Daba una impresión rara de inteligencia, de decisión y de audacia.

Después de estos encuentros, se confió el mando de las baterías, desde Vera hasta Biriatu, a un sobrino del general Caro, del mismo apellido, que era el marqués de la Romana.

El marqués era asequible, le gustaba conversar con los oficiales un poco cultos. Adrián habló con él repetidas veces. El marqués leía bastante, lo mismo libros antiguos que modernos. Era muy liberal. Creía que la Revolución francesa había desviado las ideas de libertad y tolerancia de los filósofos franceses e ingleses, llevándolas por un camino de fanatismo e intransigencia. La ejecución de Luis XVI y de María Antonieta, además de reprobables como hechos, le parecían verdaderos disparates políticos. Esto no le quitaba para que sintiera cierta admiración por algunos personajes del Terror y leyera todo lo que se contaba de ellos.

Aquel otoño fue muy suave en el país vasco; la temperatura, deliciosa; tardó mucho en hacer frío, y hubo días de sol en que se podía estar casi siempre al aire libre.

Desde la ventana de su cuarto Adrián contemplaba el valle del Bidasoa, que corría por entre maizales, los montes de Guipúzcoa, de Erláiz y de Pagogaña, éste con un castillo, y la cresta de la Peña de Aya con sus picos como almenas en el cielo resplandeciente.

Las noticias que llegaban de París eran cada vez más alarmantes. Parecía que venía el fin del mundo. Habían guillotinado a muchas personas célebres, entre ellas al célebre astrónomo Bailly. A. Adrián le hizo mucho efecto la noticia, porque este sabio era miembro de la Sociedad Vascongada de Amigos del País y de él hablaba con frecuencia el profesor de Matemáticas, don Jerónimo de Más, del colegio de Vergara.

Se contaba cómo el pobre astrónomo había sido llevado al suplicio un día de invierno y cómo los preparativos para armar la guillotina fueron largos; sus miembros, helados por el frío y la lluvia, temblaban convulsivamente.

—¿Tiemblas, Bailly? —le dijo uno de los asistentes.

—Sí, amigo mío, pero es de frío —contestó con sencillez.

Otros horrores se oían constantemente.

De los españoles se hablaba de Andrés María de Guzmán, aristócrata revolucionario, acerca del cual habían corrido muchos rumores. Se decía que lo habían guillotinado con los partidarios de Danton. De él se contaban varias historias impresionantes.

Del abate Marchena no se sabía nada; unos decían que estaba en la cárcel; otros, que andaba suelto, y se le pintaba como un intrigante.

El Gobierno francés parece que no era muy benigno con los extranjeros que estaban en París. Tampoco lo era con los emigrados franceses que luchaban en España a las órdenes del marqués de Saint-Simon. A los que cogían prisioneros los llevaban a Bayona y los guillotinaban.

La campaña española no tuvo ningún gran poeta que la cantara ni ningún pintor que la ilustrara con obras maestras.

De Madrid se envió una estampa grabada muy toscamente que tenía por título: *compañía de don Pedro Úbeda*.

En la acción del 13 de julio de 1793 con los nombres y patria de los más memorables.

Esta compañía debía de ser la de los contrabandistas de Sierra Morena.

En esta estampa burda aparecía a la izquierda don Pedro Úbeda a caballo con casaca, peluca con coleta y la espada en la mano. En una cartela próxima decía en algo que quería ser verso:

*Úbeda y su compañía
todos con suma alegría
hacen ver en la Estación
su Lealtad y Religión*

En el centro de la estampa había varios soldados con uniforme, sombrero de medio queso, casaca, pequeño fusil y pistolas en la cintura, y al pie sus nombres. A la derecha, de una casa, salía una mujer que daba algo a los soldados, y una cartela con otra cuarteta peor que la anterior.

Después venía el anuncio de la librería que había publicado esta obra extravagante: «Se vende —decía— en la librería de Escribano, de Madrid, calle de Carretas, con las vistas de Condé, Marsella, Tolón, Camprodón, Valenciennes, batalla de Troullas, Villafranca y la toma de los lugares del campo de Villalonga y castillo de San Telmo».

La guerra no producía ningún Rafael de Urbino que la ilustrase.

Las noticias cada vez eran más alarmantes. El Terror se enseñoreaba en la capital de Francia y en los campos, Robespierre y los suyos eran los proveedores más fieles de la guillotina.

Adrián no estaba asustado. Siempre había tenido una confianza en sí mismo absurda e inmotivada. Siempre había supuesto que él resolvería las dificultades por un impulso genial que no tenían las demás personas. Por el momento todo le salía bastante bien.

A principios del año, sería por el mes de febrero, los españoles prepararon un ataque importante contra las fuerzas francesas.

Formaron tres columnas y se adelantaron por Vera y por Biriatu a dominar las alturas y caer sobre los campos franceses atrincherados de Urruña y de Hendaya, que eran varios: el campo de la Libertad, el reducto de los Sans-Culottes, el café Republicano, Jolimont y la montaña de Luis XIV.

La empresa quizá falló por falta de número. El campo de la Libertad y el reducto de los, Sans-Culottes estuvieron expuestos a caer en manos de los españoles. Probablemente el general Urrutia, que mandaba la acción, vio que no tenía fuerzas bastantes para resistir en el llano, y se retiró a las alturas en un orden perfecto.

Unos meses después, las operaciones militares comenzaron a hacerse más intensas. Los franceses iban aumentando sus fuerzas por el otro lado de la frontera.

El general Moncey, entonces republicano exaltado, había llevado a Hendaya varios cañones y desde allí bombardeaba sin parar Fuenterrabía. El ejército francés iba aumentando por momentos.

Los vascos de más allá del Bidasoa partidarios de la Revolución formaban la vanguardia de una fuerza formada por doce mil hombres llamada la Columna Infernal y mandada por el general Delaborde.

Por este tiempo, los españoles que veían que los franceses se les echaban encima con sus hombres y sus cañones, hicieron varias salidas. En una de ellas, Adrián fue con la columna del marqués de la Romana hacia el monte Diamante, mientras otro general iba de Vera al monte Mandal y hacia el calvario de Urruña.

La misma facilidad del avance perdió a Adrián y a su columna. Celay y él quisieron adelantar con su patrulla, pero al entrar por un barranco fueron recibidos por una descarga cerrada. Celay cayó con una herida en el pecho. Adrián se acercó a él, pero al verle a su segundo comprendió que estaba perdido.

«Se acabó —le dijo Celay—. ¡Qué lástima!»

Quizá se lamentaba en el último trance de no ver lo que esperaba; Adrián comenzó a huir por entre los matorrales y de pronto notó que estaba herido en el muslo. Tuvo serenidad para sacar un pañuelo y atárselo apretado en el muslo. Al cabo de algún tiempo llegó una patrulla francesa que le llevó a un pequeño hospital de sangre de Urruña.

Durante aquellas horas que pasó solo, herido en medio del campo, desangrándose, con sudores fríos y vértigos, se convenció de que había perdido toda su moral, que su valor era ficticio, que nunca lo había tenido, que nunca había tenido más que vanidad.

URRUÑA tiene algún pequeño nombre en el país vasco, principalmente por el letrero latino de su reloj de la torre de la iglesia, que dice así; *Vulnerant omnes ultima necat* ('Todas hieren, la última mata'), inscripción que antes debía de ser frecuente en los relojes, pero que ahora no lo es. Entonces Urruña tenía en el cementerio, inmediato a la iglesia, muchas estelas funerarias, algunas con la esvástica curvilínea propia de los vascos y un calvario de piedra que desapareció durante la guerra.

En el hospital de Sangre de Urruña se estaba mal y un sanitario del ejército le dijo a Adrián que si hacía una solicitud dando su palabra de honor de no intentar escaparse y tenía algún dinero conseguiría que le llevaran a una casa del pueblo, donde estaría más cómodamente. Adrián firmó la solicitud y la promesa de estar tranquilo y no intentar huir, y le trasladaron en una camilla a una casa de la calle principal del pueblo con las ventanas y la puerta pintadas de un rojo rabioso y el interior encalado. Le subieron por una escalera estrecha de madera, que crujía como si fuera a romperse, hasta el segundo y último piso.

El cuarto que le dieron era un cuarto abuhardillado, con una cama de madera, cómoda con floreros de concha y un armario lleno de libros viejos. Allí había vivido un oficial republicano durante meses hasta que le trasladaron a la frontera belga.

Este oficial había fijado en la pared de la alcoba con migas de pan unas estampas.

Adrián las contemplaba desde la cama. Una era la *Batalla de Fleurus ganada por el ejército francés, el 4 Messidor, el año II*. Austríacos y franceses a pie y a caballo luchaban de una manera un tanto académica, disparaban los cañones y se veía un globo cautivo con unos observadores militares con sombreros de tres picos.

La otra estampa tenía este título: *Vue du Camp Barraqué de l'hermitage Saint-Anne, au-dessus de Hendaye. A l'Armée des Pyrénées Occidentales, en novembre 1792*.

A Adrián le maravillaba el dibujo, porque había estado en aquel sitio a poca distancia del campamento y no había visto nada parecido.

«Quizá en la historia sea todo tan exacto como esto», pensó.

En el grabado se veía en el fondo un anfiteatro de montes y unas filas de barracas de madera y de tiendas de campaña de lona. Había un caserío alto y derruido con una bandera, carretas de cuatro ruedas por aquí y por allá, de tipo que no se veían nunca en el país, soldados a pie y a caballo, unos con tricornios y otros con chacó, y un elegante petimetre que intentaba abrazar a una mujer que le tiraba el sombrero al

suelo de una manotada.

Además de estas dos estampas había una *Toma de la Bastilla* y un mapa detallado de la frontera franco española.

Adrián pensó que, si el mapa era tan exacto como la estampa, estaba lucido el que tuviera que servirse de él.

En aquella alcoba, Adrián pasó días muy malos. Le había extraído la bala un cirujano del ejército francés y le quedó una inflamación con una fiebre muy alta. Cuando se le pasó el dolor y la fiebre y comenzó a ponerse bien, empezó a pensar que se iba a morir lejos de su madre y de Dolores.

Tuvo después una gran melancolía y pensó que había hecho muchas necesidades por jactancia y por presunción y que si salía bien del paso tenía que regirse por la inteligencia y aun por la astucia.

Adrián tuvo grandes miedos. Cuando oía a los soldados cantar en la calle con furia *La Marsellesa*, la *Carmañola* y el *Ça ira* se echaba a temblar. Esta canción revolucionaria y callejera no la cantaban con la letra antigua. La letra moderna era amenazadora, y decía:

Ça ira, ça ira, ça ira
Les aristocrates á la lanterne!
Ça ira, ça ira, ça ira
Les aristocrates on les pendra!

El médico del regimiento, el doctor Beaumont, hombre severo y de genio adusto, trataba siempre a Adrián con gran severidad; pero un día se mostró con él amable y le llamó *jeune-homme y mon gars* y le dijo que no se metiera en más aventuras.

Se encontraba ya mejor y sin fiebre, comenzaba a andar por el cuarto con un bastón y a asomarse a la ventana. Se aburría, y notó un día que en el bolsillo del gabán llevaba los *Viajes de Gulliver*, en un tomito en una de las primeras ediciones que se había publicado en Londres sin nombre del autor en 1727.

Entonces se puso a leer. Acabó la primera parte, o «El Viaje a Liliput», y le pareció una cosa de risa. Al seguir la lectura, comenzó a darse cuenta de la parte agria y misantrópica de crítica de todo que había en la obra. Encontraba bromas feroces.

Pensó que poner a los hombres pequeños en Liliput y gigantes en Brobdingang era dar una impresión de lo relativo de todo lo humano muy sagaz. Algunas ocurrencias, como la de hacer a los hombres esclavos de los Huyhum, medio caballos medio monos, casi le indignaron.

Días después, en un rincón del cuarto encontró *Pablo y Virginia* y *El Caballero de Faublas*; sin duda los leía el oficial francés que le había precedido allí.

Uno de aquellos días en que ya pensaba en pedir permiso para salir a la calle se presentó un médico, Larralde-Diustegny, que era asesor del ejército y persona

importante de Urruña, con el capitán francés a quien había visto intentar entrar en la iglesia de Biriatu rompiendo la puerta a hachazos.

—¿Qué tal vamos? —le preguntaron.

—Ya vamos bien.

—Le traigo a usted un poco de tabaco —dijo Larralde-Diustegny.

—Muchas gracias, doctor.

El médico y el oficial se sentaron el uno en una silla y el otro en la cama.

—¿Es usted vasco? —preguntó el oficial.

—Sí.

Comenzó la conversación entre los tres en vascuence. El doctor hablaba muy bien esta lengua; el militar, un vascuence de aire literario. Después pasaron al francés. El oficial hizo a Adrián varias preguntas sobre el país vasco español y sus creencias supersticiosas que él creía que eran célticas. Luego hablaron de Méjico y después se dispusieron a marcharse.

—¿Qué irán a hacer conmigo? —preguntó Adrián poco después al amo de la casa.

—Primeramente le llevarán a Bayona y luego le dejarán libre. Esta guerra durará poco.

Adrián quedó un poco asombrado de los conocimientos del viejo oficial francés, y cuando llegó el practicante que le hacía las curas le preguntó:

—¿Quién era ese capitán que ha venido a verme con el doctor Larralde-Diustegny?

—No sé. ¿Cómo era?

—Un señor de cara aguileña, como de cincuenta años, que habla español, vascuence y latín, uno que atacó el pueblo de Biriatu hace unos meses.

—Ese es el famoso Latour d’Auvergne, el primer granadero de la República. Le han querido hacer general, pero no quiere. Sabe quince o veinte idiomas, y ahora aprovecha su estancia aquí para aprender el vasco.

—¿Y cómo no siendo alto jefe manda una fuerza importante? —preguntó Adrián.

—Es una excepción que hacen con él. Va al frente de un batallón de la Columna Infernal. Él está siempre entre los soldados. Lleva arrollado un gabán al brazo izquierdo durante las batallas. Le han querido destituir porque pertenece a una familia de la nobleza, pero los soldados no lo han permitido.

—¿Y es republicano?

—Sí, de los más entusiastas. Es un *sans-culotte*, es un amigo del pueblo sin ambiciones. Tiene categoría de general, pero no quiere que le llamen así, y hace la misma vida de los soldados: come con ellos y duerme en el mismo cuartel.

—Debe ser un hombre valiente.

—Mucho. Hace unos meses, cuando los nuestros atacaron la línea del Bidasoa, él

solo con un hacha quiso romper las puertas de la iglesia del pueblo y entrar en ella.

—Yo lo vi.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿No entró?

—No, estaba la puerta muy atrancada.

—Y los soldados españoles son muy bravos.

Era una galantería de francés que había que agradecer.

—¿Y el doctor Beaumont?

—Es un buen tipo. Pone siempre cara de perro, pero es una buena persona.

—¿Republicano también?

—De los finos.

El practicante era un entusiasta de Danton y de Robespierre y consideraba como a un enemigo personal al marqués de Saint-Simon, jefe de la legión Real de los emigrados realistas.

Durante el verano, Adrián supo que los franceses, después del ataque por los Alduides, entraron en el valle del Baztán con unos diez mil hombres y con una división de siete u ocho mil forzaron el paso de Vera y ocuparon este pueblo y luego Lesaca y Oyarzun.

Los españoles, con menos gente, tuvieron que retirarse a Hernani.

A Adrián, el mismo día que el médico francés del regimiento, el doctor Beaumont, le dio de alta, le comunicaron que le iban a trasladar a Bayona. Con esto volvió otra vez al pesimismo y a las ideas melancólicas.

Efectivamente, le llevaron al castillo viejo de Bayona, y poco después a la Ciudadela.

A la semana siguiente apareció allí su madre, doña Cristina. Madre e hijo se abrazaron llorando. Doña Cristina supo días antes que su hijo estaba preso, pero no que se hallase herido. El comprobarlo llenó a la pobre señora de zozobra.

Adrián logró tranquilizarla. Le contó la visita que había recibido de Larralde-Diustegny y de Latour d’Auvergne, hombre que tenía gran prestigio. Quizá con ésta y con alguna otra influencia que podrían buscar consiguieran que le dejaran libre acantonado en Bayona hasta que concluyera la guerra.

Estuvieron pensando a quién se podrían dirigir, y Adrián dijo, por lo que había oído a los prisioneros, que las personas de más influencia entonces en el ejército eran los convencionales Pinet y Cavaignac, venidos de París. Estos compartían su poder en Bayona con Basterreche y Garat.

Doña Cristina salió con la esperanza de sacar a su hijo de la prisión, y desde el día siguiente empezó a visitar a unos y a otros y a decirles que su hijo había sido llevado a la guerra por sorpresa. Fue a visitar al doctor Larralde-Diustegny, que tenía la casa

en San Juan de Luz, y a otras varias personas de influencia.

En la Ciudadela, Adrián gozaba de mucha libertad y hablaba con jefes y oficiales jóvenes que estaban en las oficinas y en las guardias.

Estos militares franceses le parecían una gente petulante y vanidosa aunque buena. Creían que sólo Francia existía en el mundo y que todo lo demás era pálida imitación de su prodigioso país.

Algunos oficiales hacían el honor a Adrián, por lo menos así lo creían ellos, de discutir con él. Uno de ellos era un capitán rubio, burlón y ordenancista.

España para ellos era un país salvaje, que había hecho cosas extraordinarias como la conquista de América, pero nada más. El mundo no le debía nada a España en el concepto de la civilización.

—¿Es que *Don Quijote* no es un libro que está bien? —preguntaba Adrián.

—Sí; pero de éstos hay muchos en Francia.

—¡Yo creo que ninguno!

Lo que Adrián reconocía en los franceses era que en general no se mostraban rencorosos y que olvidaban todo pronto.

Doña Cristina, después de muchas visitas y de ir y venir, como nadie tenía interés en que Adrián estuviera preso, logró que fuera puesto en libertad con la condición de que no saliera de Bayona.

Adrián fue a hospedarse con su madre. Esta vivía en una fonda española, «La Bilbaína», de la calle del Puerto Nuevo, que entonces se llamaba calle del Gobierno y siempre era conocida por la de los Arcos. La buena alimentación y la tranquilidad repusieron en seguida a Adrián. Su madre le veía ya fuerte, aunque cojeando un poco. Días después hablaron madre e hijo de los acontecimientos trascendentales para ellos, de aquel año y de sus proyectos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó doña Cristina a su hijo.

—Ahora —repuso Adrián—, creo que lo mejor que podemos hacer es que tú te vayas a casa del tío Fermín Esteban, recojas todo y prepares nuestra vuelta a Méjico. Yo me reuniré contigo en cuanto pueda. Creo que sabiendo como sé el francés y el vascuence me las arreglaré fácilmente para salir pronto de aquí e ir a España.

—Me da miedo dejarte solo. No vayas a hacer alguna tontería.

—No tengas cuidado, no las haré.

—¡Hum...! No sé.

—Te aseguro que no las haré. Esta época de la guerra me ha enseñado mucho.

—¿Qué es lo que te ha enseñado?

—Pues me ha enseñado a comprender que soy uno de tantos. Nada más. Y antes me creía una maravilla.

—Claro. Eso es verdad. No eras excepcional más que para mí... Ni nadie lo es.

—Además, tampoco soy valiente, aunque antes creía que lo era.

—No, eso no, valiente eres, algunas veces hasta demasiado.

—No, no lo creas. Soy templado en un momento, pero luego me vienen alternativas, hundimientos en la decisión y en el valor. A veces soy decidido y resuelto, pero ante una dificultad grande o ante un dolor como este de la herida me amilano. Vuelvo a reaccionar y a tener energía y en seguida caigo de nuevo en el marasmo. Así he pasado todo este tiempo entre unos momentos de energía y otros de desanimación y de flojera.

—Creo que eso te pasa a ti como a todos, pero hay que buscar un término medio.

—Eso es lo difícil.

—No digo que no.

Evidentemente Adrián no tenía el valor que admiraba Napoleón; el valor de las cuatro de la mañana, del hombre solo, valor sin gritos, sin teatralidad, cuando no hay luz y hace frío. Para eso se necesita tener los nervios muy fuertes y muy duros, y él no los tenía. Probablemente el mismo Napoleón tampoco tenía ese valor y por eso lo admiraba tanto.

SE despidieron madre e hijo y Adrián quedó de huésped en la misma fonda «La Bilbaína», de la calle del Gobierno o de los Arcos. Esta calle era, con sus soportales, el lugar de más tránsito de Bayona, sobre todo los días de lluvia. Había en ella, por entonces, muchas tiendas de antigüedades, y en los escaparates de éstas se veían objetos cogidos de las iglesias y de las casas particulares. Había escudos, sillones dorados con armas esculpidas o bordadas, uniformes, relojes, cuadros, etc. Los coleccionistas estaban de enhorabuena y muchos se enriquecían comprando y vendiendo objetos antiguos.

Pocos días después de instalarse en la fonda «La Bilbaína», Adrián se encontró allí con un abate profesor del colegio de Pau, el abate Verneuil. Este abate, cuando fue profesor del joven Erláiz, se empeñó en que él, con otros condiscípulos, hiciera versos en francés, para lo cual tenían que estudiar previamente un arte poética que les fastidiaba de una manera completa. Adrián se sintió por entonces enemigo personal del alejandrino francés.

El abate Verneuil, pequeño y deforme, por lo que se contaba en el colegio, era monstruoso. Tenía una cara fea, roja, pero muy expresiva, y le habían dicho que se parecía a Mirabeau. Se aseguraba que no tenía un pelo en la cabeza, lo que no se le notaba mucho porque usaba peluca. También se decía que le faltaba el antebrazo izquierdo y que lo llevaba postizo, como la mano, disimulada con un guante.

El abate, fuera del colegio, no se ocupaba de la retórica para nada, y el primer día que paseó con Adrián por Bayona le contó las noticias que corrían sobre la guerra.

Desde el momento que los españoles no pudieron romper la línea francesa, por falta de número, la guerra para ellos marchaba mal. Los franceses, en cambio, aumentaron las tropas y el armamento y su entrada en España era cuestión de días.

Todo esto tenía que producir una gran confusión en el país vasco español. Adrián no sabía qué hacer. Unos conocidos le aconsejaban que esperase, porque la guerra iba a ser corta; otros, la mayoría, no tenían opinión.

Paseaban el abate y él por el pueblo y por los alrededores hablando de lo divino y de lo humano.

El abate era un poco afectado y amanerado, de opiniones personales y originales. Se veía claramente que su musa era la ironía. Se burlaba con delectación de todo.

El abate quería creer que la civilización radicaba principalmente en unas normas artificiales que cubrían el fondo malo de los sentimientos verídicos del hombre y que

se respetaban por una convención tácita. Para él, cierto amaneramiento era lo único que podía producir la distinción de las formas.

Adrián no tenía ideas claras sobre este punto.

Respecto a la guerra, el abate creía que duraría poco y que vendría una paz rápida.

Adrián se dispuso a cargarse de paciencia. A veces se desesperaba. Un día, y otro día, y nada. *Beti bihar, beti bihar* ('siempre mañana, siempre mañana'), como dice una canción vascofrancesa.

Pensó que, al último, quizá tendría que esperar.

La fonda donde vivía Adrián, en la calle de los Arcos, era céntrica, y por lo mismo se notaba mucho al que andaba por aquellos alrededores. Adrián quería ir a otro sitio más lejano. En Bayona, por entonces, había unos hoteles con nombres antiguos en callejuelas céntricas, Le Coq Hardi ('El Gallo Atrevido'), Le Coq Parlant ('El Gallo Hablador'), La Galera, La Cruz Blanca, El Gallo de Oro, todos poco conocidos, y algunas posadas españolas, La Guipuzcoana, La Vizcaína, donde se comía bien, pero donde los cuartos eran malos, oscuros. Había también otras posadas medio tabernas en la calle de los Vascos del pequeño Bayona.

Adrián seguía paseando con el abate Verneuil, Este era todo un tipo. Era un hombre aguileño, gesticulador, un poco polichinela y muy expresivo. A veces se sacaba la peluca rubia y se limpiaba la calva con un pañuelo, tomaba rapé y no paraba de hablar.

Se ocupaba de magia, de astrología, de francmasonería y de ciencias ocultas. Según él, las maravillas que se contaban de Cagliostro y de Mesmer eran perfectamente auténticas, aunque abusivas. Había una ciencia hermética de los antiguos magos que era verdadera, pero que estaba mezclada con la magia negra.

Adrián era demasiado activo y demasiado práctico para tomar aquello en serio, pero le divertía mucho escuchar al abate.

A Verneuil le había entrado afición por todo lo misterioso y maravilloso. Tal inclinación estaba en el aire de la época, quizá por una reacción contra el sensualismo y la tendencia lógica de los Cabanis, Helvetius, Diderot y de los enciclopedistas.

En los paseos, Verneuil hablaba de todo, aunque siempre con ironía. Hubiera podido presentar como Pico de la Mirandola novecientas proposiciones de dialéctica, de moral, de física, de matemáticas, de teología, de magia natural y de cábala, sacadas de los escritores más ilustres del mundo y defender el pro y el contra.

El abate creía que todo lo doctrinario era atractivo para el hombre y falso y sin valor para la vida. Esto le hacía considerar como políticos perjudiciales a los partidarios de Juan Jacobo Rousseau, que en vez de pensar que tenían que gobernar a hombres con cualidades y con defectos pensaban que su fin era poner en práctica unos principios.

—¿Así que es usted enemigo de las teorías de Rousseau?

—En absoluto.

—¿Más que de Voltaire?

—Rousseau es un loco... Voltaire, no, pero es nuestro enemigo.

El abate tenía varias personalidades. Era un poco monstruo, bufón y sabio.

Era además coleccionista y compraba lo que encontraba en las prenderías y tiendas de antigüedades que se vendía, en general, muy barato.

El abate Verneuil, con un maestro de escuela llamado Maldonat y un profesor de Hidrografía de Bayona, recogía papeles antiguos y documentos de la Revolución.

Tiempo más tarde apareció en la fonda «La Bilbaína» un inglés que estaba viajando por Francia por entretenimiento y por pura curiosidad, y al parecer se divertía muchísimo. Al señor Hamilton le interesaba lo pintoresco de la Revolución y no le preocupaban los planes y las teorías que circulaban en Francia.

El señor Hamilton era un hombre alto y grave, de hombros anchos, con un redingote largo y botas de montar. Para este señor Francia era principalmente un país divertido y un poco absurdo. Lo veía a través del *Viaje Sentimental* de Sterne y del libro del agrónomo Arturo Young.

Realmente, era difícil encontrar un término medio entre las observaciones del uno y del otro autor. Young, el hombre de la Agronomía, era un terrible demoledor; Francia, para él, no tenía sentido práctico; a las mejores tierras del mundo no les sabía sacar rendimiento. Young pretendía que los franceses se dedicaran a la agricultura y no a echar discursos revolucionarios y patrióticos. Cuando visitó la abadía de Benedictinos de París se escandalizó pensando en lo mal cultivadas que estaban las tierras que había en sus contornos. ¡Qué patatas! ¡Qué coles! ¡Qué remolachas se podían obtener allí! ¡Qué rebaños de vacas y de cerdos podían pacer en aquellos prados!

Para Young, la conversación francesa era una serie de lugares comunes insípidos y los discursos de retórica altisonante le molestaban y le fastidiaban. En cambio, para Sterne, de un temperamento sensible y afectado, la charla francesa era una idealidad en sus cualidades y en sus defectos. Le encantaban al abate irlandés las vejeces, las tabaqueras, los coches antiguos y blasonados, las pelucas, las gracias de Lafleur, todas las *mignardises* del antiguo régimen y el uso y el abuso del *tant pis* y del *tant mieux*.

Paseando con el inglés, con el abate Verneuil y con un oficial vasco que quería traducir *Don Quijote* al vascuence, Adrián iba transcurriendo sus días.

Cuando hacía buen tiempo, marchaba por el campo al sol, y los días de lluvia por los Arcos.

A las nueve de la noche en invierno y a las diez en verano se tocaba la retreta y se cerraban las puertas de la ciudad. Era a principios de junio y hacía calor. A veces, para buscar el fresco, iban a la confluencia del Adour y del Nive, pero allí tampoco

corría el aire.

Bayona, a pesar de sus murallas, no daba una impresión ahogada. Los dos ríos, el Adour y el Nive, le prestaban horizontes amplios.

Era entonces una plaza fuerte de primera clase y se entraba y se salía en la ciudad por cuatro puertas: la de Francia o del Reducto, la de Mousserolles, entre el Adour y el Nive, la puerta de España y la puerta de la Marina.

Adrián contemplaba casi todos los días la lucha entre la corriente del Adour y la del Nive. El Adour, el río gascón del país de Bigorre, de Armagnac, de Gascuña y de las Landas, amarillento y sombrío, y el Nive, río pequeño, vasco, azul, de agua clara y limpia.

Las embarcaciones que llegaban de los ríos eran distintas: por el Adour venían goletas, bergantines y polacras, y por el Nive, chalanas y algunas lanchas de pesca.

EL abate Verneuil, hombre de estilo florido y de gustos clásicos, en un fondo implacable de ironía, escribió un epitalamio en latín y en verso sobre la boda de los dos ríos, que se unen y se mezclan en Bayona, y que lo tradujo Adrián.

Comenzaba así:

El Adour, río gascón, viene de tierras soleadas y polvorientas. Es gruñidor, petulante, malhumorado; tiene presas, remolinos, espumas, color bilioso y aire de amenaza.

La Nive, su prometida, es una corriente limpia, pura, tranquila, que nace de pequeños montes frondosos cubiertos de césped y salta por las peñas escondiéndose silenciosa y modesta entre las colinas.

El Adour es turbulento, grosero, dominador y dogmático; arrastra piedras, barro y ramas desgajadas en medio de sucias olas de espuma.

La Nive es tranquila, humilde, recogida, no domina a nadie y marcha por donde le dejan paso.

El Adour se acerca al tálamo nupcial como un mozo petulante, fanfarrón y charlatán del país del Sol, cantando con su voz vinosa. La Nive va, como una muchachita vasca, silenciosa y tímida, entonando su canción suave.

El Adour, de día, amarillento y turbio, se convierte de noche en sombrío y siniestro; la Nive, de día, de agua azul y transparente, es de noche como un espejo de ébano que reflejara las estrellas.

El Adour es un tirano y un osado; es como un chulo de pueblo meridional, chillón, jactancioso e impertinente, que tiene una voz imperiosa. Desde los campos donde nace, hasta Bayona, lleva una marcha de mozo cínico y vagabundo paseando su onda turbia y malsana y reflejando en ella paredones blancos, tejados rojos y torres de color de tierra.

Pasa por entre ruinas y viejos edificios, por pueblos donde se hablan dialectos alborotadores y donde la gente viste trajes de colores chillones y luego se desliza por delante de los muelles tristes y fríos de Bayona.

La Nive corre por delante de aldeas pequeñas, sencillas, sin pretensiones. La Nive es una flor modesta nacida en un jardín arcaico, acariciada por el céfiro y alimentada por el rocío.

Entre el río de sol brutal y petulante de la llanura y la pequeña corriente de montaña, los hados han decidido la unión y han preparado el tálamo.

El sino que han fijado para ellos los dioses es ineludible, y su lecho nupcial determinado por ellos es el Reducto de Bayona.

El Adour entra en el tálamo con toda la petulancia de las gentes de la llanura; la Nive, al acercarse a ese lecho donde encontrará la muerte, busca la manera de huir de él; como la cervatilla que escapa de los perros trata de retirarse a sus lares, en donde los viejos espíritus de los bosques se coronan de hiedra. Quiere huir, quiere librarse de su destino, pero ¿quién se libra de él?

Es imposible el retorno; la suerte está echada; el mozo brutal y petulante del país del sol, con sus dogmas y sus silogismos, se ha apoderado de la prometida de tierra húmeda y nebulosa; la onda turbia y amarga del tirano le va a hacer desaparecer entre las aguas negras y turbulentas.

Después de este preámbulo, el abate Verneuil hacía hablar en su composición a los espíritus de los bosques y de las aguas con una apariencia de realidad perfectamente irónica.

LA mayoría de los habitantes de Bayona veían la guerra de los Pirineos unos con indiferencia y otros con antipatía, parte por sus ideas conservadoras, parte porque eran comerciantes y hacían comercio con España. Fácil era comprender que se trataba de una guerra política y no nacional.

La población de Bayona se mostró muy enemiga de los comisarios que enviaba la Convención, sobre todo de Monestier (del Puy-de-Dôme), de Pinet y de Cavaignac.

Monestier era un cínico, un hombre depravado. Pinet era fanático y cruel, y de Juan Bautista Cavaignac se contó una historia fea de cómo había prometido salvar la vida de una bella señorita de Dax, la señorita de Labarrère, si se entregaba a él, y, conseguido esto, dejó que la guillotinaran. La anécdota se demostró muchos años después que era falsa, pero en su tiempo tuvo tanta eficacia como si hubiera sido verdadera.

Los cómicos que trabajaban en el teatro de Bayona anunciaron un día una representación en honor de los soldados defensores de la patria y de la República, y los ricos de la ciudad no fueron. Pinet y Cavaignac echaron multas de diez mil francos a las personas acaudaladas enemigas del régimen.

En el país se hablaba con horror, sobre todo de Monestier, que fue el que instituyó el Comité de Salvación Pública en los departamentos de los Altos y de los Bajos Pirineos. El Comité suprimió los obispados de Lesear y de Bayona, cambió los nombres de los pueblos que tenían nombre de Santo, como San Juan de Luz, San Juan de Pie de Puerto, etc., e hizo otras cosas igualmente inútiles, aun desde el punto de vista revolucionario.

Monestier era fanático y violento, había sido cura. Meillán, diputado de los Bajos Pirineos, decía de él:

«Dos monstruos reinan en Bayona: Pinet, hombre feroz, semejante a los buitres que se alimentan de cadáveres, y Monestier (del Puy-de-Dôme), infame cura renegado, inmoral por sistema, predicando con furor la corrupción.»

Por esta época, don Vicente Santibáñez, de quien se hablaba en el Seminario de Vergara, estaba preso en Bayona por los jacobinos; también estaba en la ciudad Martínez de Ballesteros, logroñés, que peleaba en la guerra con los republicanos.

Adrián, por curiosidad, pensó ir a verlos, pero luego supo que Santibáñez tenía fama de traidor entre los franceses, y pensó que sería una imprudencia inútil visitarle. Poco después supo que por aquellos días había muerto en el hospital, un tanto

desengañado de sus amigos.

Adrián fue a ver, con el abate Verneuil, a Juan Pedro Basterreche, que había influido para que le sacaran de la Ciudadela. Entonces era éste de las personas que tenían más influencia en Bayona. Basterreche, hombre alto, moreno, grave, todavía joven, hablaba con cierta pompa. Su hermano León, pequeño, contrahecho, se mostraba fanático como puede serlo un vasco. Vivía en París y cuando venía a Bayona hablaba a la manera de los *incroyables*, que había puesto de moda el tenor Garat, es decir, sin pronunciar las erres.

El suegro de Juan Pedro era un holandés que se llamaba Courtiaux, hombre bonachón, con unas cejas muy frondosas que hacían el efecto de una hiedra sobre una tapia.

Juan Pedro Basterreche pronunciaba discursos grandilocuentes, pero según el abate Verneuil no los hacía él, sino que se los escribían.

También había entonces en Bayona algunos *muscadins* (perfumados con el almizcle), a quienes heredaron los *incroyables* que se paseaban por las arcadas de la calle del Puerto Nuevo.

Estos llevaban el pelo peinado en orejas de perro, dos trenzas a los lados de la cabeza, el traje muy estrecho y apretado, gran corbata abultada y un bastón grueso retorcido y amenazador. Estos *incroyables* eran más agresivos que los *muscadins*, formaban la juventud dorada del tiempo, seguían a Freron y a Tallien y eran terroristas reaccionarios.

Adrián fue llevado al Ayuntamiento a saludar a Cavaignac y a Tallien, el marido de Teresa Cabarrús, y consiguió que le dieran un pase para entrar y salir libremente de la ciudad.

Encontró también a Latour d'Auvergne y vio a los jefes jóvenes como Moncey, Harispe y Mauco, que venían a conferenciar acerca de los asuntos de España con los convencionales, y que se pavoneaban con sus uniformes brillantes y llenos de oro.

Harispe, hombre sencillo, mandaba un batallón de vascos formado por los republicanos de San Juan de Pie de Puerto y de Baigorri y llevaba en su tropa a sus tres hermanos, uno de ellos tambor, de quince años.

Adrián se reía al oír los apellidos de estos vascos. Con Harispe iban los capitanes Iriart, Berindoague y otros oficiales llamados Etchebaster, Teilary, Dabiron, Etchepare, Arnespil, Dardaignaratz, Elissalt...

Los militares eran gente inocente. Tenían el alma y la petulancia de los antiguos mosqueteros, aunque su repertorio verbal era distinto.

Había entonces en Bayona mucha actividad en las Sociedades políticas. Se sospechaba de todos los militares, aristócratas y del antiguo régimen, y se esperaba mucho de los jóvenes que tenían fama de republicanos.

En el campo vasco crecía cada vez más el pánico de las gentes de los caseríos.

Los aldeanos, al acercarse las tropas francesas, echaban a correr abandonando el ganado, las casas y las cosechas.

ADRIÁN, con su pase para vivir en las afueras de Bayona, decidió dejar la fonda La Bilbaína de la calle de los Arcos. Fue a buscar un día a un señor conocido de su madre, un tal Etchezar que había estado en Méjico. Este señor había construido una casa cerca del camino de Bayona a Biarritz.

Era un hombre de unos cincuenta años, pesado y rojo, que hablaba el castellano de una manera torpe y decía que había vivido en *Guandalajara* y se había ocupado de *negosios*.

Adrián le explicó lo que deseaba y el señor le dijo que cerca de su casa vivía una señora que alquilaba un cuarto. Podía ir a verlo y decir que iba de su parte.

Fue y alquiló la habitación. Adrián pensaba escaparse a final del verano en la primera ocasión que se presentara. Todavía se encontraba torpe, le dolía la herida, aunque estaba ya cerrada y cicatrizada.

Desde la ventana de su nuevo cuarto veía por encima de las murallas los tejados de la catedral entre los árboles.

Entonces la catedral no tenía torres, sino unas techumbres provisionales de pizarra.

Adrián esperaba con ansiedad que su madre le escribiera noticias de Dolores. El tiempo le parecía de una longitud insoportable.

Su única distracción era la charla, cuando venía a visitarle el abate Verneuil. Este era un enciclopedista sarcástico. Hablaba de lo antiguo y de lo moderno. Le explicó a Adrián el sistema filosófico de Demócrito y poco después le habló de la teoría de Kant y del subjetivismo y de la irrealidad de todos los conceptos que se consideran fundamentales. En tiempo de revolución las ideas más contradictorias y más dispares suelen mezclarse.

—Puede ser que mis ideas y mis sentimientos no tengan ningún valor —contestó Adrián—; pero dentro de mí tienen mucho.

El abate Verneuil aseguraba que creía en el magnetismo y en las experiencias de Mesmer.

—Yo no creo en nada de eso —decía categóricamente Adrián.

—¿Por qué?

—¿Cómo voy a creer que los astros influyen en la vida de nosotros, cuando uno no ha notado nunca esa influencia, ni los demás tampoco?

—Hay tantas cosas que existen y no se notan, y tantas que parece que se notan y

no existen —replicaba el abate.

—Trastorna usted mis ideas —decía Adrián—. Yo no tendré ideas originales, pero al menos tengo algunas que me sirven.

—Esas son las únicas que valen —indicaba el abate.

—Sí; pero esas ideas que valen son, si se puede decir así, verosímiles, racionales.

—Muchas ideas que en su principio no parecen ser racionales ni verosímiles acaban siéndolo.

—Bien..., dejemos eso —decía Adrián.

El abate Verneuil prestó a su amigo los libros de Pierre de Lancre titulados *Tableau de l'inconstance des mauvais anges et démons de L'Incredulité et mescreance du sortilège pleinement convencue*. El primero con una estampa que representa la ceremonia del sábado brujeril.

Adrián supuso que aquel señor de Lancre era un estúpido, pero Verneuil le dijo que había que reconocer que los procesos de brujería, en Francia, se habían llevado con más bellas formas jurídicas que en ninguna parte.

—¿A mí qué me importan las formas jurídicas? —repuso Adrián—. Si me tienen que matar, lo mismo me da que me maten con buenos discursos o con malos.

Verneuil le leyó con énfasis las profecías de Nostradamus, que a Adrián le parecieron perfectas estupideces, vagas y poco amenas.

También le dejó para que lo leyera el *Discurso prodigioso y espantable de tres españoles y una española*, mágicos y brujos que se hacían llevar por los diablos de ciudad en ciudad con sus declaraciones de haber hecho morir muchas personas y ganado por sus sortilegios y también de haber hecho muchos destrozos en los bienes de la tierra. Unida iba la sentencia pronunciada contra ellos por el tribunal del Parlamento de Burdeos. El librito estaba impreso en París en 1626.

El tribunal había condenado benévolamente a los españoles a ser quemados vivos en la plaza de los Cerdos y con ellos todo lo que llevaban. Los españoles se llamaban Diego de Castalin, Francisco Fredillo, Vicente Torrado y su criada, Catalina Fiosela.

Adrián no conocía este proceso, que en su espíritu de joven americano produjo cándida indignación.

Le contó también Verneuil que el sabio filósofo francés, el abate Malebranche — ante quien él se descubría—, era un poco loco y no se atrevía a sonarse porque estaba convencido de que de la punta de la nariz le colgaba una chuleta de cordero. Este Malebranche recibió un día la visita del no menos célebre filósofo irlandés, también eclesiástico, Berkeley, y a quien Verneuil consideraba como su maestro más venerado. El irlandés defendió su sistema de idealismo absoluto ante Malebranche, excitándole de tal manera, que el abate se murió al día siguiente:

—Le tendrían que poner en su esquila de defunción: «Muerto por una teoría inaceptable» —dijo Adrián.

—Sí, hubiera estado bien.

El abate Verneuil, que era fisiognomista, tenía un gran entusiasmo por las narices bien hechas. Decía que una realidad rayana en la evidencia era que unos ojos hermosos se ven muchos, pero que una nariz verdaderamente perfecta es cosa rara de ver, y que indicaba en su poseedor una persona excepcional, y que por eso se dice: *Non cuiquam datum est habere nasum* ('no es un regalo gratuito el tener nariz').

También contaba a Adrián lo que se decía del tenor Garat, que disfrutaba de un gran éxito en París entre músicos y entre damas. Estaba monopolizado por la actriz Dugazon, hasta que fue libertado de su yugo por la reina María Antonieta. Le hablaba también de la muerte del misterioso conde de Saint-Germain en medio de terribles dolores y de que Cagliostro vivía con una marquesa de Génova según se decía, pero que no era cierto, porque su mujer era pobre.

LIBRO QUINTO
CAMINO DE ESPAÑA

COMO decía Saint-Real, citado por Stendhal en *Le Rouge et le Noir*, una novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino. No es otra cosa cuando vale algo.

Eso no quita para que la vida tenga más de sueño y de ilusión que de realidad. El hombre cree en sí mismo, cree que es sensato, original, ingenioso, valiente. Cuando comprende que no lo es y que todas sus suposiciones son gratuitas, no se convence; transforma su ilusión y le da otro aspecto. En cambio, cuando su ímpetu desaparece, ya puede tener algún criterio, algún valor, alguna fantasía, es igual; ese criterio, ese valor, esa fantasía ya no puede utilizarlos. En algún sentido, la vida es como una enfermedad infecciosa: mientras le alimentan los gérmenes, sigue; cuando ellos desaparecen, acaba. Todo cambia, todo se agota, siempre hay una decadencia en el sentido de la energía, y quizá lo más agotador es la inteligencia; por eso los pueblos más estacionarios son los más fuertes y los más brutos, y los hombres menos inteligentes son los que tienen más seguridad en sí mismos.

Al salir de la prisión de Bayona, Adrián tuvo unos días de optimismo: después se acostumbró a la libertad y toda su vida anterior le pareció un sueño.

Le escribió a su padre contándole lo que le había ocurrido, haciendo reflexiones unas más amargas que otras. Le decía que no se podía hacer nada en Europa sin el apoyo de los demás. En América debía ser otra cosa, porque era un país no explotado, y pensaba que casi debía bastar extender la mano para comer; pero en Europa no había tal, y había que buscar el apoyo de los poderosos para ir viviendo.

Escribió también a Dolores. Compró en una tienda de antigüedades de la calle del Gobierno, que así se llamaba entonces la que va de la plaza de Armas al Château Vieux, una vitela con una guirnalda de flores pintada a la acuarela y en el centro copió estos versos que había leído en una comedia de Moliere:

*Si le roi m'avait donné
París, sa grand ville
Et qu'il m'eut fallut quitter
L'amour de ma vie,
Je dirais au roi Henri:
«Reprenez votre Paris
J'aime mieux, ma mié o gai!
J'aime mieux ma mie».*

Luego supo que Dolores guardó el regalo con entusiasmo y que leía los versos con precaución cuando no la veía nadie.

Adrián, por aquellos días, estaba dedicado a examinar y a criticar su vida pasada. Iba terminando en algunas conclusiones.

Dejarse llevar por la petulancia y por el deseo de hacer efecto en los demás era una estupidez. No tenía más que tres apoyos sólidos en su vida: su madre, Dolores y su tío, don Fermín Esteban. Había que dirigir sus pasos pensando en ellos y zafarse de todo lo demás.

Adrián se iba haciendo prudente. Pensaba que era muy peligroso el intentar decir verdades desagradables y que no había que tomar en serio, y mucho menos como plan de conducta, aquel verso de Boileau que citaba con frecuencia el abate Verneuil: *J'apelle un chat un chat et Rolet un fripon.*

Mientras él seguía rumiando sus análisis retrospectivos, el abate Verneuil le hablaba de mil fantasías. Le contó el asunto del collar de la reina y la intervención de Cagliostro en él. El abate era curioso de todas las ciencias, había viajado por Europa y por América y tenía proyectos económicos y comerciales. Muchas veces hablaba de transformar un pueblo como Bayona, de comercio pobre y mezquino, en una ciudad industrial, como las inglesas.

Verneuil mezclaba con sus reflexiones económicas y morales ideas absurdas y místicas.

Un día le llevó un librito en el que estaban reunidas una obra del filósofo platónico Jamblico, sobre los misterios de los egipcios, caldeos, asidos; otra de Proclo, sobre el sacrificio y la magia, y varios tratados de Porfirio, Psellus y el Poimandres.

A Adrián le pareció todo ello un poco cómico. Otra vez el abate le vino con el libro titulado *El Conde Gabalis*, y le leyó con solemnidad este trozo:

¿Y qué piensa usted que quiso decir esa voz que fue oída en todas las ciudades de Italia y que produjo tanto terror a todos los que se encontraban en el mar? El Gran Pan ha muerto. Eran los pueblos del Aire que daban el aviso a los pueblos de las Aguas que el primero y más viejo de los Silfos acababa de morir.

Estas fantasías le daban risa a Adrián. Verneuil era gran admirador del abate de Villars, que se llamó por su verdadero apellido Montfaucon de la Roche Taillade.

El abate de Villars, según Verneuil, era en gran parte un burlón, un mistificador que quería burlarse de la filosofía de Descartes y que luego atacó también la de Pascal y criticó algunas comedias de Racine y de Corneille. Todo lo que hablaba de los Rosacruces y de la Cábala era pura broma.

—¿Y qué le pasó a ese abate? —preguntó Adrián.

—El abate de Villars fue asesinado en el camino de Lyon cuando tenía treinta y ocho años.

Verneuil no se preocupaba gran cosa de señalar si las fantasías de aquel libro le parecían verdaderas o falsas. Le bastaba con que le divirtiesen.

Todas estas mistificaciones las mezclaba el abate con la teofilantropía, y esta unión de superstición antigua y de ilusión moderna daba un producto si no muy lógico, por lo menos divertido y curioso.

Como el abate tenía una erudición tan complicada y extensa, sabía historias de todos los países. Le dijo a Adrián que un escritor español, don Diego de Torres Villarroel, había predicho la Revolución francesa en unos versos publicados en un almanaque de 1756 que decían así:

*Cuando los mil contarás
con los trescientos doblados
y cincuenta duplicados
con los nueve dieces más;
entonces, tú lo verás,
mísera Francia, te espera
tu calamidad postrera
con tu rey y tu delfín
y tendrá entonces su fin
tu mayor gloria primera.*

Un día que Adrián estaba a la puerta de la casa hablando con Verneuil, cruzó una muchacha rubia, que le saludó a éste.

El abate le presentó a Adrián. Era hija del indiano Etchezar, a quien había visitado por encargo de su madre. La muchacha se llamaba Berta y era muy amable y sonriente.

UN día, en los arcos de la Galuperie, Adrián se topó a Perico, el barbero de Azcoitia, muy elegante, que iba acompañando a una francesa alta, fuerte y rubia, con un aire atrevido de pescadora o de cascarota.

—¡Hola, Perico! ¿Qué haces por aquí? —le preguntó.

—Pues aquí estoy trabajando.

—Trabajando lo menos que se pueda, naturalmente...

—¡Ah! No creas tú...; esta gente no es muy partidaria de dar de comer al que no trabaja.

—¿Y hay alguno que sea partidario de eso?

—Tienes razón, no hay nadie.

—¿A ti te parece un error?

—¡A ver si no lo es! Es una falta de civilización.

—¿Tú crees?

—Naturalmente.

—¿Qué haces?

—Peinando a los soldados franceses.

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí?

—¿En Francia? Hará un mes. Me hablaron en San Sebastián y me dijeron si quería venir a Bayona. Bueno, ya veremos, dije. Allí tampoco se marcha muy bien.

—Sí, en todas partes hay que trabajar para vivir...; es triste.

—¡Pero es verdad!

—Evidentemente.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Pche...!, no sé. Iremos viviendo como se pueda. Ahora frecuento el Club Jacobino de aquí.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Tú eres revolucionario?

—Sí, ¿por qué no?

—Tienes razón, ¿por qué no? ¿Dónde paras?

—En la posada de Sallafranque, en este muelle de la Galuperie.

—¿Y se está bien?

—Así, así...; ahora, que si vas allí y preguntas por mí, no lo hagas por mi

nombre.

—¿Pues? ¿Por qué?

—He cambiado de nombre y de apellido.

—¿Para qué?

—Para ver si tengo mejor suerte. Ahora me llamo Juan Lastaola.

—Está bien. Lo tendré en cuenta. ¿Qué pasaba allí en Azcoitia? ¿No se decía algo de la casa de Emparan?

—No sé... No me hagas caso... Pero allí se decía que la chica mayor... No sé cómo se llama.

—María.

—Sí, eso es... Se aseguraba que se casaba con un estudiante.

—Sí, ya lo sé.

—Y que la otra...

—Que la otra... ¿Qué...? Habla, no me impacientes.

—Que la otra querían casarla con aquel solterón pálido y gordo... No sé si se llama Alegría. ¡Vaya un apellido para un hombre tan triste!

—¡Eso no es posible!

—Yo no sé si es posible o no; esto es lo que dijeron.

Adrián quedó inquieto y desesperado con la noticia. Dejó a Perico el barbero y se marchó de prisa a casa fraguando varios proyectos.

Por la noche no pudo dormir, y después de pesar el pro y el contra de varios planes, decidió marchar a España en la primera ocasión propicia que encontrase, pasara lo que pasara.

EN la barriada de Bayona que se iba formando delante de la muralla, enfrente de la catedral y del castillo viejo, estaba la casa de Etchezar el indiano.

Era un gran chalet con un jardín lleno de flores.

La casa estaba amueblada de una manera un poco estrambótica. La parte habitada y dirigida por el padre tenía muebles de América del Norte de un estilo puritano con muebles con ángulos rectos. Las habitaciones de su mujer y de su hija eran rococó de estilo Luis XV. En el jardín, que era amplio, ocurría lo mismo. La parte dirigida por Etchezar padre no tenía más que árboles y hierba, y la dirigida por su mujer y su hija cenadores, cascadas, fuentes, etc.

El señor Etchezar tenía un entusiasmo tan fanático por la hierba que consideraba que el mundo se dividía en dos partes: una, civilizada y con hierba, y otra, sin civilizar, y, por lo tanto, sin hierba. A Adrián, como mejicano, la idea de la hierba como índice de civilización, no le producía gran entusiasmo. Adrián volvió a la casa con el abate Verneuil, que le presentó a la señora. A la hija Berta la conocía. La madre, doña Margarita, era una rubia gruesa, pesada y un poco melancólica, que recordaba su estancia en América de una manera nostálgica. La hija, Berta, aunque había nacido en Méjico, no tenía nada de mejicana; era rubia, blanca, con los ojos azules y la nariz un poco respingona y audaz. Se había educado en un colegio de Beauvais y hablaba el francés del Norte pronunciando guturalmente las erres. Su origen mejicano le impulsaba a querer tener a veces una fantasía tropical.

Por lo que pudo ver el joven Erláiz, Berta tenía muchos adoradores, entre ellos el capitán Alcayaga, que era hijo de españoles y lucía sus charreteras y su uniforme por el pueblo.

Berta, al poco de conocerle, sintió cierta debilidad por Adrián; le creía un hombre apasionado, *l'homme de la nature*, según la fraseología de Juan Jacobo Rousseau y de sus discípulos.

Tenía la familia de Etchezar varios amigos realistas, y para ellos Adrián, en su calidad de español y de prisionero de guerra del ejército republicano, era un personaje simpático.

Adrián, que estaba provisto de bastante dosis de cuquería, buscó la manera de ir conquistando a los de la familia y a sus amigos y lo consiguió fácilmente.

Un día de verano, Berta indicó a Adrián que ella, con sus padres, iba a marchar a San Juan de Luz, que entonces se llamaba oficialmente Chauvin-Dragon, a casa de

unos tíos a pasar una temporada y a tomar baños de mar y que el abate y él debían ir a hacerles una visita.

El abate dijo que no podía.

—Yo, con mucho gusto iría —contestó Adrián—, pero se necesita un salvoconducto y a mí no me lo darán.

—Sí, si usted quiere yo lo conseguiré —contestó Berta—. Tenemos amigos y para ellos no será difícil eso.

—¡Ah! Entonces, muy bien.

El joven Erláiz dio su nombre como José E. de Uranga.

Adrián pensaba que acaso desde el pueblo de la costa sería relativamente fácil la entrada en España, si no por tierra, por mar.

Le dieron un salvoconducto para llegar a la frontera de España que caducaba el día 9 del mes. Inmediatamente marchó a San Juan de Luz. El pueblo, entonces, tenía muy pocos árboles en los caminos. Adrián pensó que a cualquiera que se alejara por una de aquellas carreteras se le notaría en seguida. Decidió, por lo pronto, no preguntar a nadie detalles de la frontera española, que podrían hacerle a él sospechoso.

La casa donde se alojaba Berta estaba a un lado de la bahía, en el camino de Ciburu.

Llegó a ella y le destinaron un cuarto que daba a un jardín y más lejos al mar. Era un cuarto bonito. Hacía calor, abrió la ventana y estuvo contemplando la bahía, cuando oyó que le llamaban del jardín.

—¿Qué hace usted? —le preguntó Berta.

—Estoy dedicándome a la contemplación.

—Baje usted.

Había en el jardín varias personas, Berta, su padre y su madre, sus parientes dueños de la casa y varios invitados.

Berta le presentó a sus amigas.

Entre éstas había dos muy sugestivas.

Margot, la parisiense, era una muchacha esbelta, morena, con los ojos brillantes, una risa satírica y un aire de arrabal. Llevaba un sombrero y un pañuelo rojo. Contrastaba mucho con Berta, con su cara pecosa, su pelo rojizo y los ojos claros.

Otra muchacha amiga de la casa era Marieta, con un tipo francés muy fino, de cuadro de Watteau o de La Tour, la cara un poco cuadrada, la tez de una blancura extraordinaria y el pelo de color ceniciento.

Los hombres eran: el dueño de la casa, el padre de Berta, un marino de guerra, Inchauspe, y dos militares que iban a ir días después a España a la guerra, el capitán Alcazaga y el teniente Dardisquy.

El comedor daba sobre una terraza del jardín y tenía unas escaleras para bajar a

él.

Se sentaron catorce personas a la mesa y la comida fue muy suculenta y muy amena.

Margot, la parisiense, habló de París, y contó muchas cosas vistas por ella durante la Revolución. Margot era realista, pero así y todo se mostraba muy admiradora de los girondinos. A alguno de sus oradores, como a Vergniaud, le había oído en la Convención. También era muy entusiasta de Carlota Corday.

Marieta no quería hablar de política, le daba horror. Berta era realista.

Entre los hombres, el padre de Berta era partidario de la ilustración y de la influencia de América en Europa; dos de los jóvenes militares pensaban en la humanidad y en que el mundo que iban a conocer con el tiempo sería admirable por todo; otro no pensaba más que en la guerra y en los generales que ganaban batallas.

Después de comer bajaron todos al jardín.

La hermana de Berta y otra niña saltaron a la comba y Berta desapareció y vino poco después con un mozo jardinero que traía un *flageolet* y que comenzó a tocar aires populares vascos.

Las muchachas y los oficiales bailaron el fandango con una animación extraordinaria. Sobre todo Margot, la parisiense, bailaba con un fuego y con una gracia que llamaba la atención. Todo el mundo la felicitó, y entre ellos Adrián.

—¿Y usted no baila? —le preguntó ella.

—Sí, antes sí bailaba; pero tengo una herida en el muslo y todavía me duele.

La rápida amistad de Adrián y Margot no hizo mucha gracia a Berta.

—Es uno voluble —se dijo Adrián—; si estuviera mucho tiempo aquí creo que perdería la cabeza con esa chica parisiense.

El día siguiente no apareció nadie en la casa y Adrián habló con Berta y con sus padres.

Tenía la familia muchas ínfulas aristocráticas. Berta le habló bastante mal de su amiga Margot. Después le explicó sus aficiones.

Berta sentía admiración por obras francesas que Adrián detestaba cordialmente, por las tragedias de Racine, por el *Telémaco* y por el *Viaje del joven Anacarsis*.

Berta mostró entusiasmo por esas obras y Adrián sintió que toda la simpatía que tenía por ella se evaporaba. Por otra parte, el señor Etchezar hizo de nuevo el elogio exagerado de la hierba, que era una de sus manías. Para él, tenderse en la hierba en un prado verde era una de las mayores satisfacciones de la vida. Adrián no compartía este entusiasmo, porque pensaba que el tenderse en la hierba le produciría dolor en el muslo.

Por la tarde salió a pasear. San Juan de Luz era por entonces un pueblo rodeado de arenales blancos, con pocos árboles y muy poca vegetación. Volvió a comprobar que cualquier persona y más un extranjero que se alejara por un camino de aquellos

se haría sospechoso, y desistió de preguntar a las personas conocidas informes sobre los sitios más fáciles para entrar en España.

Los tres días que estuvo Adrián acompañó a Berta y a Margot en sus excursiones. Hacía un hermoso tiempo de verano sin calor excesivo.

Ya por entonces los franceses habían entrado en España por Elizondo y por Vera se habían corrido hacia Irún, Fuenterrabía y San Sebastián.

Por las mañanas iba Erláiz a las tabernas donde campesinos y contrabandistas hablaban en vascuence de sus correrías en la frontera y Adrián les oía para ver si cogía algún dato útil para sus proyectos.

Al parecer, desde Añoa era fácil meterse en España por el valle del Baztán tomando el puerto de Otsondo. Por aquí marchaban las carretas en tiempo de paz, pero cuando comenzaban las lluvias el camino se ponía muy malo.

El paso por Echalar era bastante difícil. El de Oleta, que llevaba a Vera, era quizá el mejor para el que conociera el camino, pero estaba muy vigilado.

Esto, con relación a la izquierda del ejército francés.

Respecto a la derecha, las fuerzas que ocupaban la frontera hacia el mar estaban divididas en tres campamentos, como al principio de la guerra, y se hallaban reforzados por entonces. El primero, próximo al mar, se encontraba entre Hendaya y el río Bidasoa. Tenía lo que llamaban el Puesto de Altura. A la derecha estaba el cerro que se conocía entonces con el nombre de café Republicano y a la izquierda la montaña de Luis XIV, que no llegaba más que a cerro, como el Rey Sol no pasaba de Rey Luna o de Rey Satélite.

Entre el café Republicano y Jolimont había un segundo campamento delante de Sara y Zugarramurdi. En el tercero, según los aldeanos, quedaban algunas compañías vascas en Añoa, en la garganta que lleva a Zugarramurdi, aunque quizá las hubieran quitado.

A los pocos días, cuando ya no encontraba más informes que recoger, Adrián dijo a Berta que le llamaba su madre, y se fue a Bayona. Ya la idea de marchar a España en la primera ocasión propicia se había hecho fija y dominadora en él. La casualidad le dio las primeras posibilidades para su fuga. Se le ocurrió alquilar un caballo y andar por los alrededores de Bayona.

En la posada de Sallafranque, del muelle de la Galuperie, se lo proporcionaron. Había ido varias veces allí a charlar con Perico, el barbero de Azcoitia, y conoció a un mozo, Fermincho, que era de esos tipos que lo facilitan todo.

Luego pidió permiso a la gendarmería para pasear a caballo fuera de las murallas y se lo dieron a causa de su cojera.

El caballo alquilado tenía la cuadra en una casa próxima a la Puerta de España. Adrián pensó, al presentarse en la cuadra mientras aparejaban el caballo, ir a almorzar a una posada próxima, y recaló en la llamada de Guetaldia, de la calle de los Vascos.

Servían en este fonducho dos muchachas de Urruña y una mujer casada de Hasparren, que era cocinera. La dueña de la posada de Guetaldia era una mujer sonriente, blanca y guapa. Su marido, que era vasco, ceñudo y malhumorado, la tenía abandonada con un niño pequeño y él andaba siempre yendo y viniendo.

Adrián, en los días siguientes, empezó a bromear con todas ellas.

La cocinera de Hasparren se hallaba casada con un gendarme, el gendarme La Hire. El cuarto de éste se encontraba en el piso bajo de la posada.

La Hire, que vivía en la casa, tenía que hacer por su cargo comisiones y llevar órdenes a pueblos próximos.

Muchas veces, en su cuarto de la posada, dejaba sobres y paquetes con el sello de la gendarmería, y si no eran urgentes los llevaba días después. Al advertirlo Adrián se le ocurrió que esta circunstancia podría servirle en sus proyectos de fuga.

Pensó también en la cuestión del dinero que necesitaría en el camino, y se le ocurrió sustituir los botones de su traje por monedas de oro, que, envueltas en tela, no se notarían. Lo quiso hacer él mismo, pero vio que era muy difícil. Al último se le ocurrió pintarlas, y luego, cuando se secaran, encargar la obra a una vieja de la casa, que no notó que aquellos falsos botones eran de oro.

Adrián estaba impaciente y no quería esperar más tiempo. Un día, pasando cerca del Reducto, vio por la calle de Bourg Neuf, en una tienda de traperos, un tricornio y una casaca de gendarme. Los compró, explicando que necesitaba galones y que

aquellos le convenían. Dos días después compró en otra tienda unos pantalones blancos y unas botas altas, los guardó en su casa y se los probó.

Iba todos los días temprano a la posada de Guetaldia a desayunar. En aquellas horas no había parroquianos. Las dos muchachas de Urruña, con el ama, barrían y daban lustre al suelo, y la mujer de La Hire preparaba con un pinche la cocina y los comestibles para el día.

Madame La Hire solía cantar con frecuencia una canción antigua dedicada a Enrique IV el Bearnés, que decía así:

*Vive Henri quatre
Vive ce roi vaillant!
le diable a quatre
a le triple talent
de boire et de battre
et d'être un vert galant.*

Adrián galanteaba a todas las mujeres de la casa, les decía algunas bromas y echaba una mirada al cuarto del gendarme, el cual, en una mesa, solía dejar documentos y cartas que tenía que llevar. Luego montaba a caballo y marchaba a inspeccionar los caminos próximos, sobre todo los que iban a desembocar hacia España. No había ninguno que estuviera por entonces poco frecuentado. Siempre había paso de tropas. En la posada miraba el cuarto del gendarme, sobre la mesa y sobre las sillas. No había casi nunca nada; pero una mañana, en el sitio acostumbrado, apareció un paquete de proclamas con su lema Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Entonces, rápidamente, se lo metió en el bolsillo, montó a caballo y salió fuera del pueblo Pensaba que a medida de las dificultades iría encontrando recursos.

Llegó a su casa, sacó su salvoconducto, tomó la pluma, la mojó en el tintero y con mucho cuidado, antes del 9, que era la fecha de su término, le puso un 2 y la convirtió en 29. Dejó secarse la tinta, no se notaba el número añadido. Después vaciló; quizá en estos casos lo que parecía lo más discreto era lo peor y lo más expuesto.

«Hay que tener audacia», se dijo.

Formó un paquete con las ropas de gendarme y salió con él.

En los alrededores de Bayona, hacia la puerta de la muralla por el Château Vieux, había acampada una tropa de gitanos y de vagabundos. Algunos debían de ser saltimbanquis y hacían ejercicios gimnásticos. Había entre ellos un chico que anunciaba las funciones tocando la cometa y otro que le acompañaba con el tambor.

En aquella hora solían salir hacia la Puerta de España para entrar en la ciudad a hacer el reclamo y todos los curiosos que había en las cercanías se marchaban tras ellos.

Este momento lo aprovechó Adrián; se acercó a un árbol y se puso encima de la

ropa que llevaba el pantalón blanco, la casaca, las polainas y el tricornio del gendarme y montó a caballo.

En seguida tomó el camino de España. Iba al trote, cuando le detuvo un sargento de Infantería. Le dio dos de aquellas proclamas sin decir nada y siguió adelante.

Volvió a encontrar otros grupos de soldados que le miraron y le dejaron pasar. Al llegar cerca de la Negresse, le pareció que había mucha tropa en la carretera y decidió alejarse del mar y tomar a la izquierda por un camino que dominaba a trechos el río Nive. Efectivamente, en la nueva dirección apenas se encontró con gente, excepción hecha de algún campesino.

Pasó por varios pueblos pequeños, rodeándolos, y entró en el bosque de Ustáritz. Allí se decidió, se quitó las ropas de gendarme y el tricornio, hizo con todo ello un paquete y lo echó en un hoyo del camino y tiró encima unas piedras. Un poco más adelante vio de lejos una casa solitaria que le pareció una venta. Se acercó a ella. Tenía unas contraventanas de madera, con unas aberturas pequeñas en forma de corazón y un letrero que decía que se albergaba a la gente de a pie y de a caballo.

«Voy a ver si aquí me dan de comer», se dijo.

Tenía mucha hambre. Había que inventar una historia para legitimar su llegada allí.

«¿Qué podría decir?», se preguntó.

Inventó una historia de amor con una muchacha de Ustáritz. Dijo además que daría algunos francos para que mientras él estuviera dos o tres días ausente tuviesen y alimentasen al caballo. En la taberna había un peregrino con una esclavina. No parecía tener ninguna gana de hablar. Adrián salió contento de la taberna, le creyeron lo que contó. Al empezar la tarde marchaba a pie por un bosque solitario y desierto de grandes robles. Era el bosque de Ustáritz. Iba ya animado y confiado en su buena suerte.

Ya al anochecer, marchaba caminando despacio y con precauciones por el bosque, que ya no sabía si era el de Ustáritz o el de Saint-Pée, cuando a la vuelta de un sendero, y casi cerrando el paso, se encontró de repente con una carreta con toldo alargado por una lona y dos pencos flacos que pacían la hierba. Pensó en echarse atrás instintivamente; pero un hombre, una mujer y una muchacha, todos un tanto desharrapados, le habían visto.

Eran gitanos o húngaros. Adrián les saludó.

—¿Adónde va usted? —le dijo el hombre—. No tenga usted prisa.

—No puedo decir adónde voy —contestó Adrián.

—¿Por qué?

—Porque soy oficial de la gendarmería y llevo misión de Gobierno.

—¿Y cómo va usted sin uniforme?

—Por eso, porque llevo una misión secreta.

«Esto me puede salvar ahora —pensó rápidamente—, y luego me puede perjudicar, pero salgamos del paso por el momento.»

—¿Tiene usted salvoconducto?

—Sí.

—A nosotros nos ha costado mucho tiempo conseguirlo.

—A mí, no.

—Siéntese usted —le dijeron los gitanos.

Adrián se sentó en el tronco de un árbol.

La familia estaba formada por tres personas: un viejo, una vieja y una muchacha. Llevaban un oso, una mona y una cabra.

El húngaro no era un tipo repulsivo, a pesar de ir roto y desgredado. La mujer tenía una cara trágica, una pelambreira erizada y una mirada intensa y suspicaz. La muchacha era rubia, estaba muy tostada por el sol y tenía los ojos brillantes.

El viejo hizo muchas preguntas a Adrián, que supo contestar con arte. Resultó que se habían visto días antes en los alrededores de Bayona.

—¿Así que no lleva usted dinero? —le preguntó el gitano.

—No. Nada. Pero tengo sitios donde están avisados para darme todo lo que necesite.

—Amigo, eso de tener crédito es una cosa muy buena. ¿Va usted a ir a España?

—Sí... Luego iré a América.

—¿A qué país?

—A Méjico.

—¿Tiene usted familia allí?

—Sí.

—¿Qué son?

—Son armadores de barcos.

El bohemio pensó que aquel joven debía de ser millonario.

—Si es usted de Méjico, ¿hablará usted el castellano?

—Claro que sí. ¿Y ustedes adónde van?

—Nosotros vamos a España. Primero pasaremos unos días en Saint-Pée-sur-Nivelle, donde acampan unos compañeros nuestros en las ruinas del castillo.

Se habló de los gitanos, por los cuales en general Adrián no tenía simpatía, pero aquellos no se parecían al gitano cobrizo y siniestro, sino más bien tenían aspecto de húngaros y el aire suave y amable.

Por lo que dijeron, los dos focos de gente de su raza, que tenían en el país vascofrancés, uno estaba en Ciburú, cerca de San Juan de Luz, y el otro en Ainchicharburu, cerca de San Juan de Pie de Puerto.

Adrián le dio a la vieja cinco libras que —según dijo— era lo que le quedaba de lo que le habían dado en el pueblo por donde había pasado, para que comprara qué

comer.

Después de cenar se echaron todos a dormir.

AL día siguiente Adrián se despertó al amanecer. Sintió un bienestar delicioso. Un ruiseñor cantaba entre los árboles. Luego vio que el viejo gitano vagabundo, después de inspeccionar que el oso seguía atado al tronco de un árbol, cogió un saco al hombro y se alejó por el bosque.

Adrián se levantó, se lavó la cara y las manos en un arroyo próximo y se presentó a la vieja y a la chica, que habían encendido una hoguera y estaban calentando en ella un cazo con leche.

Le ofrecieron una taza y la tomó.

Poco después volvía el viejo con su saco al hombro.

—¿Qué, ha encontrado usted algo? —le preguntó Adrián.

—Siempre se encuentra algo —dijo el gitano—. He cogido hongos.

Tomó un poco de leche con pan y se puso a fumar en una pipa grande, como la de los aldeanos alemanes. La vieja gitana fumaba también.

Al comenzar la mañana aparejaron los caballos al carro y desataron la mona, el oso y la cabra y se prepararon a partir.

—¿Qué, viene usted con nosotros? —le dijo el húngaro.

—Bueno, vamos.

Fueron cruzando el bosque de Ustáritz despacio. El oso marchaba llevado por el hombre, la cabra seguía al carro y la mona subía y bajaba y hacía mil caprichos. Al mediodía, al pasar por delante de una venta, dijo Adrián que allí tenían orden de darle dinero, y entró y salió al poco tiempo.

—¿Le han dado algo? —le preguntó el gitano.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Veinticinco libras.

El hombre castañó los dedos, y dijo:

—¡Vaya un *gachó*! ¿En asignados?

—No, en oro y en plata.

Al llegar cerca del pueblo de Ustáritz se desviaron para no pasar por él y Adrián le dio dinero a la vieja, que se llamaba Galantha, para que entrara en la aldea a comprar pan y comida.

La vieja los compró, y antes de salir del bosque acamparon y comieron. Sacaron del carro un hornillo para el fuego y una caldera y una sartén.

—¿Usted conoce los hongos comestibles? —le preguntó el hombre.

—Sí.

—Vea usted éstos —y le mostró el saco de hongos que había cogido él.

—Sí, todos éstos son buenos; pero para mayor seguridad podía usted tirar los blancos y quedarse sólo con los negros.

—Bueno.

Adrián miró primero si la sartén y la caldera estaban limpias.

Hicieron un guisado de carne con hongos, que estaba muy bueno, y bebieron abundantemente. Entraron en Saint-Pée ya de noche.

Después de comer, el húngaro se tendió y habló largo rato con Adrián.

Adrián, con su petulancia, le había dado la impresión de ser hombre importante, y el viejo quiso engatusarle. Sobre todo la idea de que tenía barcos le había dado brillantes perspectivas.

—Mire usted, caballero —le dijo— hágame usted caso a mí. Usted lo que debe hacer es dejarse de cuestiones políticas y peligrosas y marcharse a Méjico y llevarse a mi nieta Topacio, que tiene ahora quince años y que ha de ser una mocita muy guapa.

—¿Y usted sabe si ella querría?

—¿Con un mozo como usted? ¿No había de querer?

—Eso, hasta preguntárselo, no se puede saber. ¿Y esta chica quién es? Porque ni ella ni usted tienen aire de gitanos, al menos de los gitanos de España.

—Yo no soy español; yo he venido de los Balcanes —contestó él—; de chico anduve por el Sur de Rusia. Algunos de mis paisanos eran sedentarios, iban en un grupo que llamaban *tabor* y eran tratantes de ganado o vendían telas o mercería. Otros éramos errantes, teníamos unos jefes a los que llamábamos a unos *natria* y a otros el *vaivoda* o el *vovoida*, que algunos decían que tenía categoría de príncipe. La gente no nos quería. Unos decían que éramos egipcios y que habíamos rehusado en otro tiempo dar hospitalidad a la Virgen, y que por eso nos perseguían; otros, que éramos diablos. La vida era divertida; también algunos aseguraban que nuestra iglesia la habían hecho con tocino y que se la había comido un perro.

—¿Y qué hablaban ustedes?

—Pues yo creo que hablábamos una mezcla de ruso y de alemán y de caló, que a mí, al menos, se me ha olvidado.

—¿Y vivían ustedes toda la tribu unida?

—No, muchos se quedaban en los pueblos. Las mujeres guapas se colocaban con facilidad. Yo me entendí con una muchacha hija del *vaivoda* y tuvimos poco tiempo después un chico, que se murió de muchacho y que era el padre de Topacio.

—Pronto ha sido usted abuelo.

—Sí, es nuestra raza precoz y fecunda.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Cerca de los cincuenta.

—¿No lo sabe usted a punto fijo?

—No.

—Dentro de tres o cuatro años puede usted ser bisabuelo.

—Sí, ande usted, propóngaselo usted.

—Ya veremos lo que dice la mocita.

No crea usted que la casta de los húngaros es mala; ha habido en ella duques y magos. Se dice que no tenemos religión y que no queremos trabajar.

—¿Y es verdad?

—De todo hay. A nosotros nos han quitado nuestro país y no queremos fijarnos en ningún otro y así andamos por el mundo: hoy aquí y mañana allí.

Según este húngaro viejo, hacía muchos años, cuatrocientos o quinientos, había en el centro de Europa una peste terrible y se acusaba a los judíos de haber envenenado los pozos y las fuentes. Esta acusación produjo la cólera de todo el mundo. Entonces los judíos se metieron en los bosques y luego en las cuevas, que hay algunas enormes, y allí estuvieron cuarenta o cincuenta años. A estos judíos se mezclaron vagabundos y polacos. Cuando supieron que los alemanes, reformistas, estaban divididos por la religión, salieron fuera, y para engañar a la gente dijeron todos que eran egipcios que habían vivido y que les habían echado de Tierra Santa porque no habían querido recibir a la Virgen María y al niño Jesús. Por eso a los gitanos y los húngaros en muchas partes les llaman egipcios aunque no lo sean.

A Adrián le pareció la tesis no muy absurda.

El húngaro se llamaba Nicolás Ivanof, en su país les daban el apodo de *Batuska* y en España los gitanos le llamaban *Brabani*, o ‘el Audaz’. Él no sabía a punto fijo de dónde era: unas veces decía que de los Balcanes y otras de Ucrania.

Había sido todo lo que puede ser un vagabundo: vendedor de caballos y de burros, tocador de balalaika y de pandero, había andado con un oso y con una mona, había vivido de brujo, de cazador de víboras y de topos, de hacer cestos, de calderero, de pescar en los arroyos peces y cangrejos y de decir la buena ventura. No había actividad de trotamundos que no conociera.

Ivanof hablaba bastante mal muchos idiomas, pero los que hablaba mejor eran el castellano, el francés, el caló y el vasco. Tenía entusiasmo por la vagabundez, y decía en vascuence *Aicean jayac aicean nai* (‘el que ha vivido en el aire quiere aire’).

Ivanof le contó a Adrián historias divertidas, entre ellas la del abate vasco Adán de Baigorri, que dejó su cargo de cura y se fue con una banda de gitanos y maleantes y robaba, pero luego lo que robaba lo repartía entre los pobres. Era como el bandido andaluz: El que a los ricos robaba y a los pobres protegía. Adán de Baigorri acabó en el *estribel* de España y allí murió como un santo, según Ivanof.

Adrián le preguntó por sus animales. El oso, que en francés le llamaban *Martin* y

en España *Mariano*, era de Rusia y muy inteligente. Tenía a veces malos momentos de cólera y había que estar vigilante.

A la mona le llamaba la *Dama Popinari*; así la llamaba el que se la había cedido.

—¿La compró usted?

—Hice un cambalache. Respecto a la cabra, que nos dieron unos cabreros recién nacida, Topacio le decía *Bonita* en español.

Ivanof hubiera seguido charlando, porque era muy perezoso y más amigo de hablar que de caminar, pero la hora de comenzar la marcha se acercaba. Pronto vendría el anochecer.

Levantaron el campo y se dirigieron camino de Saint-Pée-sur-Nivelle.

Por la noche, Adrián se acercó a Topacio a hablar con ella y a bromear.

Era la chica muy amanerada y de una coquetería un poco burda. Tenía un repertorio de gracias muy conocidas y cantaba canciones en gitano. Hablaron del caló y ella le indicó cómo se decían algunas palabras en el idioma de los «cañís». El hombre era el *romí*; el perro, *trukel*; el mono, *papinori*; el caballo, *gra*; la vaca, *guruni*; el beso, *tchumoben*; lo bueno, *latcho*; el negro, *kalo*, y el pedir, *mangawa*. Después dijo otras muchas palabras más. Adrián reconoció que todas ellas tenían un aire muy expresivo y muy gráfico.

A Topacio, sin duda, ser gitana le debía parecer más atractivo que ser húngara. Luego cantó estas dos coplas:

*Si tú te romandiñaras
Y yo lo supiera,
Yo vestiría todo mi cuerpo
De bayeta negra*

*La romi que yo camelo
Si otro me la camelara
Sacaría la chulí
Y la cara le cortara.*

Iban adelantando por el camino dejando casitas solitarias, bosquecillos, prados verdes, algunos campanarios humildes que se veían a lo lejos, y a veces el mar, que aparecía a la derecha, verde con sus encajes de plata.

El suelo mojado por la lluvia de la noche; el cielo azul con pomposas nubes blancas como fundidas en los bordes; el viento fresco que agitaba el follaje de los árboles, todo daba un gran encanto a la tarde.

Se podía pensar con facilidad que todo aquel estrépito aparatoso de la guerra no era nada ante la calma de la Naturaleza.

Cuando comenzaba la noche, y antes de llegar al pueblo de Saint-Pée, se detuvieron. El campo estaba tranquilo y silencioso. Se sentía el olor fuerte de las

hierbas aromáticas, sobre todo de la menta, y el ruido de un arroyo próximo. Pasaron algunos carros con los ejes que iban chirriando alborotadores, oyeron las campanas del Ángelus en la melancolía del crepúsculo y comenzaron a brillar las estrellas.

—¿Aquí es donde vamos a parar? —preguntó Adrián.

—No, en un castillo en ruinas que se llama el castillo de los Brujos.

—¿Y de aquí a dónde van ustedes?

—Iremos a Donamaría dentro de una semana.

—Quizá vaya yo allí.

—Vaya usted. Ya verá usted esta chiquita lo que promete. Cantará usted una canción gitana que dice así:

Iek, ta duy, ta trin ta star

Chai me camaba tut

Na si kek sas tut.

—¿Y eso qué quiere decir, compadre?

—‘Una, dos y tres y cuatro, chica yo te quiero. Ninguna es como tú.’

Adrián se acercó a Topacio y le dijo:

—¿Quieres hablar conmigo un rato?

—Sí, ¿por qué no?

Adrián le contó cómo su abuelo quería vendérsela a él por algunos duros.

—Yo creo que no es mi abuelo —dijo ella—, y yo no me he de *romandiñar* con un hombre a quien yo no quiera.

—¡Eso me parece muy bien! ¿Es que tienes novio ya?

—Sí, señor; *oui monsieur*.

—Entonces yo no te pretendo.

—El *calochin* está ya ocupado, hermano.

—¿Y quién ha tenido el *bají* de hacer tu conquista? ¿Es un *caloró*? ¿Es un húngaro?

—Es un gitano, y si el viejo *puró* se empeña, le cantaré esta canción de mi país:

Miditika, miditika, wien iing quatsch

Ba nu, ba nu n'am tsche fatsch

—¿Qué quiere decir eso?

—‘Pequeña, pequeña, ven aquí. No, no; yo no tengo que hacer aquí’.

—Bien. Entonces, cuando pueda me voy. Adiós Topacio.

—Adiós.

EN todo el país vascofrancés la Revolución era poco simpática. Lo mismo pasaba en Saint-Pée. Habían escrito allí una canción burlona sobre una fiesta patriótica celebrada en el pueblo en que se ponía en ridículo al cura constitucional, que había jurado fidelidad al Gobierno republicano. La canción comenzaba diciendo:

Senperen egin dute besta bat haundia
(‘En Saint-Pée han hecho una gran fiesta.’)

Al llegar a Saint-Pée, los gendarmes les detuvieron y les pidieron el salvoconducto. Lo presentaron y les dejaron seguir. Pasaron por el pueblo y se alojaron en el castillo de los Brujos, que estaba por dentro completamente arruinado, aunque todavía conservaba la techumbre.

Este castillo había sido edificado en el siglo xv por Ogerot de Saint-Pée, uno de los últimos partidarios de la dominación de los ingleses en el ducado de Aquitania y en el país vasco. La familia había tenido al final del siglo xvi y principios del xvii reuniones que se consideraban como de brujería. De aquí procedía el nombre del castillo de los Brujos.

Después se decía que el dueño había sido un señor de Caupenne y que la Convención, considerando a los habitantes del castillo enemigos del régimen, los había mandado detener.

Entraron en el patio del castillo, que estaba desierto.

Brabani, con una antorcha en la mano, acompañó a Adrián por una escalera rota y compuesta con trozos de árbol a un cuartucho alto del que tenía la llave, lo abrió y le mostró un montón de paja.

—Ahí puede usted dormir como un príncipe —le dijo—, y encendió con la antorcha una vela de cera metida en el cuello de una botella.

—Bien, pero deme usted la llave —le indicó Adrián—, no vaya a tener necesidad de salir.

—Le dejaré a usted la puerta abierta.

Adrián inspeccionó el cuarto. Había allí unos palos gruesos en un rincón, y con ellos atrancó la puerta, apagó la luz y luego se echó a dormir en la paja.

Se despertó por la mañana y comenzó a desatracar la puerta. Cuando quitó los palos, al ir a abrirla notó que estaba cerrada con llave.

«Ese granuja me ha encerrado cuando estaba dormido», se dijo Adrián.

Le entró el apuro. Examinó la cerradura. No era fuerte. Cogió del suelo una cuña afilada, la metió entre la cerradura y la madera y empezó a darle golpes con uno de los palos y llegó a hacer saltar el hierro.

Bajó la escalera furioso, dispuesto a encararse con Ivanof y armarle un escándalo. El descenso era difícil. Los troncos de árbol que formaban la escalera estaban inseguros y se podía con facilidad irse abajo y matarse. Fue marchando con precaución, y en el descenso, con el miedo de caerse, perdió la cólera y se tranquilizó.

En el centro del castillo había un gran patio que debió antes haber sido decorativo. En uno de los ángulos se veía un carro de gitanos y las mujeres comenzaban a hacer fuego y los chiquillos andaban alrededor medio desnudos.

El patio del pequeño castillo era un campamento de feria con decoración de ruinas. Había allí tres casetas, otras tantas tiendas de campaña de lona sucia, burros, caballos y perros. Gitanos con pañuelos rojos en el cuello y fajas de color y viejos cetrinos con grandes sombreros a la cabeza iban y venían.

El castillo tenía partes antiguas medianamente conservadas y otras destruidas por el incendio. En las columnas del patio y en algunas ventanas había esculpidas conchas de peregrino. Quizá el castillo fue en otro tiempo sitio de paso de los peregrinos que iban a Santiago, porque esas conchas aparecen en sus santuarios o en sus posadas.

En este castillo, el consejero francés Pierre de Lancre comenzó el proceso de brujería, célebre en el país vascofrancés, a consecuencia del cual se quemaron y ahorcaron a un gran número de desgraciados.

Adrián se metió por unas arcadas que quedaban medio sepultadas, que quizá eran entradas de subterráneos o sótanos del castillo, de donde salían algunos murciélagos. En las paredes corrían las lagartijas y algunas se le quedaban mirando con malicia volviendo un poco la cabeza.

Se encontró con un tipo alto, de una fealdad repulsiva y cómica, que le preguntó amablemente:

—¿Es usted español?

—Sí.

—Pero no gitano.

—No.

—Se ha hablado de usted aquí.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayer noche.

—No lo sabía.

—Parece que le tienen por hombre importante.

—Pues no lo soy.

—¿Va usted a entrar en España?

—Sí.

—¿Por dónde?

—No lo sé todavía.

—¿Tiene usted dinero?

—No, pero me lo darán.

—Yo también voy a entrar en España, pero no tengo un cuarto. Me han dicho que lo mejor es ir por un pueblo que se llama Itchasu. Si yo tuviera algún dinero o supiera dónde lo hay...

—¿Lo robaba?

—Naturalmente.

*Toda la vida es hurtar;
no es el ser ladrón afrenta,
que como este mundo es venta,
en él es propio el robar.*

El hombre parecía culto, hablaba con dificultad el español, decía que lo había olvidado, y debía ser verdad. Venía de París a pie, donde al parecer le perseguían, y pensaba ir a Burgos. Vestía muy harapiento, y en el bolsillo de la chaqueta, al través de la tela, se le dibujaba la forma de un puñal.

—¿Y qué ha sido usted? —le preguntó Adrián.

—He sido de todo: soldado, cómico, prestidigitador, tocador de guitarra, maestro de baile y durante mucho tiempo he hecho el papel de pedante en las farsas de teatro. Ahora hay que recogerse, porque la tormenta que viene va a ser terrible.

A Adrián le pareció que aquel hombre debía de tener algún peso grave sobre la conciencia. Le contemplo con curiosidad. Tenía una cara cetrina, sombría y siniestra. La cabeza pequeña, la cara grande y pesada, los brazos y las piernas descomunales. Daba la impresión de que no podía haber cometido más que crímenes o infamias.

Adrián se separó de él y siguió recorriendo el patio.

En una bóveda ancha, alojadas con relativa comodidad estaba la muchacha Topacio con otra gitana.

Adrián se acercó a Topacio y le dijo:

—¿Está Brabani aquí?

—No.

Brabani, al parecer, se había marchado. Le buscó por los rincones y entró en varios cuartos. En uno de ellos vio que había un hombre muerto sobre un montón de hierba. Espantado, se le ocurrió avisar a los gitanos; pero, reflexionando, no lo hizo. Luego salió de aquella arcada al patio, y tomó la carretera adelante.

Adrián comenzó a caminar con extrema precaución, bordeó dos aldeas, Suraide y Ezpeleta, comió y durmió en el campo cerca de un almiar de heno y llegó al anochecer al pueblo llamado Itchasu que le había indicado el vagabundo que hacía papeles de pedante.

Preguntó por la posada y entró en la cocina. Por lo que le dijeron, el pueblo estaba loco de terror. Se decía que algunos soldados republicanos habían golpeado a un campesino para que declarara en dónde habían enterrado unos objetos de oro y de plata de la iglesia que donó hacía años un tal Etchegaray al venir de América.

Adrián cenó en la cocina, y sin terciar en la conversación se fue a la cama.

A la mañana siguiente se levantó temprano, y al amo de la taberna, que parecía poco inclinado a la simpatía por los soldados franceses, le preguntó:

—¿Es fácil pasar a España?

—¿Es usted español? —le preguntó él.

—Sí, pero he nacido en América.

—¿Tiene usted salvoconducto?

—Sí.

—Bueno, pues démelo usted. Yo haré que el gendarme que es amigo mío lo selle.

El posadero dijo que había más vigilancia con los paisanos que pretendían marchar hacia la costa, que era zona de guerra, que no con los que iban hacia el interior; los pasos para España estaban muy vigilados. De pretender cruzar la frontera, lo mejor era alejarse del mar.

Adrián pagó el desayuno y la cena del día anterior y dijo al posadero que volvería a la noche.

Al salir a la calle y al pasar por delante de la iglesia vio que estaba abierta y que los soldados iban echando a culatazos a todos los que estaban dentro, hombres y mujeres.

Adrián recogió el salvoconducto sellado y se marchó del pueblo y fue hacia la aldea de Laxia y estuvo contemplando uno de los múltiples pasos que se llaman de Roldán que hay en los Pirineos y un vallecillo pedregoso que tiene el nombre de Valle del Infierno.

Se encontró con un pastor que era de un caserío próximo y habló con él.

El pastor tenía mucho miedo a los revolucionarios. Le dijo a Adrián que si era andarín y tenía buenas piernas, desde allí mismo, y siguiendo el cauce de un arroyo y remontándolo, podría entrar fácilmente en España, pero el trayecto era largo.

Adrián le dijo que no podía andar mucho porque le dolía la pierna.

—Si es así, lo mejor que puede usted hacer es ir a Añoa.

—Lo malo es que al entrar en un pueblo se llama la atención.

—Sí, es cierto. Para evitar eso podía usted ir por el monte a Añoa y en la primera casa de la izquierda pregunta usted por un indiano que se llama Chomin Beltza, que

tiene una taberna, le dice usted lo que quiere y le pregunta si está Zizari, y si está Zizari ése le pasará a usted en seguida.

Adrián le dio las gracias al pastor y se dirigió a Añoa.

CHOMIN Beltza era hombre de mediana estatura, ancho y fuerte, moreno, con la cabeza redonda, ojos abultados, brazos gruesos y unas piernas fuertes. Era capaz de estar bebiendo y cantando días enteros sin cansarse. Recibió a Adrián al principio con suspicacia, pero cuando le mostró el salvoconducto sellado en Itchasu se tranquilizó, y más cuando supo que Adrián era mejicano. Le dijo que le arreglaría en seguida el paso al otro lado de la frontera, porque aquella misma noche llegaría Zizari ('la lombriz'), que iba a llevar a España a las chicas suyas que estaban en casa de un pariente en Añoa. Estas explicaciones las dio Chomin Beltza ('Domingo Negro') entre cantos, gritos, canciones americanas y vascas.

Le dijo que Zizari era agote. Adrián no había oído hablar de agotes. Chomin Beltza le indicó que había una canción de Suberoa que caracteriza a los agotes, que a veces son los tipos más guapos del país vasco, pues tienen el pelo muy rubio, la piel blanca y los ojos azules. La canción indica la manera de conocerlos.

*Soizu nundik ezagutzen dien zein den agota
Lehen so egiten zaio hari belarriala
Bata handiago dizu eta aldiz bestia
Biribil eta orotarik bilhoz inguratia.*

('He aquí cómo se conoce al que es agote: desde luego al mirarle las orejas, una es más grande y la otra es redonda y cubierta de vello espeso.')

Adrián escuchó las canciones y las historias de Chomin Beltza, que era hombre incansable, y al comenzar la noche entró en la taberna Zizari.

Zizari era un hombre delgadito, triste, de ojos negros, vestido de harapos, de aire humilde. Tenía una frente grande y un color blanco pálido, como de papel.

Chomin Beltza los reunió a Adrián y a Zizari para que hablaran.

—¿Ha venido usted de España? —le preguntó Adrián.

—Sí.

—¿Y los caminos están muy vigilados?

—Sí, bastante. El camino de aquí a Urdax y a Zugarramurdi no está vigilado, pero en los pueblos hay guardias franceses; lo mismo pasa yendo por la regata de Sara; se entra en España fácilmente; pero al acercarse a Vera ya en los caminos hay soldados.

—Entonces, ¿qué es lo que yo podría hacer?

—Veremos si se le puede llevar a usted a Zugarramurdi. Venga usted a mi casa.

Salió Adrián de la taberna de Chomin Beltza y fueron a un callejón angosto en donde había una casa miserable y ruinosa. Si aquella casucha abandonada no era un lugar de apariciones o de fantasmas, estaba engañando con su aspecto a los viajeros cándidos.

Había en el piso bajo una cuadra, y de ella, por una escalera de madera estrecha, se subía a un camaranchón vacío con una cocina baja iluminada por un candil.

Aquella buhardilla desmantelada no tenía techo y estaba cubierta sólo por las tejas, el piso era de madera rota llena de agujeros, había unos vasares de tablas y la chimenea negra con su caldera colgada del llar y unos bancos alrededor.

En los rincones se advertían unos jergones de paja de maíz, donde dormía la familia. Esta se hallaba constituida por una vieja de aire de hechicera, y probablemente también de hechos, que tenía amaestrado un cuervo que se le ponía en el hombro y que parecía que le contaba algo confidencialmente, y por tres chicas entre catorce y nueve años, flacas, pálidas, las más pequeñas desdentadas, todas parlanchinas y chillonas, pero simpáticas, que tenían nombres muy románticos, pero que las conocían en el barrio por los mote de *Chuloca*, *Bizcarca* y *Thentica*, que son los nombres que dan las chicas en el país vasco a las tres posiciones del astrágalo cuando se dedican al juego de las tabas. La vieja era la madre de Zizari y las chicas hijas de éste.

Como a ellas las llamaban por sus apodos, ellas a su mismo padre le daban el mote por el cual era conocido, y al verle entrar en casa decían:

—Ahí viene Zizari.

Adrián se vio rodeado de aquellas tres chicas alborotadoras, que le hicieron mil preguntas, pero Zizari las echó de la habitación y salieron chillando como cornejas.

Zizari, hombre de poca suerte, había vivido, según dijo, en Ciburu, cerca de San Juan de Luz, y al parecer era agote, de una raza odiada y despreciada.

¿Por qué estos pobres agotes, que no habían hecho nada más que vivir oscuramente eran odiados y despreciados por los vascos, cuando no tenían estigma ninguno ni se sabía de ellos nada malo? Era difícil saberlo.

Zizari invitó a sentarse a Adrián en el banco de la cocina, y le preguntó, en castellano:

—¿Qué es lo que quiere usted hacer?

—Pues yo quisiera entrar en España.

—¿Hasta dónde quiere usted pasar?

—Quisiera pasar hasta cerca de la provincia de Vizcaya.

—¿Tiene usted papeles?

—Sí, salvoconducto para Francia.

—¿Y para España?

—Nada.

—Será difícil. Más fácil sería llegar por el mar, embarcando en San Juan de Luz, por ejemplo...; pero hay que tener algún patrón de barco amigo.

—No lo tengo.

—¿Y usted qué es, español o francés?

—Yo soy español, nacido en América.

—¿Y qué hacía usted aquí en Francia?

—Pues estaba de militar en el ejército español.

—¿Así que si le cogen le harán prisionero?

—Seguramente.

—¿Sabe usted vascuence?

—Sí.

—Yo le acompañaría a usted, porque conozco muy bien los caminos; pero dos hombres andando por estos montes producirían, si les vieran, desconfianza.

—¿Así que no puede usted acompañarme?

—Será mejor que le acompañe a usted mi hija mayor, que suele ir con frecuencia a Vera, en donde vive una hermana de su madre. Luego ella seguirá a Oyarzun sin dificultad, pero usted tendrá que esperar una buena ocasión para atravesar el Bidasoa.

—¿Por qué?

—Porque están guardadas las orillas del río por todas partes.

—¿Qué quiere usted que le dé a su chica?

—Nada.

—¡Hombre, eso no!

—Bueno, pues le da usted a mi madre un poco de dinero para que haga una buena comida.

—¡Muy bien! ¿Y cuándo saldré?

—Yo creo que mañana o pasado va a llover, y si llueve no habrá vigilancia en el monte.

Por la noche fueron Adrián y el agote a la taberna de Chomin Beltza. Adrián se quedó y al otro día fue a comer a casa de Zizari, donde se sentó a la mesa con toda la familia. Las tres chicas estuvieron chillonas y Adrián se rió mucho de sus ocurrencias. Estas chicas de Ciburu tenían fama de ser más alborotadoras que las de los otros barrios de San Juan de Luz.

Añoa es el pueblo de Juan de Perocheguy, escritor un poco fantástico, como todos los vascos, que publicó en castellano un libro titulado *Origen y antigüedad de la Lengua Vascongada*, y otro con el título de *Origen de la Nación Vascongada y de su Lengua, de la que han dimanado las monarquías francesa, española y la República de Venecia*.

Adrián pensó que por poco no salen de la nación vasca el Imperio de Persia o el de la China.

Al día siguiente, Zizari acompañó a Adrián a una ermita de un ermitaño que se llamaba Juan Bautista, ermita que estaba en el monte Eseby dedicada a Nuestra Señora del Espino. Zizari preguntó a Juan Bautista sobre el tiempo que haría el día siguiente.

«Hoy creo que lloverá», dijo el ermitaño convencido.

Luego Zizari le preguntó sobre los puntos donde se hallaban los destacamentos de soldados franceses, y Juan Bautista los señaló con exactitud.

Al bajar al pueblo, Zizari dijo:

—Esta noche saldrán ustedes.

DESPUÉS de cenar, Adrián y la hija de Zizari, *Chuloca*, de verdadero nombre Graciana, salieron por una estrecha vereda. El tiempo estaba oscuro y llovía, los caminos se hallaban llenos de charcos.

Al avanzar la noche comenzaron a pasar las nubes atropelladamente por el cielo y salió la luna.

La hija de Zizari, *Chuloca*, unas veces hablaba, pero en algunos sitios en donde sin duda creía que había vigilancia se callaba. Dieron vueltas y más vueltas, y Graciana, al cabo de unas horas, llevó a su compañero, después de rodear un poblado, a una gran cueva, en la que no se veía nada.

—Dame la mano —dijo *Chuloca*.

Adrián le dio la mano y fueron bajando hasta la orilla de un arroyo.

—Ahora espérame aquí —añadió la chiquilla.

Adrián se quedó solo. Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad y veía a sus pies el arroyo que brillaba pálidamente y a la salida de éste un arco por donde entraba la claridad de la noche.

Al poco tiempo volvió la muchacha con un fajo grande de helecho seco.

—Vamos a sentarnos aquí y a comer un poco.

La muchacha sacó una bolsa en donde llevaba queso, pan y una botella de vino. Devoraron el pan, el queso, las manzanas y bebieron el vino.

—¿Cómo te llamas tú, chica?

—Me llaman *Chuloca*.

—Ya lo sé. ¿Pero tu nombre verdadero?

—Mi nombre verdadero es Graciana de Salaberry.

—Tú debes ser noble.

—Puede ser.

—Bueno, Graciana. Vamos a dormir.

Adrián echó el capote en el suelo y la chica y él se cubrieron el cuerpo y apoyaron la cabeza en el montón de helecho.

Cuando Adrián se despertó ya había amanecido. La primera impresión fue de sorpresa y de espanto. Creía que estaba soñando. Se encontraba en la cueva de Zugarramurdi, la cueva de las Lamias, célebre en la brujería vasca. El techo alto, las paredes llenas de anfractuosidades, el arroyo que corría sin ruido por el fondo, todo esto le sobrecogió. La soledad, el miedo a la noche y a lo maravilloso se le

impusieron.

En los momentos de desanimación y de apuro llegaba a creer en las supersticiones y en los agujeros, se acordaba de las fantasías de la vieja india que le había criado cuando pequeño, y no le parecían locuras.

Cuando ya recordó el viaje y sus incidencias, y vio aquella chica que dormía tranquilamente a su lado, se serenó. Se asomó a la entrada de la cueva y vio que era de día. La caverna se iba iluminando y se iban viendo sus paredes blanquecinas y el arroyo que la recorría, el arroyo llamado del Infierno.

Adrián se acercó a la chica con intención de avisarla, pero en aquel momento ella se despertó.

Fue al arroyo, se agachó y se lavó la cara. Adrián hizo lo mismo.

—Ahora vamos a desayunar —dijo.

Graciana sacó algo del pan y del queso que habían quedado del día anterior y dio los pedazos mayores a Adrián, pero éste le dijo:

—No, los trozos mayores para ti.

—Bueno. Entonces, a medias.

—¿Te da miedo este agujero? —preguntó Graciana.

—Un poco. ¿Y a ti?

—A mí, nada. Esto dicen que era cueva de brujas. ¿Tú crees que hay brujas?

—En que hay mujeres que las creen brujas, sí.

—¿Y tú no has oído hablar del Basajaun?

—¿Un gigante que anda por el monte?

—Sí. He oído hablar algo de él.

—También dicen que hay otro gigante que llaman Tártalo que estaba encadenado y lo desencadenó el diablo y lo mataron los marinos de San Juan de Luz. Pero, bueno, vámonos.

Emprendieron la marcha hacia Vera por caminos y sendas. El campo estaba encharcado, el cielo comenzaba a mostrar jirones de color azul. La mañana iba a ser de sol, quedaban ligeras neblinas.

Chuloca, que se orientaba como un perro de caza, no quería marchar por caminos frecuentados, aquel día era domingo y los aldeanos irían a misa. Cruzando senderos llegaron a un poblado que pertenecía al barrio de Alzate de Vera.

Este poblado formaba una calle que se llamaba Illecueta. Allí vivía la tía de Chuloca en el caserío de Irigoitia.

La casa era grande, negra y bastante abandonada. En la cocina había una mujer vieja, un hombre, una mujer joven y unos chicos pequeños.

Chuloca explicó a sus tíos de lo que se trataba, de cómo habían llegado de Añoa Adrián y ella, y que su padre había dicho que le llevaran a su compañero de viaje a una casa próxima al río para que en un momento oportuno pudiera ir a la otra orilla.

«Bueno, bueno, está bien —dijo la mujer—. Ahora, si queréis, podéis dormir un rato y ya pondremos como domingo un poco más de comida que los otros días.»

Adrián les dio unas monedas con este objeto, le llevaron a una alcoba cerca del granero y se echó en una cama y se durmió hasta el mediodía.

Cuando se levantó le dijeron que ya estaba la comida preparada. Habían puesto un mantel blanco sobre la mesa. Los del caserío aparecieron más elegantes y Graciana se lució con un vestido claro que le sentaba muy bien.

Adrián le dijo que estaba muy guapa y ella se ruborizó y se rió mucho.

La comida fue buena, y después de comer le dijo el amo, en vasco, a Adrián:

—Le tengo que enseñar algo muy raro.

«¿Qué demonio será?», se preguntó Adrián, a quien todo producía desconfianza.

—Venga usted.

Subieron por una escalera al desván y le mostró sobre uno de los pilares del techo, próximo a una ventana, una especie de bolsa o de colmena sobre la que revoloteaban un enjambre de abejorros negros y grandes.

—¿Usted ha visto abejas tan grandes?

—Abejas, no; pero éstos deben ser abejorros.

—¿Pero usted los ha visto?

—Sí.

—¿Y dan miel?

—Yo creo que sí. Miel y cera.

—¿Así que no hay que quitarlos?

—Yo creo que no.

—Pues yo no he visto nunca abejas tan grandes.

Volvieron a la cocina, y como aunque era verano no hacía calor, estuvieron al lado del fuego.

De pronto se presentó un santero vestido con un capisayo amarillo, una gorra de badana, la demanda y un garrote en la mano. Empezó a rezar. Tenía la cara roja, las guedejas blancas y la voz aguda. Era conocido de la casa.

El amo le echó una moneda en el cepillo y le dijo que volviera después.

Comieron, y a los postres se presentó el viejo santero y le pusieron la comida y una jarra con un poco de vino.

Habían contado Chuloca y Adrián que habían pasado la noche en la cueva de Zugarramurdi. El hombre de Irigoitia añadió una serie de fantasías sobre la cueva, llamada Lamien-lecea ('Cueva de lamias') y lo que se veía en ella.

La madre de este hombre era una vieja con aire de gran dama, con los ojos claros, el pelo blanco y vestida de negro. Parecía una vieja de cuento. Hilaba al lado de la lumbre y tenía muy mal humor, y dijo, como si la conversación le produjera ira, que estas lamias o *lamiñas*, como las llamaban en vascuence, se adelantaban por el

riachuelo del barrio de Illecuenta y que se las veía de noche en un agujero del río, que por eso se llamaba Lamio-Osiña. Osiña quiere decir ‘pozo’ y Lamiosiña, ‘Pozo de las lamias’.

Lamiosiña era un pozo que había en el arroyo entre las zarzas.

Adrián le preguntó si había visto ella alguna lamia, y ella contestó con cierta cólera que tan bien como le estaba viendo a él. Entonces el santero viejo terció en la conversación y dijo que las brujas solían hacer hechizos y producir enfermedades de languidez metiendo en la lana de los colchones figuras hechas también de lana que representaban animales raros, serpientes, caracoles, etc. Cuando sucedía esto lo mejor era quemar el colchón.

A una vieja de su pueblo que la llamaban Joshepa Zarra, y que era muy pobre y solía ir a vender leña a Sara, le cogieron una vez las brujas y la engañaron, se pusieron a tocar el *chistu* y la hicieron bailar hasta que la pobre quedó rendida.

Como Adrián quería contradecir al santero, el hombre de la casa hizo una seña confidencial y le indicó que le dejara hablar sin interrumpirle.

La vieja de la casa tomó de nuevo la palabra. Según ella, escondida entre los matorrales del río, andaba una mujer que no se sabía quién era.

—Pero ¿qué mujer? ¿Una mujer de verdad o un fantasma? —preguntó Adrián.

Ella no lo sabía. Sólo sabía que estas *laminas* o lamiñas o como se llamaran se adelantaban por el río del barrio y que se las veía muy bien en el agujero que ella conocía de matorrales y de zarzas.

La vieja de la casa movía su cabellera blanca, y con el mismo tono colérico contó otras historias de estas mujeres que andan cerca de los ríos y que tienen el pelo dorado. Muchas veces, ella misma, al pasar por el lavadero, había oído decir a estas mujeres en voz baja: *Churitzen Churitzen!* (‘lavando, lavando’).

—¿Y para qué hacen eso?

La vieja se encogió de hombros con rabia.

El santero contó en seguida que había estado de criado en la juventud en un caserío del camino de Sara y que de noche, en el camino y en las praderas, se oían pasos. Unos decían que eran de un hombre de los bosques y otros de un cazador que andaba de noche.

Ciertamente, no tenía nada de particular que se oyeran pasos en el campo, fueran de hombre o de ganado; pero el viejo lo decía de tal manera que, hacía temblar a los chicos y a Adrián.

Todos los oyentes estaban un poco estremecidos con estos misterios. El amo del caserío dijo entonces que a una de las casas del barrio la habían hecho algún hechizo un *beguizco* (‘mal de ojo’) o algo malo *gaitz emana*.

Él, unas veces, decía que no creía y otras que sí. Las gentes de aquel caserío, según dijo, veían siempre en el campo, por la época del verano, un caballo blanco.

Adrián dijo con una seriedad que a él mismo le chocaba cómo había oído decir en Bayona que las gentes así, medio embrujadas, del país vascofrancés, solían ir a ver al rey de los brujos, que entonces vivía en Saint-Jean-le-Vieux, cerca de Saint-Jean-Pied-de-Port, y que daba remedios para librarse de esos males y vendía un canuto como un alfiletero con unos diablos dentro.

El santero había conocido también, hacía mucho tiempo, cuando era chico, a un viejo, muy viejo, que vivía en una casa pobre camino de Sara. Este hombre, que había sido después preso en San Juan de Luz entre otros muchos y a punto de ser muerto, hacía ver figuras raras en las paredes y en las llamas de una hoguera y daba bebidas para enamorar y para olvidar los amores.

Chuloca era la única que se burlaba de todas estas fantasías.

«¡Qué contraste —pensaba Adrián— entre la tertulia de casa de Empan de Azcoitia y aquella vida tan oscura y tan supersticiosa!»

Aquella gente no vivía en el final del siglo XVIII, siglo de curiosidades y de innovaciones, sino en una época prehistórica.

Por la tarde, Adrián pasó el tiempo jugando a las cartas, y el hombre del caserío le dijo que por la noche le llevaría a una casa próxima al río, para que pudiera pasar a la otra orilla en una buena ocasión.

A la hora de cenar llegó Chuloca y le dijo a Adrián que por la mañana del día siguiente iba a ir a Oyarzun y si quería darle algún recado ella lo llevaría. Le dio un papel para su amigo Zabaleta y le indicó que lo dejara en la Botica Zarra. Luego le dio un luis de regalo.

—No lo quiero —dijo ella.

—Pues si no lo quieres tú, se lo das a tu padre.

—Bueno. ¿Sabe usted lo que quiero?

—¿Qué, Graciana?

—Darle un beso.

—Bueno, nos daremos un beso.

Adrián y la chica se dieron un beso y la abuela empezó a protestar.

—*Agota Zarra!* (‘¡Vieja agota’), *Mutur ziquiñ!* (‘¡Morro sucio!’), *Cascarota!* —le gritó.

Llamar a una chica de catorce años vieja agota era un poco excesivo.

La chica se reía y decía en broma:

—*Pechera! Pechera!*

Eran los insultos clásicos que en los barrios donde había agotes se dirigían entre los que se consideraban cristianos viejos y los nuevos. Los unos llamaban a los otros agotes y los otros a los que les denigraban les decían «pecheros».

Adrián celebró la actitud que Graciana había tomado al ser insultada.

«La verdad es que es una chica simpática», se dijo, y pensó que no le costaría

nada irse con ella.

EL mismo día que se fue Chuloca, por la noche, el amo de Irigoitia y Adrián salieron del barrio de Illecuenta, y al llegar a una casa antigua que se llamaba Celaya entraron en ella, la cruzaron y aparecieron en la huerta; luego, por los campos, marcharon por un sendero a una plazoleta entre dos casas viejas y una grande. Cruzaron la plazoletilla, pasaron un puente sobre un arroyo y tomaron por un sendero que marchaba por la falda de una colina que dominaba el pueblo. Bajaron cerca de la iglesia y llegaron a una casita al borde de un manantial que salía de un barranco estrecho llamado «Chacur chulo» (boquete del perro).

El que vivía allí era un pescador de salmones a quien llamaban el *Arrantzale*, o sea, el pescador, y que pronunciado el *Arranchale* como pronunciaba la mayoría, quería decir ‘el Pescadorcito’.

El Arranchale era un hombre de expresión maliciosa, con unos ojos azules, pequeños y vivos, con el cuerpo encorvado y la cara amarillenta y llena de arrugas. Vestía un traje de lienzo duro y una gorra de pelo. Sabía algunas palabras en castellano y en francés, que le gustaba repetir, aunque no tuvieran gran cosa que ver con lo que hablaba.

Tenía una casa pequeña y bastante bien arreglada, donde vivía con su mujer, un criado y un perro, al que llamaba *Turco*.

El Arranchale, además de su oficio de pescador, había trabajado en minas en Francia y España y había sido carbonero, pero ya estaba viejo y se consideraba retirado. Tenía, sin duda, algún dinero guardado, y los hijos, que trabajaban de pescadores en Fuenterrabía, le enviaban sus ahorros. Él se dedicaba a pescar el salmón en el Bidasoa.

—¿Y usted qué quiere? ¿Pasar a la otra orilla? —le preguntó a Adrián.

—Sí.

—Habrás que esperar dos o tres días.

—Bueno, esperaremos.

—¿Quién le ha traído a usted aquí?

—Una chica pariente de Irigoitia de Illecuenta, que es hija de uno al que llaman *Zizari*.

—¿Algún francés?

—Sí.

—Lo digo porque aquí todos los franceses de este pueblo, y muchos de los

españoles, tienen apodos de animales. Hay *Shagua*, ‘ratón’; *tricua*, ‘erizo’; *aretzia*, ‘ternero’; *checorra*, ‘novillo’; *unchia*, ‘conejo’; *mirua*, ‘milano’; *musquerra*, ‘lagarto’; *cathua*, ‘gato’; *barea*, ‘limaco’; *cerriqui*, ‘cerda’; *atzeri*, ‘zorra’, e *iguela*, ‘rana’.

—Este pueblo debe ser entonces un arca de Noé.

—Tiene usted razón. Una verdadera arca de Noé.

El Arranchale llevó a Adrián a un cuartucho pequeño, con una cama y un balcón que daba al camino, y le dijo que por la noche, si quería, irían al río a pescar, y que cuando vieran que en el otro lado no había gente ni vigilancia podría largarse.

Efectivamente, por la noche, después de cenar, bajaron a la orilla del Bidasoa, y, en compañía de un muchacho, entraron en una barca plana.

La luna, llena, brillaba en el río y producía luces y sombras en los boscajes de las orillas. El pescador pensaba que estos cabrilleos del agua bajo la luz de la luna eran misteriosos y raros.

«Ya estamos otra vez en pleno misterio», se dijo Adrián un poco molesto, y desvió la conversación.

El Arranchale, entonces, habló de su criado, chico raro que lo había recogido de niño a orillas del mar en Fuenterrabía. Era un raquíto, tartamudo y con las piernas torcidas; hablaba con dificultad, y en cambio sumaba, restaba y multiplicaba cantidades enormes. Por su carácter de tener las piernas defectuosas le llamaban *Zanquelio*.

—Este chico es raro —dijo el Arranchale—. Le dice usted: yo he nacido el día tal de tal mes y de tal año. ¿Cuántos años tengo? E inmediatamente le dice a usted: «Tiene usted tantos días, tantas horas y tantos minutos».

Se hizo la prueba y se comprobó que era verdad.

—Quizá sea un sabio —dijo Adrián.

—Puede que sí.

El pescador echó sus redes y sus anzuelos, pescó poca cosa y dispuso volver al punto de partida.

El hombre de «Chacur chulo» recorría la distancia que había desde su casa hasta Endarlaza por una hoz estrecha del Bidasoa llevado por la corriente y luego volvía remando con *Zanquelio*.

Al llegar a casa, como la noche estaba templada, estuvieron sentados en un banco y hablando.

En la imaginación del Arranchale, el salmón del Bidasoa se había convertido en un animal mítico. Si el pez daba saltos, como es cierto que los da, él pensaba que estos saltos eran de tal magnitud que se levantaba en el aire como un pájaro.

Tenía también el pescador una preocupación extremada por las nutrias. La nutria se llama en vasco *igabera* y *ugabera*, palabra que tiene que ver algo con el agua, y

que quiere decir probablemente ‘animal acuático’. Otro nombre de la nutria en vasco es *urchacurra*, ‘perro del agua’.

Las nutrias eran los enemigos de los pescadores del río, y naturalmente también de él, eran *antiarranchalianas* por excelencia. Esto no era obstáculo para que el Arranchale las admirara.

Tenían aquellos animales —según el pescador— una malicia extraordinaria. Eran los piratas de los ríos. A él le habían asegurado que las nutrias leían los papeles que encontraban en las orillas.

—Eso no puede ser —dijo Adrián.

—¿Por qué no?

—¡Es imposible!

—Pues eso es lo que dicen. ¿Usted ha visto la cara que tienen?

—No.

—Pues es una cara de persona, con bigotes y todo.

—Tengan bigotes o barbas, no pueden leer.

—¿Pues qué, los loros no hablan?

—Sí, pero no entienden.

—¿Quién lo sabe? A mí también me han dicho —afirmó el pescador— que uno de Endarlaza tuvo hace tiempo una nutria domesticada que la empleaba para cazar salmones, pero esto ya no me parece fácil.

—Yo no veo por qué. Que estén domesticadas me parece más fácil que no que lean —dijo Adrián.

—¡La nutria! —exclamó el pescador—. Es más inteligente que una persona. Nada contra la corriente mejor que los peces, trepa por los árboles mejor que los gatos y comprende las cosas mejor que los hombres.

—¿Usted cree?

—¡Uf! ¡Ya lo creo! Caza en tierra como en el agua. Se come de los salmones la mejor parte del lomo. Aunque usted dice que no, yo creo que saben leer, porque yo les he visto varias veces mirando los papeles en la orilla del río.

—Les llamaré la atención lo blanco.

—O la letra. ¡Vaya usted a saber! Luego silban también para entenderse con las otras, y como animal valiente no hay quien le gane; si se le ataca, se tira a la cara de las personas.

—¿Usted lo ha visto?

—¡Sí, ya lo creo! Aquí, en este trozo del río, hemos estado luchando con una pareja de nutrias, hasta que matamos al macho, pero la hembra se nos escapó. Yo me he hecho esta gorra con la piel de la que matamos.

También le admiraban al Arranchale las comadreas, que llaman en vascuence *Erbí iñuria*, o sea, ‘nodriza de liebre’.

—Estos también, ¡qué animales! —dijo el pescador—. Dan unos saltos como pájaros. Yo creo que tienen alas.

—¡Y qué manera de matar bichos, víboras y lagartijas...; cómo se echan sobre ellos!

El Arranchale había tenido durante algún tiempo una comadreja domesticada, que le seguía como un perro y se le ponía sobre las rodillas. Pero como la nutria no había nada. Él había visto las casas que construían estos animales en las orillas del río, las galerías que hacían fuera para escaparse por la tierra o por el agua.

El hombre de Chacur chulo sospechaba si las nutrias no estarían de acuerdo con algunas mujeres misteriosas que lavaban la ropa de noche a la luz de la luna.

—¿Pero qué mujeres? —preguntó Adrián un poco molesto.

—Dicen que hay en las orillas de los ríos... unas viejas raras.

—¿Pero qué son?

—Yo no sé, yo no sé...; dicen...

Adrián vio que aquella conversación le intranquilizaba y le molestaba, pero siguió preguntando.

—¿No son brujas?

—No sé..., pero aseguran que esas viejas meten ruido en el agua... y también dicen que se aparecen a veces animales y personas..., un carnero..., y en verano, cuando la cosecha, un caballo blanco.

—¿Y quién los ha visto?

—Yo no los he visto..., pero mi perro *Turco* a veces se pone a ladrar ahí hacia el río..., ve algo.

Adrián se calló molesto.

El pescador contó después las excelencias de su perro *Chipi*, que era un valiente: se había defendido contra las nutrias y contra la gente que rondaba el camino.

Adrián comprendió que aquel hombre era un fantástico inventor de locuras y que había que oírle sin hacerle caso.

A los dos o tres días, el Arranchale apareció en la casa con un hombre joven de unos treinta a cuarenta años, que presentó a Adrián. Este hombre había estado en Méjico, en Texas, guardando ganado. Como el pescador le había dicho que Adrián era de Méjico, venía a conocerle. Era de un caserío próximo a orillas del Bidasoa, llamado Garayar, y le llamaban así con el nombre de su casa.

Hablaron Adrián y Garayar de América, de su vida y de sus aventuras. Garayar explicó después cómo hacía contrabando y por dónde. Adrián narró su viaje desde Bayona y el paso de la frontera con Chuloca, la supuesta agote.

Entonces el de Garayar, que se las daba de conquistador, habló de un encuentro que había tenido él con una chica agote de Arizcun.

—Hace tres o cuatro años —contó Garayar—, en época de verano, había estado yo en Irún una temporada en casa de un conocido y socio. Al volver a mi casa en un carricoche paramos en el portazgo y me registraron. Había allí una muchachita con un paquete en la mano que sin duda esperaba a ver si llegaba algún coche para tomarlo.

—¿Qué te pasa? —pregunté a la chica.

Ella no se atrevía a contestar. Por lo que dijo el del portazgo, había querido ir en un coche que había salido de Irún, pero el cochero le pidió más de lo ordinario y ella no se decidió.

—Bueno, ¿a dónde quieres ir tú? —le dije.

—Yo, a Vera.

—¡Hala, pues, sube!

No se atrevía.

—¡Anda, arriba!

—¿Y qué me va usted a llevar?

—Yo, nada.

Le di la mano y la ayudé a subir.

No había manera de hacerla hablar. Era una chica de ojos claros, pelo ceniciento, la expresión triste y un poco humillada. Nada del tipo alegre de la chica que ríe de nuestra tierra, ni del aire atrevido de la americana, ni de la muchacha de genio fuerte que contesta con desgarro a las tonterías que se le dicen. No tenía ni curiosidad ni atrevimiento.

—Te tiene miedo —me dijo el cochero.

—A mí no me ha tenido miedo ninguna mujer —le contesté yo.

—Pues ésta te lo tiene.

Evidentemente, no se atrevía a hablar, y cuando yo le decía una broma o acercaba la mano a la suya, la retiraba con temor.

Era una chica de diecisiete o dieciocho años, muy bonita, muy silenciosa, muy humilde y muy callada. Por más esfuerzos que hice yo para hacerle hablar con franqueza, no contestaba más que con mucho miedo.

Le arranqué con habilidad que se llamaba Teodosia Zabalena y que iba a casa de un tío suyo a pasar unos días. El tío se llamaba Cruz Zamacoitz y era tornero y cesterero. Vivía y tenía la tienda en una calle pequeña que iba del camino a la plaza de Vera.

—¿Y qué hace tu tío como tornero?

—Hace rucas de esas con rueda que se mueven con el pie.

—¡Ah!, sí, como las que hay en Francia. ¿Y qué cestas hace?

—Hace cestas de todas clases y canastillas para la iglesia.

—Yo creía que las cestas ésas las hacían los gitanos.

La chica pareció avergonzarse.

—¿Así que tu tío se llama Cruz?

—Sí, la gente le llama *Curuch*.

—¿Y tú dónde has estado? ¿En Irún?

—No, yo no he estado en Irún; he estado en San Sebastián en casa de una familia.

—¿Y quiénes eran?

—Unos americanos.

—¿Y ahora vas a Vera?

—Sí.

—¿A casa de tu familia?

—No; mi familia vive en Arizcun.

Llegamos cerca de Vera. Yo la agarré de la mano y le dije cuatro cosas. Ella, un poco confusa y avergonzada, bajó del coche y subió de prisa por una callejuela en cuesta y desapareció.

Bajé yo también y me despedí del cochero, que era amigo.

—Esto no lo dejo así —pensé yo.

Saqué un pañuelo que llevaba para mi madre, subí por la callejuela en cuesta, y en un portal, antes de llegar a la plaza de la iglesia, vi a un hombre grueso, rojo, de unos cincuenta años, canoso y con antiparras, que me miraba con suspicacia.

—¿Usted es Curuch? —le pregunté.

—Sí.

—Pues su sobrina, la Teodosia, ha venido conmigo en el coche y yo no sé si será ella la que se ha dejado este pañuelo.

—No creo —me dijo el tornero—, pero se lo preguntaré.

Entró el hombre en un cuarto próximo y oí a la chica que decía desde dentro:

—Yo no he perdido nada, nada; no he perdido nada. Ese pañuelo no es mío.

El tornero me lo dijo y yo salí de casa y fui a ver a un amigo contrabandista. Hablamos de nuestros asuntos y luego le pregunté:

—Oye, ¿quién es ese Curuch que vive en la cuesta que sube a la iglesia?

—¿El tornero?

—Sí.

—Pues es un agote.

—¿Y eso qué es?

—No sé. Esos vienen de por ahí, del Baztán, y la gente los desprecia. Deben de ser gitanos o medio gitanos.

Yo no había oído hablar de los agotes.

Volví a Vera a los pocos días y supe que la chica, la sobrina del tornero, se había marchado a Arizcun.

Era por la época de fiestas en este pueblo, y me fui allá.

En la posada me hablaron mucho de los agotes y me dijeron que el barrio de Bozate era *agota erri* ('pueblo de agotes').

Los que no lo eran y se consideraban vascos puros se llamaban a sí mismos *perlutas*, e insultaban a los agotes diciéndoles: *agota ziquiñac* ('sucios agotes'). Los agotes les motejaban a los otros de viejos pecheros (*pechero zarrac*). Los agotes, según los vascos, era gente de vida impura, medio gitanos, que se casaban entre los de la misma familia, parientes próximos y hermanos con hermanas.

Como a mí me gustaba la chica, fui a verla a una casa muy pobre y le dije que si quería me la llevaba a América y me casaba con ella, que allí no se sabía lo que era ser agote.

La Teodosia tenía una desconfianza enorme. Pensó que yo fingía el que no me importaba nada que ella fuera agote para engañarla y dejarla después. E insistió en esto tanto, que ya me pareció muy estúpido, y le dije: «Bueno, bueno. Entonces nada».

Tras de oír la relación Adrián y el Arranchale le preguntaron a Garayar:

—¿Y cómo terminó eso?

—Terminó ahí. Ya no la he vuelto a ver.

—¿Y qué le pasó a la chica?

—No sé; creo que se casó con un pariente y anda la pobre hecha una vieja sin dientes, cubierta de harapos y trabajando en el campo.

—Quizá era lo que le convenía más —dijo el pescador filosóficamente.

—Sí, puede ser —replicó Adrián.

A los tres días de estar en «Chacur chulo», un sábado por la noche Adrián pasó a la orilla izquierda del río en la lancha del Arranchale, llevada por Zanquelio. Le esperaba un hombre de Zalain avisado, que le acompañó a su casa, donde Adrián durmió.

A la mañana siguiente el hombre de Zalain, apodado *Bildoch* ('cordero'), y Adrián, fueron los dos por una cuesta muy empinada del término de Lesaca a la ermita de San Antón.

Esta ermita tenía una tienda al lado y un puesto de soldados franceses. En la tienda, que era al mismo tiempo posada o venta, había una mesa larga, y allí estaban varios campesinos comiendo y bebiendo.

Se sentaron Bildoch y Adrián entre ellos. Adrián convidó a beber vino a unos jóvenes de un poblado llamado Arichulegui, y, reunido con ellos, fue a un caserío de este pueblo, donde durmió.

Por la mañana le dijeron que una muchacha iba a llevar un cordero y unos quesos al Oyarzun. Saldrían al amanecer.

A Adrián le despertaron y se vistió rápidamente. La luna llena en el cielo iba acercándose a su ocaso. Brillaba sobre las nubes blanquecinas de poniente, en las rocas de las montañas y en las piedras de los caminos.

La chica que le acompañaba era una chica muy fresca y sonriente. Amaneció y comenzó a brillar el sol. El campo estaba hermoso y muy verde. La Peña de Aya erguía sus picos en el cielo azul, y un monte llamado Copa arri, o 'Piedra de la copa', mostraba por aquella parte una pared escarpada. Mejor le hubiera cuadrado el nombre de copa a uno de los valles que tenía la forma redonda.

Cuando iban por el monte vieron un círculo formado por piedras no completo, porque faltaban algunas.

—¿Qué es eso? —preguntó Adrián.

—Yo no sé lo que es —contestó la chica—. Le llaman Mairu-baratza.

—¿Qué quiere decir Mairu-baratza?

—Será 'Huerta de moros'.

—¿Huerta de moros? ¿Aquí, sobre estas peñas? ¿Y dónde no ha habido moros?

—Dicen que en la Peña de Aya —explicó la chica— había hace muchísimos años minas de oro, de las que aún se ven muchísimos pozos y galerías y que antes de la noche solían aparecer unos enanitos enmascarados, que llamaban los *inchisuac*, que

salían de las galerías con sacos al hombro llenos de riquezas.

—¿Y a dónde iban?

—¡Ah! No sé.

—¿Y tú crees eso?

—Yo ni creo ni dejo de creer, pero dicen que hay en esas minas unas galerías muy grandes y de cuando en cuando plazas con palacios e iglesias. Muchos que han entrado han muerto y no se ha vuelto a saber nunca lo que hay dentro.

Volvía otra vez lo maravilloso a presentarse ante Adrián.

Siguieron hablando, y al despedirse le preguntó a la chica:

—¿Volverás por Arichulegui?

—Sí, mañana o pasado.

—¿Y me darás un beso?

—¿Por qué no?

Adrián la besó en las mejillas.

—¿Qué eres tú? —le preguntó la muchacha—. ¿Qué haces?

—Yo soy un *inchisua* —contestó él.

La chica se echó a reír a carcajadas y se marchó muy alegre.

Adrián, al llegar a Oyarzun, fue a casa del pariente de Zabaleta donde antes había estado. Le recibieron muy amablemente y le dijeron que avisarían a Pedro para que viniera a verle.

Pedro Zabaleta estaba por la tarde en Oyarzun. Encontró, por lo que dijo, a su amigo Adrián muy delgado, muy tostado por el sol y bastante cojo.

Adrián contó a Pedro todas las peripecias de su vida y le dijo que ya no tenía más idea que marcharse a Méjico con su madre, casado con Dolores.

Por la noche fueron a la Botica Vieja y el farmacéutico, don Rafael, le recibió con amabilidad.

Allí se seguía hablando de la guerra con los franceses. Estos tenían ya muchas fuerzas y avanzaban con rapidez. A fines de junio de aquel año habían invadido todo el territorio del Baztán, el primero de agosto estaban en Fuenterrabía y el 4 de septiembre en San Sebastián. Don Rafael, que había visto la guillotina en la plaza Nueva de este pueblo, estaba espantado. Sin duda, la rapidez de funcionamiento del aparato que llevaba el nombre del doctor Guillotin le hacía creer que desde entonces se iban a cortar cabezas con una gran velocidad y a toda máquina.

Don Rafael preguntó un día a Adrián:

—¿Y usted, qué piensa hacer?

—Voy a ver si me marcho a mi pueblo y a mi casa.

—Supongo que le será a usted fácil. Lo difícil es salir de Francia y cruzar la frontera.

—Sí, lo que me falta ahora son los papeles para España.

—Yo tengo a mi hijo mayor, Ignacio Ramón, en San Sebastián, viendo si encuentra allí local para establecer una imprenta. Vaya usted a verle y él quizá le resuelva la cuestión.

Adrián descansó unos días en Oyarzun y tras ellos salió con un arriero llamado Mandashay de noche camino de Astigarraga.

Mandashay llevaba un caballo viejo con algunas mercancías.

Mandashay era hombre de cincuenta o sesenta años, un poco cojo, con la cara afilada, el pelo blanco y los ojos grises. Al verle, parecía que andaba despacio, pero a su lado y a su paso era imposible seguirle. Fumaba en una pipa pequeña de barro tabaco muy malo y hablaba de manera confusa. No decía nada claro, y Adrián, la mayoría de las veces, no le entendía. En vista de ello, tomó la determinación de contestar a sus frases con palabras ambiguas que no querían decir nada. Estas contestaciones parecían agrandar al arriero Sin duda, más que los conceptos, le gustaban los sonidos de las palabras.

Mandashay era muy parecido a su caballo, como si fueran los dos de la misma raza.

Mandashay, que no decía nada claro, tenía un oído y una astucia de salvaje; advertía a los que venían por el camino desde lejos, y aquí se paraba y allí se desviaba de la carretera por motivos únicamente conocidos por él.

Llegaron de noche a Astigarraga, durmieron en una venta de este pueblo, que estaba en una gran casa antigua de color amarillento y de muchas ventanas, y al amanecer, antes del alba, se reunieron con los grupos de campesinos que iban a San Sebastián a llevar verduras al mercado.

Se detuvieron Mandashay y Adrián un momento en un alto al lado de un puente. Mandashay le dijo a Adrián que los franceses desconfiaban de las gentes que llevaban capa, pensando que bajo ella podían llevar armas. Por este motivo, el capote del joven lo cargaron sobre el caballo.

De nuevo echaron a andar hacia Donosti. Se veía la ciudad recostada sobre el monte Urgull como una pequeña península. En primer término, la muralla parda, rojiza, que marcaba con una línea recta el caserío a la altura de los tejados. En medio un baluarte de color de tierra, y en el centro de éste, una muralla baja; luego, por encima los tejados, las torres de Santa María y de San Vicente, y en el Castillo, los traveses que iban trazando zigzag y cortaban la masa verde de los glaciares, que terminaba en lo alto en un torreón amarillento.

San Sebastián, en esta época, aparecía rodeado de su muralla, de la que salían las torres, no muy altas, de las iglesias, y en el fondo el monte Urgull. Acercándose, se veía que desde el campo no tenía más que una entrada que daba a la Puerta de Tierra. El camino cruzaba una fortificación con un lienzo de muro y dos baluartes a los lados, que formaban el hornabeque de San Carlos y salía después a la plaza Vieja,

espacio rectangular, alargado, próximo a la muralla, con algunos arcos y una fuente.

Hacia el lado del muelle había un baluarte; hacia el lado contrario, por donde estaba la salida del Urumea, dominando los arenales de la Zurriola, había varios fuertes. Los caminos principales que salían del pueblo eran dos: uno iba por la orilla de la Concha y después hacia el interior de la península, y el otro atravesaba con un puente de tablas el Urumea y se dirigía hacia Francia.

Mandashay y Adrián pasaron las puertas y entraron en la plaza Vieja, espacio estrecho y rectangular donde desembocaba el camino. Esta plaza era el lugar de reunión de los desocupados de la ciudad que iban a ver a los que llegaban por la Puerta de Tierra.

En la plaza Nueva, a la que luego se le llamó de la Constitución, se señalaban por entonces cuatro piedras sobre las que había estado armada durante algún tiempo la guillotina por orden de los convencionales franceses.

ADRIÁN buscó al hijo de don Rafael, el farmacéutico de Oyarzun, y éste le llevó por la tarde a una casa de la plaza Nueva, donde vivía el secretario del Ayuntamiento, don Sebastián Ignacio de Alzate.

Esperaron un momento en el vestíbulo. En la pared de éste había una estampa grabada con el título: *Plano de la plaza y puerto de San Sebastián, capital de la provincia de Guipúzcoa*. El plano se hallaba dibujado por el brigadier don Vicente Tofiño el año 1788.

Adrián, que no conocía la ciudad, al menos con detalles, contempló el plano con atención, porque pensaba que le podría servir de mucho. El pueblo estaba respaldado por el Castillo o monte Urgull, y fortaleza y ciudad formaban una pequeña península. Hacia la entrada del pueblo había una obra exterior de fortificación constituida por lo que llamaban un revellín, o sea un baluarte central en ángulo y un hornabeque formado por dos baluartes laterales también en ángulo y unidos por un muro intermedio.

Después venía la muralla. Comenzaba en el extremo de la ciudad que daba a la bahía, donde estaba el baluarte de San Felipe, y seguía dando vuelta a la urbe. Tenía otros fuertes con nombres pintorescos, el cubo Imperial, el baluarte de Santiago, la torre de Santa Catalina, el cubo de los Hornos, el de Amezqueta y la batería de San Telmo. La parte del pueblo que daba al Castillo no tenía cerca de las casas ni muralla ni fuertes. Estos se hallaban en los altos del monte Urgull. Por el lado del puerto, la ciudad tenía también su muralla. No había más entradas que dos: la de Tierra, que cruzaba el Revellín, el Hornabeque y el cubo Imperial y la del mar, que daba al puerto.

Adrián pensó que le sería más difícil salir de allá que le había sido entrar. Adrián pasó a ver al señor Alzate con intenciones de ganar su benevolencia. El señor de Alzate era un señor de unos cuarenta a cincuenta años, de mediana estatura, con el pelo cano y la cara afilada y expresiva. Llevaba el pelo largo y vestía como un currutaco. Adrián le contó algunas de sus aventuras y le dijo que en Méjico había conocido de chico al naturalista don José Antonio de Alzate, sin duda pariente suyo.

—¿Decía él que tenía parientes en San Sebastián? —preguntó el secretario.

—Sí.

Adrián no le había oído decir esto. El secretario celebró mucho que hubiera conocido a este pariente suyo, y le preguntó después varias veces por el párroco don

Fermín Esteban, de quien se hablaba por sus trabajos científicos.

Cuando supo cuáles eran los deseos de Adrián, le dijo que por el momento no saliera del casco de la ciudad. Si quería pasear y tomar el aire, podía ir al Castillo, en donde nadie le diría nada ni le pediría los documentos. Dos o tres días después don Sebastián vería si le podía proporcionar papeles para salir al campo. Don Sebastián Ignacio habló de la petulancia de los franceses al entrar en el pueblo; del despotismo de los convencionales Pinet y Cavaignac, que habían exigido que se levantara la guillotina en la plaza Nueva, como amenaza, y de la conducta de los oficiales, a pesar de su fama de moderados.

Un día de verano, el representante Jorge Chaudron Rousseau y el jefe de división Moncey y otros militares franceses, reunidos en la sala del Ayuntamiento, llamaron a los concejales del pueblo y les ordenaron que vitorearan a la República y a la Convención, y como muchos quedaron sorprendidos y sin saber qué hacer, Moncey sacó el sable y gritó: *Foutre! Comment donc! Il faut acclamer la Republique!* Este Moncey, que decían que era hombre culto, al entrar en Vergara había dejado que saquearan la biblioteca del Seminario.

Veinte años después, el mariscal Moncey, que era duque de Conegliano nombrado por Napoleón, entraba en España con los soldados del duque de Angulema al grito de ¡Viva el Rey!

Napoleón decía en su tiempo de Moncey: «Es el hombre más honrado del Ejército». Es posible que moral privada la tuviera; en moral pública debía de estar a la altura de los demás mariscales del Imperio, porque Moncey pasó fácilmente de «¡Viva la República!» a «¡Viva Napoleón!» y después a «¡Viva el Rey!», y hay que pensar que probablemente hubiera pasado con la misma facilidad a gritar «¡Viva la Pepa!».

Don Sebastián Ignacio de Alzate no tenía simpatía por los franceses. Pensaba que se mostraban muy partidarios de la libertad en teoría, pero que en la práctica eran tan déspotas como cualquiera. Respecto a los acontecimientos ocurridos en el pueblo, aseguraba que los que desde Madrid les reprochaban la rendición de la plaza no sabían lo que se decían.

San Sebastián no había tenido fuerzas para defenderse; las baterías del Castillo no tenían cañones, ni tampoco las de la Brecha, del Hornabeque y de San Telmo. No había agua, y el pequeño acueducto de la ciudad podía cortarse desde fuera muy fácilmente. No había tampoco vituallas. Los paisanos habían estado haciendo guardias sin municiones. El alcalde Michelena se había rendido porque no había podido hacer otra cosa, pero sus enemigos le reprochaban que era de la Sociedad de Amigos del País, que empezaba por entonces a hacerse sospechosa como liberal.

Cierto que había en la ciudad algunos exaltados republicanos, como don José Javier Urbiztondo, pero eran muy pocos y sin influencia en la población.

Otras gentes por la que no experimentaba tampoco la menor simpatía el señor de Alzate eran los eruditos, que querían desvalijar los archivos de los pueblos y llevarse los documentos a la capital, como si las provincias no tuvieran derecho a conocer su historia. Él sentía curiosidad por el país vasco y no quería que se llevaran los documentos del pasado.

Últimamente había recibido la visita de un abate francés expulsado de Francia por monárquico, que pretendía que se le dieran libros y papeles para escribir con el tiempo una historia del país.

—¿Es historiador conocido? —preguntó Adrián.

—No. Es un señor Yharce de Bidassouet, muy charlatán y muy loco. De Madrid me están pidiendo también documentos; pero yo no los mando, porque los perderán o se quedarán con ellos.

—Sí, hace usted bien —dijo Adrián.

—Quieren que les dé el trabajo hecho. Unos señores eruditos, Abella, González Arnao, Marina y Traggia, me mandan un interrogatorio largo para que yo aclare sus dudas, porque dicen que están preparando un Diccionario de las provincias Vascongadas que publicará la Academia Española de Madrid. Está muy bien, pero yo no voy a dejar mi trabajo para hacer el suyo. Lo mismo me pasa con el marino Vargas Ponce que de cuando en cuando me escribe preguntándome sobre los objetos artísticos de la provincia y diciéndome que conteste quién es el autor de éste o del otro cuadro, cuánto le pagaron por hacer tal obra de arte. ¿Yo cómo lo voy a averiguar?

Al secretario le habían asegurado que tanto Vargas Ponce como don Juan Antonio Llorente habían sido encargados por Godoy de buscar documentos antiguos vascongados con objeto antifuerista.

Después de estas divagaciones, el señor Alzate volvió a hablar de la situación de San Sebastián y de la provincia. Las noticias de la guerra no eran buenas. Los franceses se acercaban a la provincia de Vizcaya y los españoles no tenían bastantes tropas para oponerse a ellos.

Por otra parte, desde que los franceses habían entrado en Fuenterrabía y luego habían ocupado San Sebastián, había tipos exaltados que querían hacer, unos de Guipúzcoa y otros de las tres provincias vascas, una República independiente. Alzate no quería hablar de las personas que así pensaban, pero las conocía muy bien.

Adrián explicó su caso. El secretario le prometió que le conseguiría un salvoconducto, y le advirtió que no dijera que era estudiante del Seminario de Vergara, porque estos estudiantes tenían fama de republicanos y de afrancesados, lo cual comenzaba a ser peligroso entre la gente del pueblo.

El señor Alzate le dijo que, metido en San Sebastián, no le pasaría nada. Ahora, si salía, sería otra cosa. En tal caso, debía de salir por mar. En la Puerta de Tierra, que

pasaba por la plaza Vieja, había normalmente mucha vigilancia; pero en el puerto no había tanta.

El señor Alzate le recomendó al último que fuera a ver a don Cipriano de Anduaga, de la Sociedad de Amigos del País, que vivía en San Sebastián, y le acogería bien.

Adrián se despidió del secretario dándole las gracias más expresivas.

Don Cipriano de Anduaga, a quien fue a ver después, llevó a Adrián al Castillo, subieron al Macho y estuvieron en la terraza. Aparecieron en esta plataforma por un subterráneo del centro del suelo por donde pasaba la escalera. En un extremo de la azotea había una garita y una campana.

Desde allí se veía la ciudad a vista de pájaro. Era un cuadrilátero con su muralla. Las calles estaban tiradas a cordel y casi en el centro mismo de la población se abría el espacio de la plaza Nueva. Sólo las dos torres pequeñas de la iglesia de Santa María se levantaban sobre los tejados.

Alrededor brillaba el mar y el anfiteatro de los montes, entre los que se destacaba la Peña de Aya.

Los dos caminos principales que partían del pueblo de la Puerta de Tierra, uno seguía la bahía y el otro cruzaba el Urumea, por la Zurriola, y pasaba después un puente de madera. A lo largo de los caminos seguía una fila de árboles. En el puerto se veían algunos barcos pequeños.

Don Cipriano se enteró de los planes de Adrián. Le dijo que le parecía difícil marchar por el campo sin llamar la atención y sin producir alarma.

Probablemente, según él, lo más fácil sería salir en un barco.

Él conocía a un consignatario llamado Goñi que quizá le podría resolver la cuestión. Adrián fue a verle y habló con él.

El consignatario le dijo que se enteraría de si salía del puerto algún patache o quechemarín que parara cerca de Elguea.

Adrián fue varias veces al muelle por la Puerta del Mar y anduvo hablando con pescadores y marinos y el consignatario le dirigió a un patrón que iba a Elguea y traía de allá cal hidráulica. Su barco, en aquel momento, estaba anclado en el muelle llamado Gay Arriba.

EL quechemarín o patache —Adrián no sabía distinguir con exactitud la diferencia entre un barco de un nombre del de otro— se llamaba el *Shagu-Sharra* (el ‘Murciélago’), Únicamente Adrián sabía que los dos nombres indicaban una embarcación pequeña con velas sin cruces para travesías cortas.

El patrón del *Shagu-Sharra* era un hombre alto y mofletudo, la cara grande y colorada, la boca hundida, de labios pálidos y finos, una boca de diplomático en su cara de mascarón de proa y una expresión irónica y burlona en sus ojos azules y pequeños.

El hombre andaba balanceándose como una fragata, llevaba un traje de tela gruesa y dura, gorro rojo, que entre los vascos llamaban el *chano*, y unas botas pesadas como gabarras.

El patrón de aquel barco tenía por apodo *Mascarón*. Este vocablo sonoro representaba bien el tamaño y la prestancia del aludido.

En vascuence le llamaban el *Zomorro*, palabra que quiere decir al mismo tiempo el ‘Insecto’, la ‘Máscara’ o el ‘Espantajo’.

Mascarón o el Zomorro, por servir a don Cipriano de Anduaga, a quien debía favores, le dijo a Adrián que haría lo que se le indicara.

—¿A dónde quiere usted ir? —le preguntó después.

—A Elguea.

—Bueno. Yo también voy allá. ¿No le conviene a usted que le vean?

—No.

—Bien. Si usted quiere, esta noche va a dormir al almacén mío y por la mañana le meto en una barrica y le llevo al barco, y cuando estemos fuera de los puertos sale usted.

—Estoy dispuesto.

Adrián durmió en el almacén sobre unos sacos, expuesto casi a la asfixia, por el olor a pescado, y a la mañana siguiente, «Mascarón» y dos marineros le invitaron a entrar en una barrica grande y clavaron la tapa.

Luego cargaron con la barrica en una rastra, que allí llamaban *lera*, tirada por un buey, la llevaron a una escalerilla del muelle y la bajaron al barco.

Adrián, metido en la cuba, pensó que el *Shagu-Sharra* tardaba demasiado en salir, se sintió varias veces a punto de marearse, y ya cuando le libertaron de su encierro y salió a cubierta respiró a gusto.

Habían salido del puerto remolcados por una lancha, y al llegar fuera de la bahía largaron las velas y se pusieron en rumbo.

El Zomorro tenía como marineros dos chicos, uno al que llamaba *Ishquira*, en vascuence ‘Quisquilla’, y al otro *Carramarro*, o sea, ‘Cangrejo’.

Como la mayoría de los apodos, éstos tenían su exactitud relativa, porque *Ishquira* era encorvado, flaco, rojizo y pecoso y podía recordar a un camarón cocido, y *Carramarro* era un tipo moreno y greñudo, con los brazos largos, las manos como zarpas y cierto aire sombrío y agresivo.

Ishquira y *Carramarro* disputaban con frecuencia. El Zomorro, para cortar su riña, desde la popa, donde hacía de timonel, gritó con voz de trueno:

—¡*Ishquira*! ¡A limpiar la bodega! ¡*Carramarro*! ¡A sacudir los sacos! Aquí hay que trabajar... alguna vez.

Los dos mozos estaban sin reñir; pero al poco tiempo volvían otra vez a la pelea.

Adrián celebró mucho las frases de Mascarón (el Zomorro). Tenía éste un pesimismo ameno y divertido. Era un humorista ocurrente. Todo le parecía que marchaba lo peor posible en este mundo de los fenómenos. Nadie tenía buena intención. Cuando el Zomorro vio pasar un barco grande con unas velas viejas, que sin duda iba en busca del puerto, dijo:

—Ese ya se hundirá el mejor día.

—¿Por qué se va a hundir? —le preguntó Adrián.

—Porque no saben. No son marinos. ¿Qué van a hacer esos desgraciados? Un día u otro irán al fondo del mar.

Adrián, que escuchaba sonriendo las opiniones del patrón, le dijo:

—¡Hombre, todo no va a ir siempre mal!

—¿No? Así me parece a mí. Cada vez peor. ¿Y usted de qué país es?... si se puede saber.

—Yo soy americano.

—¿Y de dónde?

—De Méjico.

—¡Hombre! Yo he estado en Cuba..., ¡qué vida más hermosa aquélla!... la de los ricos...

—¿Buena?

—¡Uf...! Las mujeres y los hombres siempre en el columpio... fumando y con el abanico en la mano...; eso es vivir..., y los pobres a que le piquen a uno las moscas, las arañas, las avispas y las víboras...; qué vida más arrastrada la nuestra...: todas las miserias..., agua, lluvia, tormentas, cucarachas..., y luego comer unas berzas...; esto no vale la pena..., los ricos sí ya comen bien, ¿eh?... buenos pollos y langostas...; pero nosotros..., basura...

—No es para tanto. Con esas ideas no se habrá usted casado.

—¡Yo casarme! No, no —dijo el Zomorro—. ¿Para qué? ¿Para que la mujer se entienda con el amigo y los hijos le quiten a uno el dinero y la suegra le quiera a uno envenenar...? No, no.

El contraste de lo que decía el patrón con su cara sonriente y alegre era tan cómico que Adrián se echó a reír a carcajadas.

Al poco tiempo se produjo la eterna pelea entre los dos marineros, y el Zomorro, desde popa, gritó:

—¡A callar!, ¡granujas!, ¡verdugos!, ¡piratas...! Estos le comerían a uno vivo...; ni el diablo los tomaría de balde..., y haría bien...; siempre han de estar riñendo...; yo no sé de dónde sale esta casta...; no quieren más que hacer daño...; a esa cueva del castillo de San Sebastián, donde dicen que hay un dragón que llaman Erensugue o Eganzuguía, les llevaría yo..., para que no quedara de ellos más que los huesos...; son peores que la tiña...; ¡qué gente la de hoy!

—¿Usted cree que la gente de ahora es peor que la de su tiempo? —le preguntó Adrián.

—¿De los de mi tiempo...? Tampoco me fío nada..., no..., ni de hombres ni de mujeres... Ellos, de bolina, ¿eh...?, y los demás con viento contrario...; hay cada *ollagarro*.

El recuerdo de este molusco, el pulpo, le llevó al Zomorro a hacer comparaciones entre las personas y los animales marinos, como tiburones, delfines y marsopas.

Adrián iba muy divertido con su charla. A pesar de sus palabras agrias, le parecía el patrón del *Shagu-Sharra* un buen hombre.

Y juzgándole así, le contó lo que le había pasado y cómo había sido hecho prisionero durante la guerra en Francia.

El Zomorro le dijo que si temía ser perseguido para que no se fijasen en Elguea los franceses quién desembarcaba de su patache, sería mejor llegar al anochecer.

Comerían en el mar. Ishqira haría una buena comida y pasarían el tiempo pescando. Así lo hicieron. Cogieron muchos peces corcones y panchos y otro más grande que parecía una lubina. Se encendió el hornillo y se limpiaron los peces. Se hizo para comenzar una sopa con pan, cebolla y pimienta; después el guiso de los pescados y después unos trozos fritos de cecina. Se sacó vino, se hizo café fuerte y se sentaron a comer.

«Esto es sano —dijo el Zomorro—; a mí que no me hablen de ir a pasear entre señoritos ni de ir al teatro... ¡Aj! ¿Para qué...? Mejor es esto, ¿verdad...? Aire fresco del mar..., y si se ha bebido un poco de más echar un sueñecito...»

Después de comer se tomó el café y se bebió un poco de ginebra inglesa que guardaba el patrón para las grandes ocasiones y se durmió alternativamente. Se cantaron muchas canciones. Los tres marineros tenían mucho oído y sabían hacer la escala baja del acompañamiento con afinación. Adrián no tenía desarrollada tal

facultad. En esto parecía más americano que vasco.

El Zomorro, con la cara jovial y sonriente de los días felices, cantó esta canción jaculatoria, un tanto cómica, de un donostiarra que habitaba en Cuba:

*Kafia hartutzen det
Egunian bi aldiz
Baita pasiatu ese
Nahi denian zaldiz
Purua erre eta
Osasuna berriz
Aita hau bizi modua
Donostiyan banitz!*

(‘Tomo café dos veces al día, también paseo y cuando tenga ganas lo hago a caballo. Fumo puro y tengo además buena salud. ¡Padre, qué manera de vivir si estuviera en Donosti!’ [es decir, en San Sebastián]).

CUANDO se dispusieron a seguir la marcha, ya la tarde iba cayendo.

—Bueno —dijo el Zomorro a Adrián—, a ver qué decide usted.

—Ya veré.

A lo lejos se veía el cabo de Machichaco que avanzaba en el mar y la costa que se divisaba con sus salientes y entrantes en la luz roja del crepúsculo.

Empezaban a aparecer nubes oscuras por el Oeste y soplaba un viento húmedo y caliente.

La entrada de mar de Elguea era un pequeño golfo triste y solitario, por donde desembocaba el río. Hacia el Este tenía una punta baja y pizarrosa que terminaba en un arrecife verdoso que parecía un gran reptil dormido en el agua. Hacia el Oeste la costa era un promontorio acantilado, calizo y negruzco.

El promontorio sería de una media legua de largo. En el centro se levantaba un edificio como un dado blanco, que era un cuartel. En la punta había un arco que daba la impresión de ser una ruina y varios peñascos negros, verdosos, cubiertos de espuma y batidos constantemente por el mar. Algunas rocas de formas fantásticas emergían de la superficie del agua.

En este promontorio y no lejos de Elguea había una ermita: la de Santa Catalina. El promontorio protegía la ensenada del viento Norte, lo que hacía que el puerto fuera seguro y que los campos de los caseríos adosados a él tuvieran muy buenas cosechas.

El Zomorro dijo a Adrián que si lo prefería, Ishquirá y Carramarro, en el bote, le llevarían a la costa, cerca de la ermita de Santa Catalina, y luego él se las arreglaría para ir a su pueblo. Si le parecía mejor seguir hasta Elguea, le llevaría a una taberna del barrio de San Telmo y después le dejaría en un sendero donde un poco después de hacerse de noche no encontraría a nadie y podría llegar a su aldea.

—¿A usted qué le parece mejor? —le preguntó Adrián.

—¿Usted lleva algo comprometedor?

—Yo, no.

—¿Tiene usted salvoconducto?

—Sí. De Francia.

—Entonces vaya usted al pueblo.

Iban navegando cerca de la costa. Adrián miraba ensimismado aquellas rocas negruzcas y las paredes de los acantilados con sus cuevas.

Llegaron a Elguea y fueron flotando entre las aguas fangosas de la ría entre

barcas de pescadores, sobre manchas de aceite y alguno que otro gato muerto inflado que subía y bajaba con la marea. Atracaron en el muelle y salieron a la taberna del barrio de San Telmo, donde se reunieron a cenar el Zomorro, con Ishqira, Carramarro y Adrián.

—¿Usted conoce los caminos de aquí? —preguntó el Zomorro a Adrián.

—Sí.

—¿Pero usted no sabe dónde están los guardias franceses ahora?

—No, no, eso no lo sé.

—Bueno, pues cuando oscurezca, Ishqira marchará al barco y encenderá el fanal. Esto querrá decir que los que hacen la guardia arriba han bajado al pueblo. Carramarro mirará por el camino y si ve que no sube nadie me avisará y yo apagaré la luz de esta ventana, lo que querrá decir que usted podrá empezar a subir y que el camino estará libre. De todas maneras no vaya usted por el camino ancho. ¿Comprende?

—Sí.

—Por las veredas bajarán los soldados franceses que están de guardia en los altos y se reunirán en el pueblo. Cuando hayan bajado los que están en los altos y no hayan comenzado a subir aún los del pueblo toma usted el camino para arriba y adelante.

—¿Y mientras tanto qué hago? ¿Esconderme aquí o empezar a subir?

—Creo que es mejor que salga usted y vaya escondiéndose mirando siempre la luz de la ventana y cuando se apague, ¡hala!, ¡arriba!

Adrián estrechó la mano del patrón del *Shagu-Sharra* y de sus marinos, subió por el monte y se escondió entre los matorrales, mirando siempre a la luz de la ventana iluminada de la taberna. Cuando se apagó ésta, echó a andar por el monte y en dos horas se acercó a Itzar. Entró en el pueblo, saltó la tapia de la huerta de su tío y se echó a dormir en la cuadra para no llamar la atención en las casas de alrededor.

Al día siguiente Adrián se presentó a su tío, que le recibió con sorpresa.

—¿De dónde sales? —le preguntó.

Adrián contó lo que le había ocurrido.

—Es una experiencia —dijo don Fermín Esteban—. ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Primero esperaré a mi madre y luego veremos a ver cuándo nos vamos.

—¿Estás dispuesto a ir a Méjico?

—Sí, me parece que la vida allí es más fácil que aquí.

—Eso, desde luego.

Unos días más tarde Adrián fue a Lastur a ver a sus parientes. Se las manejó para tomar aire y trazas de mozo aldeano.

Adrián, en cuanto se estableció en Itzar, se puso en comunicación con Dolores, primero por escrito. Le llevaban las cartas los campesinos de Lastur que iban a veces a Azcoitia.

Dolores le contó en la primera carta la boda de su hermana María con Zurbano Bengoa. Se había celebrado la fiesta con gran rumbo; los parientes del novio estuvieron en Azcoitia. La pareja de recién casados fue a vivir a Madrid, donde él iba a desempeñar un cargo importante que le había conseguido su tío en la secretaría de Estado.

María escribía muy contenta de la corte; asistía a reuniones elegantes y llevaba una vida muy de sociedad.

Respecto a Adrián, Dolores le decía que no le convenía aparecer por Azcoitia. Algún enemigo suyo aseguraba que se había constituido prisionero con mucha facilidad, que tenía amistades con los franceses y que en Bayona andaba con terroristas, lo que hacía pensar que formaba parte de alguna Sociedad revolucionaria. Su hermano Pedro no se cansaba de repetirle esto, y si no se lo decía claramente hacía alusiones más o menos veladas a ello.

Su madre estaba cada vez más alejada de todo, más llena de escrúpulos. A ella le reprochaban que no quería salir de casa ni bajar al salón a hablar con don Valentín, a quien, a pesar de ser una buena persona, no lo podía soportar.

Margarita Olano tenía amores con un oficial francés a quien había conocido en Vergara. Ella creía que Margarita el mejor día iba a desaparecer del pueblo. La única que seguía como siempre era la tía Eushebi y la única con quien hablaba y trataba de consolarla.

Por último le decía que estaba decidida a casarse con él y que viera la manera de apresurar la boda, porque estaba segura de que en su casa no consentirían de ninguna manera.

Adrián consultaba y tenía al corriente de todo a su tío don Fermín Esteban. Le contó sus amores con Dolores y sus distintas fases y lo que había ocurrido con la familia y la noticia del escándalo de la señora de Vergara, que lo había trastornado todo.

—¿Y tú qué quieres hacer? —le preguntó su tío.

—Yo, ya se lo he dicho a usted: casarme y marcharme a Méjico.

—¿Cuentas con ella? ¿Está conforme?

—Sí.

—Pues yo no sé cómo te podré ayudar...

—Usted, sino le parece mal, podría escribir una carta al padre de ella, diciéndole la verdad, que estoy enamorado de Dolores, que ella me quiere, que yo tengo fortuna suficiente para vivir allí y que estoy dispuesto a trabajar...

—Bien, bien, no tengo inconveniente..., lo haré.

—Pues muchas gracias, tío; yo buscaré la manera de resolver la cuestión pronto.

Adrián fue a Azcoitia y se metió en casa de su tío don Manuel de Altuna. Este señor se encontraba algo enfermo y con tal motivo no salía aquellos días de casa. Al señor Altuna le interesaban poco los asuntos que no fueran suyos, así que lo que Adrián hiciera o dejara de hacer le tenía sin cuidado.

Adrián se las arregló para conseguir una entrevista con Margarita Olano. Un día que ella salía de misa, Adrián le envió un recado con un chico para que fuera a un rincón de la huerta de la casa de Emparan y allí estuvieron hablando largo tiempo.

Margarita contó lo que había sucedido a las personas conocidas en ausencia de Adrián. Ella, desesperada, en el mayor aburrimiento, se había puesto a aprender latín con su hermano Gastón y comenzaban a traducir los versos de Horacio.

Afortunadamente sus amores con el joven teniente francés, a quien había conocido en Vergara, le impidieron seguir con las traducciones. Sus amores habían sido para ella y para él como un flechazo.

—¿Y es republicano su novio?

—Sí, pero de familia realista y de la nobleza.

—¡Ya se ve que las guerras sirven para algo! —dijo Adrián en broma.

—¿Por qué?

—Porque pueden servir para hacer buenas bodas. ¿Y ahora dónde está su novio?

—Está en la división de Moncey, en Vergara. Cuando acabe la guerra nos casaremos.

Margarita, después de contar su idilio, habló largamente de Dolores. Dijo que le había sorprendido durante algún tiempo verla tan tranquila y tan impasible y muchas

veces con su antigua alegría, que le hacía cantar las famosas seguidillas y boleros de otra época. Algunas personas, entre otros Pedro, el hermano, pensaban que se había olvidado de Adrián y que con el tiempo aceptaría la posibilidad de la boda con don Valentín Alegría, pero ella se figuraba que no, que algo debía suceder. Al cabo de algún tiempo, Dolores le dijo con mucho misterio que había tenido noticias de su novio y que cuando volviera al pueblo Adrián sería para casarse con ella.

También habló Margarita de la boda de María con Zurbano: de que los Empan se habían sentido rumbosos y de que habían invitado a los amigos y a la gente de los caseríos de la familia a una gran comida que dieron.

María, por lo que dijo Margarita, estaba muy guapa y Zurbano muy elegante con su casaca azul a la última moda. El señor Empan no cabía en sí de satisfacción, y doña Petra había tenido que ir a confesar con el padre Larramendi para que éste le dijera si era permitido derrochar de aquel modo en lujo y hacer aquel gasto, mientras había personas necesitadas. Parece que el padre Larramendi le dio toda clase de seguridades sobre la licitud de aquellos gastos.

Margarita Olano contaba estos chismes con mucha gracia. Al despedirse dijo a Adrián:

—Creo que todo esto va a acabar como los cuentos azules de los niños: con bodas y felicitaciones.

—Así sea; pero yo, mi cuento azul, lo veo un poco verde —dijo Adrián.

—Usted, lo que debe de hacer es ponerse de acuerdo con la muchacha que está de doncella con Dolores y ella le dirá cómo puede usted hablar con su señorita.

—¿Y su hermano Gastón? —le preguntó Adrián.

—¡No me hable usted de mi hermano! —dijo Margarita con enfado.

—¿Por qué?

—Porque le han preparado en el pueblo una boda con una señorita de Legazpia, mayorazga, más vieja que él, que no tiene nada de guapa y que, además, es de mal genio, y él lo acepta.

—Le gustará la mayorazga.

—Así lo dice, pero yo no lo creo.

—Lo mismo podría decir él de su teniente francés.

—No, no es lo mismo. El teniente es muy guapo. Ese Gastón es un infeliz, un cándido. ¡Un chico tan hermoso, que podría aspirar a todo!... Pues nada, quiere enterrarse en un pueblo. Los hombres son muy tontos.

Adrián se rió.

—¡Qué se va a hacer! Hay muchos pareceres en el mundo, y quizá para Gastón eso sea lo mejor y lo más agradable.

—No, no. No estoy de acuerdo. Lo que le pasa a Gastón es que no tiene idea de lo que es.

Adrián se despidió. Al día siguiente, que era domingo, subió al caserío de la muchacha de Dolores y estuvo hablando con ella.

Ella dijo que su señorita ya sabía que él estaba en Azcoitia y que para el día siguiente, por la noche, a las doce, fuera a la huerta y que Dolores saldría a una ventana baja y podría hablar con ella.

A la noche siguiente fue Adrián, entró en la huerta y se encontró con Dolores y hablaron largamente.

Ella dijo que su padre no estaba en contra de él, pero su hermano sí. Le tenía por revolucionario y por afrancesado, le había entrado una pasión política rara y decía que haría todo lo posible por impedir la boda.

—Pues prescindiremos de él.

—Yo estoy dispuesta a concluir, porque me están haciendo una vida imposible.

—Y a mí lo mismo.

—Sí, pero yo creo que tú te consolarás más fácilmente que yo.

—¿Va a volver a salir la señora de Vergara?

—¡No será la única!

—Como quieras.

—¡Sabe Dios cómo habrás andado tú en estos tiempos por Francia!

—¡Sí, he sido un don Juan!

—Búrlate, pero no te creo.

—¡Si no me quieres creer, qué le voy a hacer!

—Unas veces te creo y otras no. Pero, bueno vete ya; no nos vayan a descubrir.

—Pero antes, dime: ¿estás dispuesta a todo?

—A todo.

—Bueno. Entonces pronto tendrás noticias mías.

Adrián estuvo a visitar a don Luis Arvizu, que más que nada le interesaba lo que ocurría en Francia. Le preguntó sobre lo que se decía de Marchena, de Santibáñez y de los demás conocidos que estaban en Bayona y en París.

«¿Qué saldrá de todo esto?», preguntaba el vicario.

Cuando Adrián le dijo que sus asuntos se arreglaban, el cura dijo: «Somos nosotros mismos los que hacemos de la fortuna una divinidad, como ha dicho un poeta latino y como tú debes saber».

Adrián no lo sabía, pero le pareció que no tenía ello gran importancia.

DOLORES estaba dispuesta a todo. La vida en su casa era triste. Se sentía como un pájaro prisionero.

—¿Tú qué proyectos tienes? —le preguntó a Adrián.

—Yo tengo el proyecto de que nos casemos cuanto antes y nos vayamos a Méjico.

—¿Y tu tío?

—Mi tío nos favorece; hará lo que yo le diga.

—En mi casa sólo habrá obstáculos.

—No lo creas. Mi tío ha escrito a tu padre y tu padre hará la vista gorda. Así, que con él te puedes franquear. Ahora no digas nada a tu madre ni a tu hermano. A tu tía no le digas nada tampoco, porque puede charlar demasiado.

Al comienzo del mes de octubre, como en años anteriores, fueron a Elguea Margarita Olano, Soledad Ponce de León y Dolores a pasar unos días a casa de una amiga que por entonces se iba a casar, Rosario Arteaga.

Adrián pensó que de allí será fácil marcharse.

Se lo había indicado a Dolores y ella había hablado a su padre que no pondría ningún obstáculo.

Adrián le dijo que haría sus preparativos y que le tendría al corriente. Le advirtió que no dejara traslucir nada de lo que proyectaban ni dijera lo más mínimo, ni a sus amigas.

Dolores había maniobrado con grán habilidad. Pidió al párroco Arvizu sus papeles con diversos pretextos, luego se mostró lánguida, triste y desganada y consiguió que la familia la dejara marchar a Elguea.

Después, en otoño, ocurrió un suceso que para los planes de los enamorados les vino muy bien. Los españoles se habían establecido en las líneas de Azpeitia y Azcoitia, y por entonces los franceses ocupaban la costa sin entrar en el interior. De esta manera no había relación entre una y otra zona.

En varios días de fiesta se leyeron en la iglesia de Elguea las amonestaciones para la boda de Adrián de Erláiz y Dolores de Emparan. La gente no los conocía mucho y la noticia pasó sin causar ningún efecto.

Adrián había visto a su amigo el Zomorro, el patrón del *Shagu-Sharra*.

Un par de semanas después, un domingo por la mañana, Dolores Emparan salió de casa de Rosario Arteaga para oír misa y se metió en un rincón y estuvo rezando.

Algunas veces se le saltaban las lágrimas y se limpiaba los ojos con el pañuelo.

A la misma hora aproximadamente se acercó al malecón del puerto el quechemarín, el *Shagu-Sharra*, y de él bajaron Adrián de Erláiz, con su madre, doña Cristina, y el tío Antón el de Lastur. Se reunió a ellos el Zomorro y entraron todos en la iglesia.

Al poco tiempo se celebraba la boda, firmaron los testigos y salieron todos pocos momentos después a volver al barco.

Ishquira y Carramarro aparejaron las velas, el Zomorro se colocó en el timón y el *Shagu-Sharra* se dirigió a Francia. Al llegar a las costas del golfo de Gascuña remontaron hasta Royan, donde se trasladaron los viajeros a un paquebot que esperaba allí.

Desde el barco escribió Dolores a sus padres diciéndoles que se había casado con Adrián y que salían para América.

Adrián o don Adrián contaba luego que en el barco Dolores le preguntaba si no se arrepentiría de haber cargado con ella, que él contestaba en broma que quizá le pasara esto, y que ella, acompañándose con la guitarra de un marinero, le cantaba en burla:

*Esaten dute bada
Ezkondu, ezkondu
Ez zait neri sekulan
Gogorik berotu
Ai! zer zori orduko
Ezkondu beharra
Geroztik egiten det
Sarri ta negarra.*

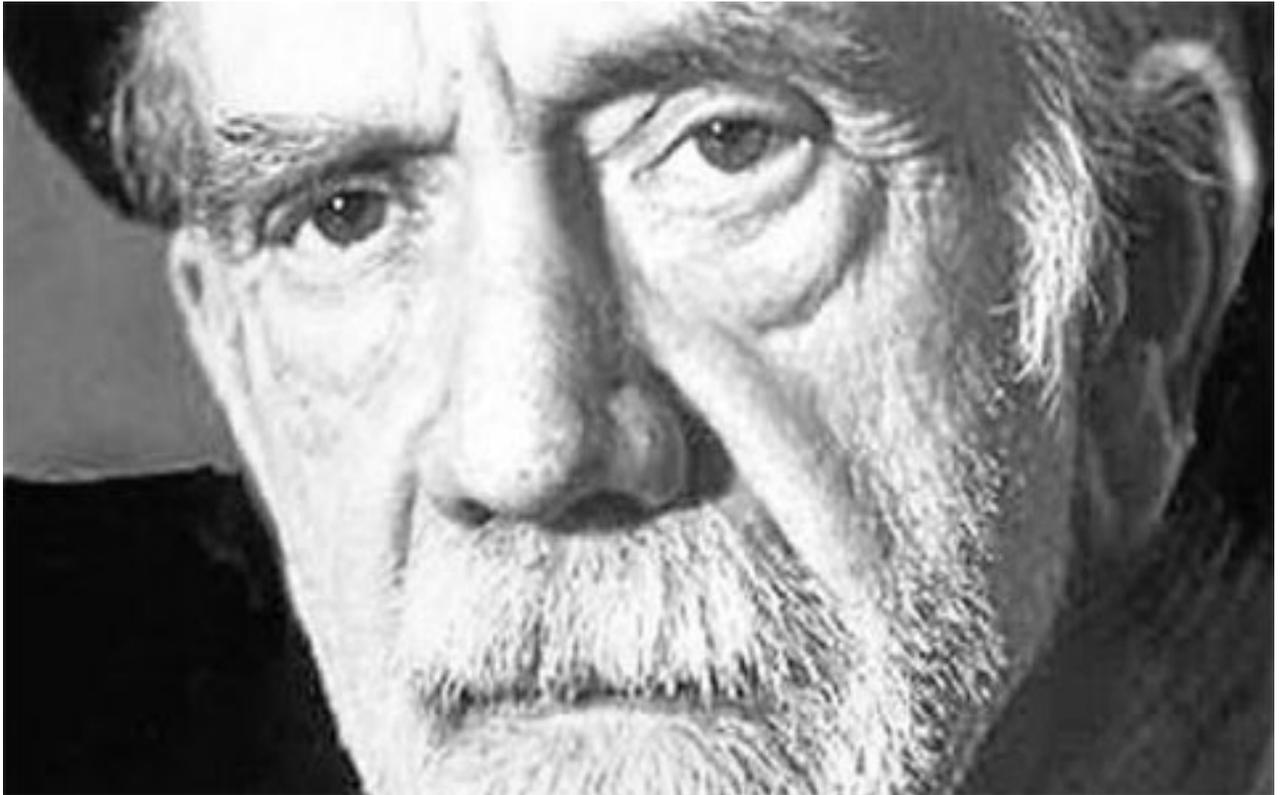
(‘Se dice casarse, casarse. Nunca he tenido ese deseo. ¡Ah!, qué malhadada necesidad de casarse. Desde entonces no hago más que llorar constantemente.’)

¡Y ahora, después de tantos años, de las aventuras de la juventud, de los trabajos de la madurez de don Adrián de Erláiz y Uranga, no queda más que ese cuadro comprado por un trapero del Rastro de Madrid y que no lo quiere nadie!

¡Qué pobre miseria! ¡Qué cínico resto sin valor del sueño de la vida!

«*Vita Somnium Breve*», como puso el pintor mejicano al borde de su retrato.

Itzea. 1941



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Misericordias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica*, a la que pertenece esta novela, o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.